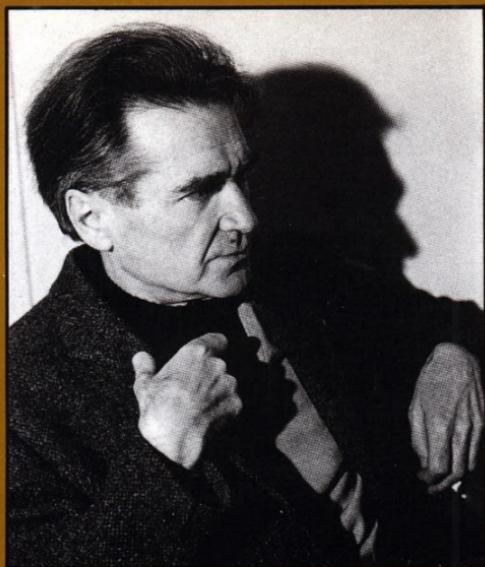


E.M. Cioran

EL LIBRO  
DE LAS QUIMERAS



TUSQUETS  
EDITORES



© Jacques Sassier

De los libros escritos por **Cioran** en rumano, entre 1934 y 1940, o sea, antes de su traslado definitivo a París, ya hemos publicado tres: **De lágrimas y de santos**, **En las cimas de la desesperación** y **El ocaso del pensamiento** (Marginales 100, 111 y 140). **El libro de las quimeras** es su segunda obra, publicada en Bucarest en 1936, cuando su autor tiene veinticuatro años y han transcurrido dos desde la aparición de **En las cimas de la desesperación**.

En aquellos años, **Cioran**, tras disfrutar de una beca de estudios en Alemania, vuelve a Rumania y pasa a ser profesor de filosofía en Brasov. «Mi paso por el instituto de Brasov fue en verdad catastrófico, tuve follones con mis alumnos, los profesores, el director..., en una palabra, con todo el mundo», cuenta el propio autor en una entrevista con Michael Jakob. En semejante estado de ánimo escribió **El libro de las quimeras**, donde encuentra por primera vez en el **aforismo** su verdadero estilo, un estilo que le permite no sólo discurrir con mayor concisión y precisión, sino denunciar, maldecir y fustigar sin piedad todo lo que le irrita. —>



Marginales 151

# Libros de E.M. Cioran en Tusquets Editores

## MARGINALES

Ese maldito yo

De lágrimas y de santos

Historia y utopía

Silogismos de la amargura

En las cimas de la desesperación

Ejercicios de admiración y otros textos

La caída en el tiempo

El ocaso del pensamiento

Conversaciones

## EN PREPARACION

Breviario de los vencidos

E.M. Cioran

EL LIBRO  
DE LAS QUIMERAS

Traducido del rumano por Joaquín Garrigós

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Cartea Amăgiriilor*

1.ª edición: octubre 1996

© E.M. Cioran, 1996

Obra publicada con el concurso de la Comisión Europea

© de la traducción: Joaquín Garrigós, 1996

Diseño de la colección: Clotet-Tusquets

Diseño de la cubierta: BM

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Iradier 24, bajos - 08017 Barcelona

ISBN: 84-7223-798-2

Depósito legal: B. 29.996-1996

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona

Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa

Liberduplex, S.L. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España

## ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA  
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras",*

—Thomas Jefferson

**Para otras publicaciones visite**

[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escríbanos a:

[lecturasinegoismo@gmail.com](mailto:lecturasinegoismo@gmail.com)

*El Libro de las Quimeras - E.M. Cioran*

**Referencia: 1045**

# Indice

|    |     |     |
|----|-----|-----|
| P. | 9   | I   |
|    | 49  | II  |
|    | 71  | III |
|    | 97  | IV  |
|    | 137 | V   |
|    | 173 | VI  |
|    | 205 | VII |

# I

**EXTASIS MUSICAL.** Siento como que pierdo la materia, que cae mi resistencia física y que me fundo en armonías y ascensiones de melodías interiores. Una sensación difusa y un sentimiento inefable me reducen a una indeterminada suma de vibraciones, de resonancias íntimas y de envolventes sonoridades.

Todo cuanto he creído tener en mí de singular, aislado en una soledad material, fijado en una consistencia física y determinado por una estructura rígida, parece haberse resuelto en un ritmo de seductora fascinación y de imperceptible fluidez. ¿Cómo podría describir con palabras el modo como crecen las melodías, en que vibra todo mi cuerpo integrado en una universalidad de vibraciones, evolucionando en fascinantes sinuosidades, en medio de un encanto de aérea irrealidad? En los momentos de musicalidad interior he perdido la atracción de mi pesada materialidad, he perdido la sustancia mineral, esa petrificación que me ata a una fatalidad cósmica, para arrojarme a un espacio de espejismos, sin tener conciencia de su ilusión, y de sueños, sin que me duela su irrealidad. Y nadie podrá entender el hechizo irresistible de las melodías interiores, nadie podrá sentir el arrebató y la placidez a menos que goce de esa irrealidad, que ame el sueño más que la evidencia. El estado musical no es una ilusión, porque nin-

guna ilusión puede dar una certidumbre de tal amplitud, ni una sensación orgánica de absoluto, de incomparable vivencia, significativa por sí sola y expresiva en su esencia. En esos instantes en que uno resuena en el espacio y el espacio resuena en él, en esos momentos de torrente sonoro, de posesión integral del mundo, sólo puedo preguntarme por qué no seré yo todo este mundo. Nadie ha experimentado con intensidad, con una loca e incomparable intensidad, el sentimiento musical de la existencia, a menos que haya tenido el deseo de esa absoluta exclusividad, a menos que haya sido poseído de un irremediable imperialismo metafísico, cuando deseara la ruptura de todas las fronteras que separan al mundo del yo. El estado musical asocia, en el individuo, el egoísmo absoluto con la mayor de las generosidades. Quieres ser sólo *tú*, pero no por morde un orgullo mezquino, sino por una suprema voluntad de unidad, por la ruptura de las barreras de la individuación, no en el sentido de desaparición del individuo sino de desaparición de las condiciones limitativas impuestas por la existencia de este mundo. Quien no haya tenido la sensación de la desaparición del mundo, como realidad limitativa, objetiva y separada, quien no haya tenido la sensación de absorber el mundo durante sus éxtasis musicales, sus trepidaciones y vibraciones, nunca entenderá el significado de esa vivencia en la que todo se reduce a una universalidad sonora, continua, ascensional, que evoluciona hacia lo alto en un placentero caos. ¿Y qué es ese estado musical sino un placentero caos cuyo vértigo es igual a placidez y sus ondulaciones iguales a arrobamientos?

Quiero vivir sólo para esos momentos en los que siento toda la existencia como una melodía, todas las heridas de mi ser, cuando todas mis llagas internas, todas las lágrimas no lloradas y todos los presentimientos de felicidad que he

tenido bajo los cielos de estío, con eternidades azul celeste, se han juntado y se han fundido en una convergencia de sonidos, en un impulso melodioso y en una cálida y sonora comunión universal.

Me cautiva y me vuelve loco de alegría el misterio musical que yace dentro de mí, que proyecta sus reflejos en melodiosas ondulaciones, que me deshace y reduce mi sustancia a puro ritmo. He perdido la sustancialidad, ese irreductible que me daba prominencia y perfil, que me hacía temblar ante el mundo, sentirme abandonado y desamparado, en una soledad de muerte, y he llegado a una dulce y rítmica inmaterialidad, cuando no tiene sentido alguno seguir buscando mi yo porque mi *melodización*, mi transformación en melodía, en ritmo puro, me ha sacado de la habitual relatividad de la vida.

Mi voluntad suprema, mi voluntad persistente, íntima, que me consume y me vacía, sería no recobrarne nunca más de esos estados musicales, vivir en perpetua exaltación, hechizado y enloquecido en medio de una borrachera de melodías, de una embriaguez de divinas sonoridades, ser yo mismo música de esferas, una explosión de vibraciones, un canto cósmico y una elevación en espiral de resonancias. Los cantos de la tristeza dejan de ser ya dolorosos en esta embriaguez y las lágrimas se vuelven ardientes como en el momento de las supremas revelaciones místicas. ¿Cómo puedo olvidar las lágrimas internas de estos estados de placidez? Tendría que morir para no volver nunca más a otros estados. En mi océano interno gotean tantas lágrimas como vibraciones han inmaterializado mi ser. Si muriera ahora, sería el hombre más feliz. He sufrido demasiado para que ciertos tipos de felicidad no me sean insoportables. Y mi felicidad es tan frágil, tan acosada por las llamas, atravesada de torbellinos, de serenidades, de

transparencias y de desesperanzas, que todo junto en impulsos melódicos me arroba hasta transportarme a un estado de beatitud de una intensidad bestial y de unicidad demoniaca. No se puede vivir hasta la raíz el sentimiento musical de la existencia si no puede soportarse ese inexpressable temblor, de una extraña profundidad, nervioso, tenso y paroxístico. Temblar hasta allí, hasta donde todo se vuelve éxtasis. Y ese estado no es musical si no es extático.

El éxtasis musical implica una vuelta a la identidad, a lo originario, a las raíces primarias de la existencia. En él sólo queda el ritmo puro de la existencia, la corriente inmanente y orgánica de la vida. *Oigo* la vida. De ahí arrancan todas las revelaciones.

Sólo en la música y en el amor existe la alegría de morir, el espasmo voluptuoso de sentir que uno muere porque no puede seguir soportando las vibraciones internas. Y nos regocija el pensamiento de una muerte súbita que nos liberara de seguir sobreviviendo a esos momentos. La alegría de morir, que no tiene ninguna relación con la idea y la obsesiva conciencia de la muerte, nace en las grandes experiencias de unicidad, cuando se siente perfectamente que ese estado no volverá más. En la música y en el amor sólo hay sensaciones únicas; uno advierte perfectamente que éstas no podrán volver ya, y lamenta con toda su alma la vida cotidiana a la que se verá abocado después. Qué admirable goce genera la idea de poder morir en tales instantes, *de que, por ese hecho, no se ha perdido el instante*. Pues el retorno a la existencia cotidiana tras semejantes instantes es una pérdida infinitamente mayor que la extinción definitiva. La pesadumbre por no morir en los mo-

mentos culminantes del estado musical y del erótico nos enseña cuánto tenemos que perder *viviendo*. En el momento en que concebamos la reversibilidad de esos estados, cuando la idea de una posibilidad de revivir penetre en nuestro organismo y cuando la unicidad nos parezca una simple ilusión, no podremos ya hablar de la alegría de morir, sino que volveríamos al sentimiento de la inmanencia de la muerte en la vida, que no hace de ésta sino un camino hacia la muerte. Tendríamos que cultivar los estados únicos, los estados que ya no podemos concebir y sentir como reversibles, para sumergirnos en los placeres de la muerte.

La música y el amor no pueden vencer a la muerte porque, en su esencia, tienden a aproximarse a la muerte a medida que ganan en intensidad. Pueden considerarse como armas contra la muerte sólo en las fases menores. Una música suave y un amor tranquilo constituyen medios de lucha contra ella. No existe parentesco entre el amor y la muerte, como tampoco lo hay entre la música y la muerte, sino que la relación entre sí se establece a través de un *salto*; que puede tratarse tan sólo de una *impresión*, pero que interiormente no es menos significativa que un salto. ¡El salto erótico y el salto musical a la muerte! El primero nos arroja por lo insoportable de su plenitud; y el segundo, por lo total de sus vibraciones, que quiebran la resistencia de la individualidad. El hecho de que haya algunos hombres que se suiciden ante la imposibilidad de seguir soportando las locuras del amor rehabilita al género humano, tal y como lo rehabilitan las locuras que experimenta el hombre en la vivencia musical. Quien ni entiende ni siente la música es tan criminal como el que no siente que, en tales momentos, podría entregarse al crimen.

Todos esos estados sólo tienen valor y expresan una

extraordinaria profundidad si conducen a sentir pesar por no morir. Quien a cada momento se sintiera morir a causa de ellos, sería el que alcanzaría el sentimiento más profundo por la vida. Aunque para todos la muerte empieza al compás de la vida, no todos tienen el sentimiento de morir a cada instante.

¡Dar sin cesar un salto musical y un salto erótico a la muerte! O derivarlo de tu soledad, que sea la soledad del ser, la soledad última. ¿Cómo pueden existir aún *otras* soledades distintas a éstas y cómo pueden existir todavía otras tristezas diferentes? ¿Qué sería de mis alegrías sin mis tristezas y de mis lágrimas sin mis tristezas y alegrías? ¿Y qué sería de mi canto sin mis abismos y de mi misión sin mi desesperanza?

Maldito sea el momento en que la vida empezó a cobrar forma y a individualizarse; ya que desde entonces empezó la soledad del ser y el dolor de ser solamente tú, de estar abandonado. La vida ha querido afirmarse a través de la individuación; a veces lo ha conseguido, y entonces ha llegado al imperialismo. Otras, no lo ha logrado y, en ese caso, ha llegado a la soledad, aunque, para una visión más profunda, el imperialismo no sea más que una forma por la cual el ser huye de la soledad. Acumulas, conquistas, ganas y luchas para huir de ti, para vencer tu aflicción de que, en el fondo, no existe otra cosa que tú mismo. Porque la soledad es una prueba para la realidad de tu ser, no para la realidad de la vida en general. El sentimiento de soledad crece tanto más cuanto lo hace el sentimiento de irrealidad de la vida. Desde que la vida quiso ser más que una simple potencialidad y se actualizó en los individuos, desde entonces nació el temor a la unicidad y el miedo a

estar solo, y el deseo del ser individual de superar ese maldito proceso sólo expresa el querer escapar de la soledad, de la soledad metafísica, en la que te sientes abandonado no sólo en ciertos elementos, sino orgánica y esencialmente, en tu naturaleza. Por ello la soledad cesa de ser un atributo del ser sólo cuando este ser deja ya de existir.

**SOBRE LA FELICIDAD DE NO SER SANTO.** Un prolongado dolor sólo puede hacer de alguien un imbécil o un santo. Pero para nadie es un problema el primer elemento de la alternativa, porque nadie puede tener miedo o alegrarse de una eventual imbecilidad, de una paralización de todos los sentidos por causa de un gran dolor. Un estado tal ni asusta ni alegra, porque sabemos que en él, dado que se excluye la lucidez, una comparación con los estados anteriores no es posible, como tampoco lo es el temblar de miedo por nuestro destino. ¿Pero cuántos temblores sacuden el alma de un hombre con sólo pensar que podría volverse santo y cuántos recónditos temores le invaden ante el oscuro presentimiento de que su dolor lo precipitaría a la santidad? No hay nadie que quiera morir siendo un imbécil, como tampoco nadie quiere vivir siendo un santo. Pero cuando uno se vuelve santo, sin querer hace de su destino una misión; y de una fatalidad, un fin.

Lo terrible son los presagios y grados de la santidad, no la santidad en sí. Estos provocan un inexplicable espanto mucho mayor cuando aparecen en la juventud. Entonces nos mortifica el pensar que nuestra vida va a cesar antes de morir, que va a cesar cuando estemos en el momento culminante de nuestra lucidez, cuando lo veamos todo tan claro que las propias tinieblas brillarán hasta cegarnos. Hay tanta renunciación en la santidad, que la juventud de un

hombre, por atribulada que sea, no puede resignarse a vivir sin las placenteras sorpresas de la mediocridad. Que llegará un día en que ya no podremos ser mediocres y en que se pasará a un estado que ya no tenga ligazón alguna con la vida. Eso sólo puede producirnos pesadumbre, y nos atormenta el pensar que, en estado de santidad, no tendremos ya ni *el pesar* de la vida que habremos perdido ni la esperanza de tener desesperanzas.

El miedo de llegar a ser santo...

¡Cómo no vas a temer a la santidad si creías que de ti sólo podía salir fuego, impulsos bárbaros y explosiones, que tenías sueños de arrebató infinito, y en su lugar constatas un estancamiento interior y una parálisis del curso de la vida cuya solemne significación te produce una honda impresión! Y es que hay algo de solemne en esos silencios vitales y en esa suspensión orgánica, síntomas alarmantes de la santidad, espeluznantes estados de presantidad.

¿No habéis sentido cómo la vida cesó en vosotros en un momento dado y no os produjo nunca dolor *el silencio* de la vida?

¿No habéis sentido fundirse los instintos y retirarse como en un reflujo definitivo? ¿Y no habéis sentido en ese reflujo la soledad de veros abandonados por la vida?

La santidad es ese estado en el que el hombre sigue viviendo una vez que la vida se ha retirado de él, como las aguas del mar. Y, por eso, el alma de un santo se parece a la de un mar abandonado por sus aguas, donde cabe todo. El hombre goza del don de pasar de la alegría de *oír* la vida a la tristeza de sentir cómo cesa. Se ve enfrentado, entonces, al problema de vivir en la existencia al lado o más allá de la vida. La tragedia del hombre es no poder vivir *en*, sino sólo *más acá* o *más allá*. Por eso, no puede hablar más que de triunfos y de derrotas, de ganancias y

pérdidas y, por ese motivo, tampoco puede vivir *en* el mundo, sino que se debate en vano entre el cielo y el infierno, entre la elevación y el hundimiento.

Hay estados que ni siquiera Dios puede sospechar, porque los estados verdaderamente grandes no pueden surgir más que en la imperfección. Mis situaciones de desesperación me vuelven superior a cualquier divinidad. Es un placer pensar que sólo de la imperfección puede aprenderse algo todavía.

Tengo que unirme a todas las fuerzas de mi imperfección, de mi desesperación y de mi muerte.

¿Qué decir del hombre que no quiere tener la suficiente sabiduría para superar el sufrimiento? ¿Pero es que acaso los sufrimientos reales pueden ser superados? ¿Puede existir todavía un valor exterior que, por comparación, nos induzca a estimarlos? Se objeta inútilmente que el sufrimiento carece de raíces ontológicas y que no se puede entender como perteneciente a la estructura de la existencia. ¿Qué valor puede tener esa objeción ante seres cuya existencia viene determinada por el sufrimiento? ¡Y después de semejantes tormentos, uno se vuelve *solamente* santo! ¿No merecerá el sufrimiento una recompensa mayor, la recompensa de morir? Alegrémonos empero de que en este mundo la muerte, al menos, no es aproximativa.

El miedo de llegar a ser santo o el pesar de no morir.

SOBRE EL MAYOR DE LOS PESARES. ... sobre el pesar de no haberse realizado en mí la vida *pura*, de infectarse de dolores, de conciencia, de espíritu y de ideas; de haber sido atormentada por los pesares, desesperanzas, obsesiones y torturas; de haber sentido que uno muere a cada paso de la vida, a cada ritmo y a cada momento; de haber vivido

torturado continuamente por el miedo a la nada, por el pensamiento de la aniquilación y por el temor de existir.

La pesadumbre por no ser la vida pura, o sea, que la vida no sea cántico, entusiasmo y vibración, de no ser una aspiración pura hasta la ilusión y cálida hasta el consuelo, de no ser un estado de placidez, un éxtasis, una muerte de luz.

Habría deseado que la vida circulara en mí con una plenitud insoportable, con sus anónimas evoluciones anteriores a la individuación, con sus exclusivos anhelos de ser sólo ella y de ser paralela a la muerte. Una vida así habría palpitado de tal forma en mí, que su ascensión habría sido una irradiación, una explosión de rayos de luz y una locura de vibraciones. Todo se habría integrado en ese triunfo del ser y todo habría sido música, una orgía sonora, atrayente y cautivadora hasta llegar a ser insoportable. Haber sido irresponsable de la vida que en mí discurría y a través de mí habrá hablado la vida.

No existe un medio más eficaz de soportar el dolor que fustigarse y torturarse. ¿Te carcome el dolor, te hunde, te derrumba? Golpéate, abofetéate, flagélate hasta sentir los mayores y más atroces dolores. No vencerás así, pero lo aguantarás y extraerás de él infinitamente más que de una resignación mediocre. Apalea tu carne, quémala hasta que salga fuego de ella, tensa tus nervios y aprieta los puños como si fueras a derribarlo todo, como si fueras a abarcar el sol y a ahuyentar las estrellas. Que la sangre corra cálida por tus venas, abrasadora e impetuosa, que te arrebaten rojas visiones y te aturda un halo de rayos luminosos surgido del temblor de la carne, de los nervios y de la sangre. Que todo en ti arda, para que el dolor no te vuelva blando y

tibio. Todavía no ha llegado el tiempo en que los golpes, la autotortura y los tormentos propios hayan dado todo cuanto pueden dar, porque los hombres todavía no conocen el método por el que puede sacarse fuego del sufrimiento.

Cuando sientas que el sufrimiento te domina y se infiltra en todo tu ser como si quisiera paralizarte, que se aviva en tu interior y que tu vida se detiene instantáneamente, utiliza todo lo que tengas para que arda todo en tu interior, para dinamizar tu organismo, para enloquecerlo de entusiasmo y aturdirlo con visiones fantásticas. Clavándote las uñas en la carne y lacerándote con el látigo; con la cara deforme como si estuviera a punto de estallar, con el ceño fruncido, como en los momentos de terror, con la mirada perdida, rojo y lívido, trata de detener el proceso de hundimiento, evita la asfixia moral y la parálisis orgánica. Excita todos tus órganos, emborráchalos de nuevos dolores y vence la atracción del sufrimiento por las tinieblas con otros sufrimientos aún mayores. Un látigo puede sacar de una muerte más vida que un sinfín de goces. Azota la carne hasta que empiece a vibrar. Ten la seguridad de que después tendrás menos pesares y menos desesperanzas.

No olvides ponerte en estado de máxima tensión. Pues sólo así el dolor no te aniquilará antes de tiempo. La tensión tiene que ser tan grande que te deje con las mandíbulas atenzadas, con la lengua rígida y con el cerebro concentrado hasta el punto de no saber si estás en silencio o estás aullando. El dolor sólo puede vencerse con nuevos dolores. Lo cual significa que nunca puede un gran dolor ser superado de modo real y efectivo, sino que lo único que podemos hacer es integrarlo o jerarquizarlo en nuestro ser.

Haz que a golpes de tralla salgan de ti relámpagos,

humo y polvo y que el odio, la desesperanza y la tristeza surjan como el relámpago, el humo y el polvo.

Algunos lo han hecho por el reino de los cielos y para evitar un infierno; otros lo hacen solamente para que ese infierno no se los trague; y, en fin, hay otra categoría que lo hacen sólo para no sumergirse en su propio infierno.

Semejante fustigación se diferencia esencialmente de las autoflagelaciones ascéticas. El asceta se flagela para escapar a las tentaciones de la vida; y nosotros para escapar a las de la muerte. Unos lo hacen por la renuncia; otros, contra la renuncia. No me parece ni heroico ni dramático luchar para derrotar a la vida que hay en ti, matar los instintos para edificar el espíritu sobre esas ruinas. La autotortura como lucha contra la vida es algo criminal; de ahí el carácter inhumano de todo ascetismo. Pero torturarse, fustigarse y herirse hasta sangrar para vencer una enfermedad y dominar un dolor significa desgarrarse para vivir. Y todos los desgarros orgánicos carecen de valor, a menos que mediante ellos se consiga aplazar la muerte. A los que sufren no les queda otra cosa que la ofensiva contra sí mismos. Todos vosotros, los que sufrís, no esperéis ya consuelos, porque ni los tendréis ni os servirán de ayuda; no esperéis ya curaciones ni ilusiones ni esperanzas, porque no hay ni curaciones ni ilusiones ni esperanzas; no esperéis tampoco la muerte, porque viene siempre demasiado tarde a los hombres que sufren, sino que idesgarraos, torturaos, azotaos hasta que se os salte la sangre, para que todo cuanto de putrefacto hay en vosotros se vuelva llama, que la carne vibre como los nervios y todo, como en una alucinación, se convierta en un incendio total del ser, abrasaos, hermanos, hasta que los dolores se apaguen en vosotros como las pavesas!

No se puede atenuar ni tampoco se puede vencer el su-

frimiento a través de la concentración intelectual. ¿Cómo vas a poder concentrarte en un problema impersonal cuando el sufrimiento está llamándote a cada instante a tu actualidad personal, a tu existencia concreta e individual? No hay salvación por medio del pensamiento. Y no existe tampoco por la simple razón de que te parece inútil ponerte a pensar en cualquier otra cosa que no sea tu sufrimiento, porque el pensamiento sólo te lo empeora cuando alcanza la *esencia* del sufrimiento. Quienes sostienen que se han liberado de los tormentos gracias a preocupaciones objetivas no han conocido el auténtico dolor, sino sólo unas pasajeras inquietudes espirituales, carentes de profundidad y de base orgánica. Todas las incertidumbres ligadas a la edad, que dan al individuo una sensación de intranquilidad provisional, no tienen valor alguno. Lo básico es tener el sentimiento de lo irreparable en la esencia y en la totalidad de tu vida. El pensamiento aclara otros pensamientos pero no aclara los sufrimientos. Ya que para eso no existe explicación; o si existe, no prueba nada y no los hace más soportables. La filosofía es la expresión de la intranquilidad de los hombres impersonales. Por ello nos sirve de muy poco para comprender, en su totalidad, las vivencias dramáticas y últimas. Para los que, sin querer, han rebasado la vida, la filosofía significa muy poco. Ningún pensamiento ha suprimido un dolor ni idea alguna ha alejado el miedo a la muerte. Por tal motivo, deja de lado los pensamientos y comienza a tener miedo de ti mismo, con furia y con un entusiasmo desesperado. Porque las ideas no han salvado ni han derrumbado a nadie. Del centro de tu ser, de esa zona que escapa a tu control, porque es demasiado profunda, estalla en feroz explosión, saca de tu oscuridad tanta energía que sólo quede luz. Y que, en ese estado demoniaco, nazca en ti el orgullo de no tener ya

ideas, sino que solamente bullan obsesiones y locura. Ponte tan frenético que tus palabras quemen y que tus expresiones sean tan nítidas que se parezcan a la ardiente transparencia de las lágrimas. Arroja tu miedo más allá de tu inquietud y actúa de manera que todo tiemble en un apocalipsis interno, estremecedor y dramático. Al llevar completamente tu organismo a un nivel tan elevado y a una vibración tan grande, el ritmo intenso y acelerado se traga al dolor en sus momentos de crispación, lo derrite y lo integra en sus evoluciones, de modo que una gran locura nos libra temporalmente de un gran dolor.

El mundo no se ha convencido, ni siquiera ahora, de que sólo existen métodos brutales de lucha contra el dolor, que en este campo es necesario un radicalismo llevado hasta la bestialidad. ¿Pero es que acaso el sufrimiento no es un hecho bestial? Los sufrimientos son inadmisibles y a pesar de ello están unidos a la vida más que las alegrías. Quien se queja de pureza vital no puede dejar de espantarse de esas manchas que son los sufrimientos y que se extienden por la esfera de la vida para oscurecerla.

¿Tiene sentido acaso que alguien continúe sufriendo después de mí? ¿Pueden existir aún angustias tras mis angustias y dolores tras mis dolores? Hay gente que ha nacido para soportar los dolores de los que no sufren. Lo demoníaco de la vida vierte en ellos todos los venenos que los otros no conocen, todos los sufrimientos que los otros no han experimentado y todas las desesperaciones que los otros no han sospechado. ¡Ojalá pudieran éstos, por obra y gracia de un milagro, repartir sus venenos, dolores y desesperaciones! Bastaría para hacer insoportable la existencia de los otros. Y es que los hombres no conocen más que

los dolores aproximativos, los dolores que vienen de fuera, y que resultan inexistentes junto a los dolores ligados a la individuación, a la estructura de la existencia, porque ésta es individual. Sólo son fecundos y duraderos los dolores nacidos en el centro de nuestra existencia, que irradian en una existencia y crecen de forma inmanente en la esencia de esa existencia. Hay dolores que tendrían que detener la Historia en el acto, como hay hombres tras los cuales la Historia no tiene sentido alguno. Y me pregunto: ¿mi existencia no hace inútil la existencia futura del mundo?

No tiene que dolernos la temporalidad de las cosas terrenas o la inexistencia de las celestiales. Que todo esté destinado a perecer, que todo sea yermo y fugaz, que todo carezca absolutamente de valor y de consistencia alguna, eso sólo puede provocar pesadumbre... Pero no puede provocarla cuando uno piensa cómo en una existencia tan reducida en el tiempo y tan limitada en el espacio pueden caber tantos dolores, se pueden consumir tantas tragedias y puede surgir tanta desesperación. Si la existencia individual es tan evanescente como una ilusión, ¿por qué entonces tantas tristezas, tantas renunciaciones y tantas lágrimas? Frente a este desconcierto que nos conduce a la desesperanza, nos vemos forzados a aceptar la irracionalidad de la vida sin pensar más. Ni tampoco tiene sentido seguir pensando porque no hay explicación alguna. Todo es tan inexplicable que me duele la inutilidad de las ideas. La futilidad de este mundo, en el que el dolor se afirma como una realidad, transforma lo negativo en ley. Cuanto más ilusoria parece la existencia del mundo, más real se vuelve el sufrimiento como compensación. No hay escapatoria al sufrimiento mientras vivamos; pero la muerte no es una solución, porque, al resolverlo todo, no resuelve absolutamente nada. No es posible encontrar al mundo explicación ni justifica-

ción alguna. Que su fugacidad, su futilidad y su vanidad nos dejen tan insensibles como la vida que se nos da para morir. Pero *saber* durante todos los momentos de nuestra vida que vamos a morir, es lo que más daño nos hace. Cuando no se tiene conciencia de la muerte, la vida, sin ser una delicia, tampoco sería una carga. Y pasarse toda la vida incubando el miedo a la muerte es una carga. Entonces nos damos cuenta y nos horrorizamos de que, en una existencia tan reducida en el tiempo y tan limitada en el espacio, puedan haber miedos tan profundos y tan peligrosos. ¿Por qué al hombre se le otorgó la vida para temer a la muerte y por qué la vida es tan impura en el hombre? ¿Por qué vivimos para saber que moriremos?

Veo en el hombre un *temblor de la individuación*: la inseguridad y el miedo inherentes a la vida que ha quedado indefensa por mor de la individuación, una inseguridad y un miedo propios de una vida que se aísla cada vez que se realiza en el individuo.

¡Qué gran alegría haber vencido durante un instante a la tristeza, sentirme vacío hasta la inmaterialidad! Pero no de un vacío enervante y que te hace ver visiones, sino de uno que me eleve, que me impulse y que me vuelva tan liviano como pesado me hizo la tristeza.

Se impone establecer los métodos de un nuevo ascetismo que no nos haga volar hacia Dios sino hacia nuestras propias alturas, de las cuales nos ha alejado la sima de nuestras tristezas. Es absurdo renunciar a la comida; pero igual de absurdo resulta eliminar la experiencia temporal del hambre con lo que ésta comporta de goce y de inmaterialidad. Como en el éxtasis musical, una emoción por las alturas se apodera de nosotros, la alegría de saber que

no existe nada más que el entusiasmo y la exaltación. Pero mientras que en el éxtasis musical una plenitud interna crece como un fluir interno, en el hambre un vacío nos dilata por la falta de sustancia y de resistencia, nos impulsa no con contenidos sino con espasmos, con tensiones nerviosas, con un ímpetu absurdo e indefinible. Si la tristeza atrae hacia la tierra, hacia lo elemental, material, oscuro y profundo, la inmaterialidad del hambre nos arroja hacia el desorden total, a una fantasía y a un juego fascinante de planos de una irresponsabilidad mágica. ¡Qué placer poder estar tan alto que ya no podamos pensar en nada! ¡Qué indescriptible goce poder olvidarse de todo, sumido en la embriaguez de las cumbres y qué encanto sentirse abandonado por el dolor durante esa ascensión! Ahí comienza la dicha de los que están tristes: cuando ya no son ellos, cuando han olvidado sus tristezas. Todo el temblor de la individuación parece haber transformado la angustia y los tormentos en un temblor extático, lleno de escalofríos y goces, en otra locura de la individuación cuya alegría no hará sino que las tristezas arraiguen más profundamente.

Un hambre voraz, nutrida por exaltaciones y visiones, eso es lo que un ser triste no puede rechazar como delicia temporal; un hambre que nos haga vencer la atracción material; un hambre que nos produzca placeres de vuelo, placeres etéreos, soledades ligeras y aéreas, soledades de vuelo. Hay que intentar todas las vías para no caer derrotados por el dolor, la tristeza y la enfermedad. Y que nuestra lucha contra ellos sea nuestro heroísmo.

Alegrémonos de que en la confusión podamos alcanzar la totalidad, de que podamos actualizar, en un instante, todos los planos espirituales y todas las divergencias. Los es-

tados de admirable confusión interna, que no implican en absoluto la confusión en las ideas, están más próximos de nuestro centro subjetivo que todos los cambios de planos en los que normalmente vivimos. ¿Por qué estar ora triste, ora alegre y, sucesivamente, tenso, contento, desesperado o enardecido? ¿Por qué vivir en fragmentos de tiempo, fragmentos de vivencias, cuando con un esfuerzo loco podría en cualquier instante serlo *todo*, ser actual gracias a todas mis posibilidades y realidades? La confusión que mezcla la tristeza con la alegría es voluptuosa, y lo es tanto más porque se trata de una confusión de lágrimas. Hacer muecas por el dolor y el placer que nos invaden al mismo tiempo, y quedarse insensible por no entender nada de lo que está saboreándose con un entusiasmo perverso y sacudido por un temblor total. Y esa confusión no tiene nada que ver con ese tipo de vivencia total cuya profundidad nos lleva hasta la esencia de un fenómeno, como por ejemplo, penetrar en la esencia del sufrimiento universal; y se diferencia por su capacidad de fundir en una convergencia inexplicable nuestra diversidad y nuestra estructura multipolar. Esa confusión admirable es una de las alegrías de la vida, pero es, en primer término, la alegría de los hombres tristes. ¿Cómo no sentirse total en ese éxtasis de la alegría y de la tristeza? Entonces entran ganas de arrojar pedazos de uno mismo, de expulsar los órganos que vibran, de precipitarse en la confusión general, y, orgullosos por haberse realizado en nosotros mismos la confusión universal hasta el paroxismo, nada puede ya detenernos en el caótico impulso de vibrar y de hervir en medio de una efervescencia total.

La desgracia del hombre es que no puede definirse en relación con algo, que su existencia carece de un punto es-

table y de un centro que lo determine. La oscilación entre la vida y el espíritu lo lleva a perderlos a ambos y a convertirse así en una nada que anhela la existencia. Ese animal, indirectamente, *anhela* el espíritu y *lamenta* la vida. El hombre no puede encontrar equilibrio alguno en el mundo, porque el equilibrio no se gana negando la vida, sino viéndola. Esa nada que anhela la existencia es el resultado de una negación de la vida. Por eso el hombre tiene el privilegio de poder morir en cualquier momento, de renunciar a la ilusión de vivir, existente en sí mismo. ¿No resulta revelador para la esencia del hombre su inclinación a la decadencia? La mayoría de los hombres decae; sólo muy pocos se elevan. Y nada resulta más entristecedor que ver a los hombres caer. Pues lo que nos entristece no es solamente el hecho de que en su destino podamos ver nuestro futuro, sino que nos entristece muy esencialmente la continua presencia de la podredumbre en la esencia del hombre.

Todo su proceso de decadencia no es más que un sucesivo distanciamiento de la existencia, pero no un distanciamiento por medio de la trascendencia, de la sublimación o de la renunciación, sino por una fatalidad parecida a la que hace caer a tierra la fruta podrida de un árbol. Toda decadencia es una deficiencia en la existencia y una pérdida de existencia, de suerte que la soledad del hombre es al mismo tiempo soledad de la nada y soledad del ser.

Cuando piensas detenidamente en el hombre, acerca de su condición particular en el mundo, te entra una infinita amargura. Darte cuenta a cada instante de que todo cuanto haces es fruto de tu condición particular; que todos los gestos absurdos, sublimes, arriesgados o grotescos, todos los pensamientos, las tristezas, las alegrías y los hundimientos, todos los ímpetus y los descalabros son el resul-

tado sólo de tu forma especial de existencia, que si hubieses sido cualquier otra cosa que no fuera hombre, no lo habrías hecho; ser consciente siempre de la particularidad de tu condición, obsesionarte por lo absurdo de la forma humana de existencia implica sentir tanto asco por el fenómeno humano, que deseas convertirte en cualquier cosa menos en hombre. Esa obsesión permanente de lo absurdo humano vuelve la existencia doblemente insoportable: como vida concebida biológicamente y como vida desviada en forma humana. En el mundo, el hombre es una paradoja. Y los hombres lo han pagado caro, con muchos sufrimientos, inadmisibles en un mundo que, ya en sí mismo, es inadmisibile.

Es tan difícil superar la ausencia de esperanza que engendra el sufrimiento que es imposible desdeñar la ilusión que se hacen los cristianos de haber atenuado sus sufrimientos al compararlos de forma permanente con los de Jesús. ¿Pero qué puede hacerse cuando no se ha encontrado ningún medio de no estar solo en el dolor? Y, además, cuando se tiene memoria de tantos sufrimientos pasados y el presentimiento de tantos dolores futuros, ¿podrían acaso suavizar los tormentos de otro hombre la amargura de los propios? Jesús no sufrió por todos los hombres, porque si hubiese sufrido tanto como dicen, tras él no habrían debido de existir más dolores. Pues bien, parece que a todos los hombres que han venido después de Jesús, que no han sido redimidos por su sufrimiento, sus tormentos sólo les han servido para aportar su contribución a lo infinito del sufrimiento humano que Cristo no pudo realizar. Verdaderamente, poco tuvo que sufrir Jesús para que nosotros aún tengamos que padecer tanto.

Si hubiera sufrido en su naturaleza divina, tras él ya no habría podido existir el sufrimiento. Pero Jesús sólo sufrió como hombre y, de ese modo, lo que su sufrimiento pudo rescatar fue muy poco, aunque ha consolado a mucha gente, sin poder consolar, no obstante, *a los que estaban más solos*. Estos sólo encontraron consuelo en su propio tormento y no encontraron paz más que en los mayores sufrimientos. Jesús no vino por los que se hallaban más solos, sino, en particular, por los que estaban simplemente solos. Hasta el momento no se ha hallado un Dios de los que están más solos, de los absolutamente solos, porque hasta ahora nadie ha encontrado el consuelo que pudiera hacer menos infelices a estos seres. ¡Ay, pobre mundo, que hasta ahora no ha encontrado más que un redentor!

Sólo el sufrimiento cambia al hombre. Todas las otras experiencias y fenómenos no consiguen modificar esencialmente el temperamento de nadie ni profundizar en algunas de sus actitudes hasta transformarlas de arriba abajo. ¿De cuántas mujeres equilibradas no hizo el sufrimiento unas santas? Absolutamente todas las santas sufrieron mucho más de lo que cabe imaginar. Su transfiguración no fue obra de la intervención divina, ni de la lectura ni de la mismísima soledad. El sufrimiento de cada instante, un sufrimiento monstruoso y duradero, les reveló mundos que nadie puede sospechar, les intensificó y profundizó, como no logra intensificar y profundizar la vida espiritual de un hombre corriente, toda una vida de meditación. Un hombre que tiene la maldición y el inagotable privilegio de poder sufrir permanentemente, puede prescindir durante el resto de su vida de libros, de hombres, de ideas y de cual-

quier tipo de información, porque el puro hecho de sufrir es suficiente para disponer a la meditación continua, tiene por sí mismo bastantes reservas para hacer inútil cualquier contribución exterior.

Los hombres no han entendido que contra la mediocridad no queda otra arma que el sufrimiento. Con la cultura y el espíritu no se cambia gran cosa; pero es increíble lo que puede transformar el dolor. La única arma contra la mediocridad es el sufrimiento. A través de ella se cambian temperamentos, ideas, actitudes y visiones; se cambia el sentido de la vida, pues todo sufrimiento grande y duradero afecta al fondo íntimo del ser. Al modificarlo, implícitamente también está modificando su relación con el mundo. Es un cambio de perspectiva, de comprensión y de percepción. Cuando se ha sufrido mucho, parece imposible recordar ya el periodo de vida en que no se sufrió; pues todo sufrimiento nos sustrae a nuestras capacidades innatas, nos coloca en un plano de la existencia ajeno a nuestras aspiraciones naturales. De esta suerte, de un hombre nacido para la vida, el sufrimiento hace un santo y, en lugar de todas sus ilusiones, extiende las llagas y la gangrena de la renuncia. Toda la angustia que sigue al sufrimiento mantiene al hombre en una tensión tal que ya no puede ser en lo sucesivo mediocre.

Un pueblo entero podría ser modificado por el sufrimiento y la angustia, por un temblor continuo, martirizador y persistente. La indolencia, el escepticismo vulgar y el inmoralismo superficial pueden destruirse por medio del terror, por una angustia total, por un pavor fecundo y un sufrimiento general. De un pueblo indolente y escéptico yo podría hacer saltar chispas a través del miedo, de una lacerante angustia y de una tortura ardiente. Es cierto que un sufrimiento que viene de fuera no es tan fecundo como

el que se desarrolla de forma inmanente en un ser. Pero de un pueblo no hay que hacer una suma de creadores. Todos los métodos objetivos, todo el complejo de valores de la cultura no modifica esencialmente nada. El conocimiento objetivo e impersonal no hace sino vestir un maniquí, pero no un ser. Yo nunca gobernaría un estado con programas, manifiestos y leyes, sino que no dejaría dormir tranquilo a ningún ciudadano hasta que su inquietud lo asimilara a la forma de vida social en la que tiene que vivir.

La lucha contra las propias aflicciones es tan dura porque existe un fondo de tristeza en nosotros, independiente de causas externas. Aquéllas pueden vencerse; pero es imposible vencer un fondo oculto e íntimo, fuente originaria de infinitas aflicciones. En dicho fondo, no se ve otra cosa que no sea *la tristeza de ser*, que es la auténtica tristeza metafísica. En la intimidad de nuestro ser existe la inquietud de la distancia que nos separa del mundo; pero la tristeza de ser es mucho más profunda porque ésta surge de nuestra *existencia* como tal, de la naturaleza intrínseca del ser, mientras que la inquietud de la distancia del mundo nace solamente de una *relación*.

Luchar contra esa tristeza metafísica significa luchar contra uno mismo. Y, en verdad, hay hombres que sólo pueden seguir viviendo negándose a sí mismos incesantemente.

Todas las vivencias totales, todas esas vivencias que más nos involucran, en realidad nos superan. Y nos superan por el sentimiento de irresponsabilidad que tenemos siempre que vivimos tales experiencias. ¿Por qué sólo podemos conocer a los hombres en los grandes acontecimientos de la vida?

Porque aquí *la decisión* y el cálculo racional no tienen valor alguno; todo lo que deriva de los valores y criterios exteriores desaparece, para dejar lugar a determinantes más profundos. Resulta curioso que los hombres exageren el valor de la decisión, de la actitud en los grandes acontecimientos, cuando en ellos somos más irresponsables, estamos más cerca de nuestro fondo irracional. ¿No tenemos durante las vivencias totales el sentimiento de una invasión irresistible, de un proceso que se desarrolla secretamente en nosotros y nos domina? ¿De dónde procede la ilusión de la autodeterminación? La interpretación posterior de los hombres los vuelve insensibles a la irracionalidad de un proceso que sólo comprenderán más tarde de manera esquemática. Y aunque en la experiencia del proceso la irresponsabilidad es evidente, el orgullo del animal racional no quiere admitir el papel del destino interior en las grandes encrucijadas de la existencia. Ese orgullo desaparece en aquellos cuya existencia es una suma de encrucijadas y en quienes las vivencias totales son tan frecuentes que se sienten superados a cada momento. Cuando se vive de forma extremadamente intensa, los contenidos del ser desbordan los límites de una existencia individual; se tiene entonces la impresión de que en uno palpitan fuerzas desconocidas, hondas y lejanas, que se consume un destino del que se es irresponsable. El nulo valor de la decisión racional surge entonces con toda su dolorosa evidencia. Como individuos, tenemos fatalmente conciencia de nuestra limitación, de nuestra insuficiencia individual; por ese motivo nos sentimos dolidos y sorprendidos cuando la tensión íntima explota en contenidos tan vivos, tan profundos y desbordantes, dándonos la impresión de un interior infinito en el convencimiento de la fatal insuficiencia de cualquier individuación.

De los hombres, sólo me impresionan aquellos cuya existencia conforma una serie de encrucijadas, solamente los hombres que tienen destino, cuya vida se dilata tanto que ya no pueden dominarla en modo alguno. Lo importante es tener destino, ser un «caso». Que nuestra presencia sea una reprimenda, un miedo, una congoja, un éxtasis o una alegría. Que nadie sepa cuánto tiempo vamos a vivir, lo que vamos a hacer, cómo vamos a pensar, sino que sólo el miedo y la alegría por nuestras caídas y elevaciones hagan de nuestra existencia una sorpresa continua, una zozobra extraña. Ser para otro motivo de alarma, de presentimientos, de meditación, de odio y de entusiasmo; que nadie esté seguro del camino por el que vamos ni del que emprenderemos. Que nuestra existencia sea un problema tan irresoluble que ni siquiera la muerte pueda resolverlo nunca, sino que nuestra ausencia física aumente el tormento de lo ininteligible. Todos los hombres que no tienen un destino y que no pueden volverse «casos» pisan con paso firme en la existencia, tienen la seguridad de que ellos han de llegar a alguna parte; porque el final está implicado en las premisas de su ser. Sin embargo, ese hombre que es un «caso», es para sí mismo una intranquilidad absoluta y una ocasión de intranquilidad para otros; en él el temblor de la individuación es una alucinación, un éxtasis, un ensueño o una explosión, una creación infinita, una nada que se vuelve ser. Y entonces se le formula a ese hombre *la última* pregunta: si el mundo fue creado o si *todavía* no lo ha sido.

Hay que anular en cierta forma la memoria y todos los sentimientos que tratan de cristalizarse en nosotros. Todos los afectos duraderos, todos los pesares y todas las aspira-

ciones que se dilatan en una esfera más grande de tiempo nos impiden vivir, nos complican y nos dificultan la existencia. ¿Por qué acordarnos todavía de algo y por qué desear aún algo? ¿Por qué probamos a llenar el pasado con una interminable serie de contenidos y anticipamos el futuro por medio de otra serie igual de interminable? ¿Por qué tener todavía sentimientos que evolucionen en el tiempo y nos ligen a los objetos? ¿Por qué apegarnos todavía al mundo en el tiempo? ¿No podríamos acaso pasar por encima de esos obstáculos en el camino de la vida, mediante una vivencia pura que sacara los actos de la vida de una integración y significación general? Vivir bajo la amplia dimensión del tiempo hace de cada acto de la vida un elemento en sucesión, el eslabón de una cadena, un aspecto fragmentario y simbólico; en ella todos los actos de la vida se vuelven materiales de memoria, creándose así una inútil permanencia del yo. Ya que es inútil sentir y tener conciencia de la permanencia y continuidad del yo cuando evolucionan los sentimientos, cuando progresan las aspiraciones y cuando más hondos se vuelven los pesares. *El ser total es el que puede prescindir de la memoria.* Y eso no es posible más que a través de la realización integral de cada acto de la vida sin la conciencia de la distancia, sin la perspectiva de su relatividad en el marco de los otros actos. Vivir de forma absoluta el instante como suprema actualidad de la vida individual puede llevarnos a la anulación de la memoria y a la eliminación de la desesperación de vivir en el tiempo. No vivir los momentos de la vida como problemas, sino como realizaciones absolutas; vivir en cada instante como si viviéramos algo definitivo, sin principio y sin fin. No creer nunca que empezamos y terminamos algo, sino que nuestra vida sea como una borrachera continua en la que, al ser totales y estar presentes, no tengamos

nada que olvidar ni nada que anhelar. Sólo la realización absoluta en el instante puede salvarnos de la tortura de tener *un tiempo nuestro*, con los cadáveres del pasado y con los únicos cadáveres del futuro. Al ser totales en cada momento, no tenemos que desembarazarnos de nada, porque nada nos oprime desde fuera, desde la distancia, sino que permanecemos como una existencia, como una plenitud de existencia, para la cual ya ni la vida ni la muerte pueden tener sentido. Entonces nos extrañamos cuando se nos dice que vivimos, como nos extrañamos cuando se nos dice que morimos.

¿Por qué los hombres que sufren no se hastían? En la escala de los estados negativos, que arranca del hastío y termina en la desesperación, pasando por la melancolía y la tristeza, el hombre que sufre experimenta tan raramente el hastío que, para él, el primer paso es la melancolía. Solamente conocen el hastío quienes carecen de un contenido interior profundo y no pueden mantenerse vivos más que por medio de estímulos exteriores. Todas las nulidades buscan la variedad del mundo exterior, porque la superficialidad no es otra cosa sino la realización por medio de los objetos. El hombre superficial sólo tiene un problema: la salvación por el objeto. Por ello, busca en el mundo exterior todo cuanto éste puede ofrecerle para poder llenarse a sí mismo de valores y cosas exteriores. La melancolía supone una dilatación interior, lo indeterminado de la lejanía y una nostalgia de lo infinito que surgen de una altura y un refinamiento espiritual que no encontramos nunca en el hastío. Si el hombre superficial se plantea alguna vez problemas de orden metafísico, entonces el sustrato psíquico del que brota esa inquietud aproximativa

no se eleva nunca por encima del hastío. Y toda la metafísica adonde lleva el hastío no es más que una metafísica de circunstancias. En el hastío nunca se plantea seriamente el problema del hombre o, al menos, del sujeto, sino sólo de la orientación y de la actitud inmediata en relación con el mundo exterior. Ni siquiera es una cuestión de *disposición*; y menos aún de *destino*. El hastío es el primer signo de inquietud cuando el hombre no está inconsciente; por medio del hastío el animal manifiesta el primer grado de humanidad.

¡Qué lejos está de todo eso el hombre que sufre! Este nunca es tan pobre como para poder hastiarse. El sufrimiento tiene infinitas reservas que nunca dejan al hombre lo bastante solo como para seguir necesitando a otros.

PARA LOS MAS SOLOS. Me dirijo a vosotros, a todos los que conocéis hasta dónde puede llegar la soledad del hombre, hasta dónde la tristeza de ser puede oscurecer la vida y el palpito del ser sacudir este mundo. Y lo hago más para unir nuestras soledades que para saber lo que yo también estoy experimentando. Hermanos en momentos de desesperanza, de tristeza oculta y de lágrimas contenidas, *a todos nos une el mismo deseo loco de huir de la vida, el mismo pavor de vivir, la misma timidez de nuestra locura*. Hemos perdido el valor de tanta soledad y nos hemos olvidado de vivir por pensar demasiado en la vida. ¿Acaso toda nuestra soledad no habrá hecho sino llevarnos a la muerte y todas las desilusiones sólo al renunciamiento? ¿Por qué la nada ha de ser nuestra muerte? Hemos meditado demasiado *sobre nosotros mismos* como para que la vida no nos haya castigado, y hemos amado demasiado a la muerte para poder seguir hablando de amor. Sólo hay vida donde hay un

*comienzo* continuo; y nosotros no hemos hecho sino *terminar* la vida a cada instante, y ¿qué es todo nuestro ser sino un eterno *fin*?

A nosotros, a los que estamos más solos, a los que la vida deja *de lado*, ¿quién nos infundirá la esperanza de olvidarnos de morir?

Hermanos en la desesperanza, ¿hemos olvidado acaso la fuerza de nuestras soledades, hemos olvidado que los más solos son los más *fuertes*? Pues ha llegado la hora de que nuestras soledades adelanten al rebaño, que venzan toda resistencia y lo conquisten todo. La soledad dejará de ser estéril cuando a través de ella el mundo sea nuestro, cuando lo engullamos con nuestros desesperados ímpetus. ¿Qué sentido tiene toda nuestra soledad si no es la suprema conquista, si con ella no lo vencemos todo? ¡Hermanos! ¡Nos espera la conquista suprema, la última prueba de nuestras soledades! ¡Este mundo tiene que ser nuestro, de los más solos, de los que tienen que *recuperar* la vida! Estamos perdidos si no recuperamos todo cuanto hemos perdido, si no lo recuperamos todo. Sólo así nuestro valor resucitará y sólo así aprenderemos a vivir. No sé cuántas soledades hacen falta para conquistar el mundo; pero sé que sólo unas cuantas bastan para hacerlo temblar. Porque el mundo no puede ser más que nuestro, de los que no hemos vivido.

¿Podremos, hermanos, unir todas nuestras soledades? ¿Tendremos la constancia y el arrojo de morir por lo que no hemos vivido?

¡Miedo de todo; miedo de todo lo que existe y de todo lo que no existe! ¿Conocéis la angustia sin motivo, la angustia que se engendra en el ser sin motivo, sin justifica-

ción, la angustia de vivir, cuando las cosas se vuelven ocasión de estremecimiento y escalofrío? Y ese escalofrío desfigura las cosas, al igual que el estremecimiento las hace tambalearse en medio de una inseguridad atroz. ¡Cómo se insinúa la angustia en todo el cuerpo y cómo reduce todo nuestro ser a una sombría y crepuscular vibración, a un agónico escalofrío, cómo la última migaja de existencia se vuelve un estremecimiento! Existe en la embriaguez musical un canto de todos los órganos, un himno de todas las fibras, una vibración extática por el voluptuoso hechizo de las cumbres; de idéntica intensidad es la angustia de todos los órganos, el miedo de la vida a su sentido, la angustia nacida de la alucinante confusión de la muerte con la vida, de la barahúnda que oculta las divergencias últimas del ser y mezcla paradójicamente todas las expresiones irreductibles de existencia. ¡El éxtasis musical como un canto de los órganos y la angustia absoluta como un estremecimiento premonitorio de todos los órganos! Lo que en definitiva es una fusión consoladora procede de ese carácter premonitorio de toda angustia, que quiere mostrarnos que al término de cada una de ellas existe una armonía absoluta aun cuando ésta se trate del no-ser. Cuando toda la sensibilidad se estremece, cuando te vuelves *sujeto* de manera absoluta, ya no existe en todo el mundo más que tu angustia. En el paroxismo de la angustia, el hombre se vuelve *sujeto absoluto*, porque entonces ha cobrado conciencia plena de sí mismo, de la unicidad y de la existencia exclusiva de su destino. Las otras vivencias totales crean comuniones que limitan en determinados olvidos y se complacen en las reticencias, mientras que la angustia absoluta coloca al sujeto en la posición demiúrgica de la unicidad. Y no de la unicidad como un irreversible individual en el plano de otros irreversibles, sino como una existencia

irreversible absoluta, como la existencia sola. La angustia absoluta lleva a la soledad absoluta, al sujeto absoluto. Cuando te conviertes en sujeto absoluto, todo lo que no eres no hace más que entrar en ti para que la angustia encuentre para sí un objetivo. La angustia disuelve y desmembra el mundo para aislar de modo absoluto al ser; en el éxtasis musical, la disolución y desmembración ocurre por una suprema comunión, de esta suerte el anhelo de unicidad y de exclusividad de ese éxtasis no es otra cosa que la expresión de un anhelo de comunión integral. En el éxtasis musical estás lleno más allá de los límites del ser; en la angustia absoluta estás *lleno* de nada.

No hay amor que pueda consolarte del asco de todo cuanto existe y de cuanto no existe, de la repugnancia por el ser y por el no-ser. Todos los medios parecen ineficaces para destruir o al menos atenuar ese veneno de la repugnancia total, que te aleja de la vida a una distancia infinita. Entonces vives en todas tus fibras las amarguras de esa criminal repugnancia que te embarga más hondo que el terror y más punzante que una obsesión, más insinuante que la angustia y más dramática que la desesperación, de suerte que no puedes creer que lo que estás viviendo sea la vida y que a lo que temes sea la muerte, sino que te quedas petrificado lejos de todo, en una marmórea inmovilidad. La petrificación y la inmovilidad de los instantes de repugnancia, de los innumerables instantes de repugnancia, se parece a una tristeza monumental, surgida de la perspectiva ilimitada del desierto y de la lejanía infinita. Pero nadie se quejaría de la infinita distancia que introduce la repugnancia en el mundo, si no hubiera más que petrificación, tristeza e inmovilidad. La profunda angustia que provocan las sensaciones de repugnancia deriva del hecho que su principal objetivo no son los seres queridos o los que tendrían

que sérnoslo. Siempre que te acometa la repugnancia general de vivir no odiarás a tus enemigos, a los del mundo de los seres individuales, no te repugnarán los antipáticos o los indiferentes, sino que la perspectiva de la repugnancia aparecerá festoneada por las siluetas de gentes de quienes te sientes naturalmente más cerca, amigos, amantes y personas a las que admiras. Y ese extraño hecho es tan inquietante que no puedes aceptarlo como inexplicable. ¡Tener asco de lo que más quieres! De pronto, seres a los que quieres, por los que haces normalmente innumerables sacrificios, aparecen desfigurados, a veces, deformes, siempre insuficientes, limitados y ordinarios. Donde antes habíamos visto delicadeza, ahora vemos vulgaridad y, en lugar de la generosidad, una mediocridad sin paliativos. Lo inevitable de nuestra atracción por otros seres pierde su misteriosa profundidad y se sustituye por la visión de un ser inexpresivo, vacío y vano. La repugnancia destruye el misterio de las relaciones y anula los significados implícitos o secretos que derivan de la comunión de los hombres. El gesto de un ser amado, que otrora apreciaste, las palabras en las que percibiste determinadas vibraciones, las tonalidades acariciadoras de la voz o las envolventes miradas que traslucían matices del estado del alma, toda una gama de íntimas delicadezas, todo lo que te encantó como irresistible y fascinante, aparece de pronto irremediamente mediocre, desoladoramente vulgar, insignificante hasta la exasperación. Tu anterior entrega, el amor, la admiración y la participación sin reservas, el ardor que descubría virtudes y cualidades ocultas se desvanece en una niebla del alma, en un intranquilizador crepúsculo del ser, incapaz en su densidad de seguir viendo luces en otros, sino sólo una lastimosa inexpresividad, una insipidez fría y hueca. Y entonces, ¿cómo no te va a doler esa repugnancia que, al alejar-

nos de todo cuanto es, nos separa de todo lo que amamos o tendríamos que amar? ¿Por qué ha de repugnarnos lo que nos es más querido? Si la repugnancia nos separa infinitamente de la existencia, ¿dónde tiene que dar el primer golpe para consumir esa separación? En los seres que nos ligan más a la vida, que nos ligan *exteriormente*, porque interiormente no se puede ligar más que nuestro equilibrio vital. A éste, la repugnancia no tiene necesidad de atacarlo porque toda repugnancia, dilatada en una significación metafísica, es la expresión de un desequilibrio vital. Sólo puede nacer donde la ligazón interior y subjetiva con la vida ha desaparecido. La labor criminal y destructora de la repugnancia de la vida, del asco amargo y profundo aparece solamente en la disolución de las relaciones que nos unen exteriormente al mundo. Y cuando los seres más queridos aparecen ante nosotros como fríos, vulgares y lejanos, se nos suprime todo aquello que aún podía ligarnos a la vida tras haber perdido la consistencia y el equilibrio del eje vital.

¿Cuándo cesarán mis maldiciones y se convertirán en ondulaciones, cuándo me evaporaré en perfumes, en destellos, como si fueran los últimos resplandores del ser? ¿Por qué de mis sufrimientos no saldrá un último resplandor, una enriquecedora luz total y mortal? Tengo que luchar contra un destino que no permite elegir más que entre santidad e imbecilidad, tengo que luchar contra el destino, para que mi destino sea otra cosa completamente distinta, un destino único. Y no llegaré a una luz final, a una locura de rayos luminosos, a la suprema inmaterialidad, si no alimento eternamente bajo mi ser voraces llamas que consuman mi destino y, en consecuencia, le sirvan. Pues,

cuando uno se acepta, no puede convertirse en un destino único, en un sujeto absoluto, en una soledad en la existencia o en la nada. Basta con haberte *aceptado* una sola vez, para que tu destino haya concluido. No vuelvas a tener compasión de ti mismo; si tienes amor, gástalo con otros; sé considerado con lo que no es tuyo; acostúmbrate a pensar que no podrás amarte de verdad más que una sola vez, cuando en lugar de todas las renunciadas crezca súbita y definitivamente tu apoteosis, tu primer y último amor.

Cuanto más y mejor se conoce a un hombre, más cerca se está de una fatal separación de él. El conocimiento separa a un ser de otro y anula los granos de misterio que se encuentran en toda existencia, por muy mediocre que sea ésta. Los hombres resisten tan poco el conocimiento que, al cabo de breve tiempo, su presencia cansa e irrita. Todo conocimiento implica cansancio, repugnancia de ser, distanciamiento, porque *todo conocimiento es una pérdida*, una pérdida de ser, de existencia. El acto de conocimiento no hace más que agrandar la distancia que nos separa del mundo y volvernos más amarga nuestra condición. Se llega a no poder ya soportar a los amigos, a que las mujeres nos irriten, a que todos los seres nos repugnen. Basta que una sacudida orgánica y anímica nos saque del ritmo normal de la vida, para que ésta ya no pueda ofrecernos nada más, excepto la seguridad de prolongados dolores, que nacen independientemente de nuestra voluntad, sin culpa y responsabilidad por nuestra parte. Y los dolores son tanto más fuertes porque no tenemos culpa de ellos, no somos responsables, sino que nos invaden irracionalmente, con independencia de nuestro valor y de nuestros pensamientos.

Pon en todo tanta pasión para que el menor gesto sea

una revelación integral de ti mismo. Habla como un condenado a muerte; que cada palabra lleve la marca de lo definitivo, de una tensión postrera. No olvides multiplicar tus vibraciones interiores hasta el límite, hasta el absurdo. Como un condenado a muerte, que tu alma se disuelva y se precipite en una angustia extática, en un estremecimiento de terror que llegue hasta el goce. *Quédate en todo momento en el límite de tu ser*; y en los instantes en los que no hayas podido llegar a ese límite, piensa en la compensación de los momentos que has vivido *más allá* de ese límite, más allá de las barreras de la individuación, cuando presa de una exaltada furia interior llegaste a tales alturas y tales abismos que tu ser ya no ha vuelto a estar presente solamente como ser, sino también como todo lo que ya no es él. Sólo se vive con intensidad la vida cuando sientes que tu ser individual no puede ya soportar una riqueza tan grande de experiencias. Vivir en el límite del ser significa desplazar tu centro a lo arbitrario y a lo infinito, a un arbitrario total. Ahí comienza la existencia a volverse una aventura arriesgada durante la cual puedes morir en cualquier momento y ahí empieza a causarte dolores el salto a lo infinito. No hay un salto a lo infinito sin que se rompan las barreras de la individuación, cuando sientes que *eres* muy poco en comparación con lo que vives. Y es que al hombre le es dado vivir a veces más de lo que puede soportar. ¿Y no hay hombres que viven con el sentimiento de que ya no pueden vivir?

Es extremadamente lamentable vivir momentos musicales estando a *distancia* de la música, sentir que no puedes temblar aunque debería impresionarte; es extremadamente lamentable ser objetivo cuando se escucha música. Tu ser no se deja llevar por el entusiasmo, no siente que tendría que chillar, llorar o derretirse, no participa en un

ritmo de frenesí general ni se queda maravillado por el placer de las ondas sonoras. La distancia con respecto a la música te impide realizarte internamente, crecer, dilatarte y estallar. Qué suerte que esos momentos sean tan raros. La música, al hacer sutil la materia, al anularnos como presencia física, nos vuelve etéreos. Cualquier estado musical carece de valor si no anula la conciencia de nuestra limitación en el espacio y no disuelve nuestro sentimiento de la existencia en la secuencia temporal. Los raros momentos en que lamentamos estar distantes de la música no hacen sino despertar en nuestra conciencia la fatalidad de nuestra limitación espacial y temporal, de nuestra distancia con respecto al mundo. Sufres durante esos instantes por no poder volverte inmaterial y puro, porque las depresiones te impiden vibrar, te aíslan como *materia* en el espacio. Todas las depresiones te aíslan en el mundo, como aislarían a una piedra que tuviera conciencia. Tienden a mostrarnos que el hombre, si ya no es objeto, lo fue, sin embargo, una vez; durante la depresión, el sujeto percibe cuál es su sustrato y la materialidad que lo liga a la tierra. Existe ahí una auténtica dualidad, por no decir una paradoja. El espíritu en el hombre, que lo vuelve sujeto, tiene conciencia de la materia que lo encuadra dentro de la naturaleza. Así, todas las depresiones no son sino distancias del mundo donde el espíritu humano soporta la tristeza de su propia materia. El sujeto siente y piensa que es un objeto, que por esa dualidad ya no puede integrarse en el mundo a causa de lo inmensamente distante que está de él, aunque materialmente sea una presencia física similar a la de los demás.

Sin embargo, si experimentamos estados musicales en momentos de depresión, significa que éstos, por las sonoridades, se han inmaterializado; es una transfiguración entera que hace vibrar a las tristezas íntimas y perder su ca-

rácter de pesada materialidad. La tristeza, como origen del estado musical y como su resultado, se asemeja sólo exteriormente a la tristeza de todos los momentos no musicales; ya que se purifica con las vibraciones y crece hasta un éxtasis de lo infinito. La distancia del mundo se convierte entonces en un frenético entusiasmo hacia el vacío que la tristeza ha abierto entre nosotros y el mundo. En la música el vacío se convierte en plenitud, que puede no ser sino un vacío que vibra. Todos los estados anímicos se transforman en vivencia musical y reciben nuevos caracteres, porque ésta profundiza y vuelve sutiles todos los estados hasta la vibración, fundiéndolos en convergencias e inmaterialidades sonoras.

Sólo aman la música quienes sufren a causa de la vida. La pasión musical sustituye a todas las formas de vida que no se han vivido y compensa en el plano de la experiencia íntima las satisfacciones encerradas en el círculo de los valores vitales. Cuando se sufre viviendo, la necesidad de un mundo nuevo, distinto del que vivimos habitualmente, nace de forma imperiosa para no diluirnos en un vacío interior. Y ese mundo sólo la música puede traerlo. Todas las otras manifestaciones del arte descubren nuevas visiones, configuraciones o formas nuevas; solamente la música trae un nuevo mundo. Las obras más importantes de la pintura, por mucho arrobamiento que te produzca su contemplación, te obligan a hacer comparaciones con el mundo de todos los días y, por consiguiente, no te ofrecen la posibilidad de entrar en un mundo absolutamente distinto. En todas las otras artes, todo está próximo, pero no tanto que se vuelva una intimidad suprema; sin embargo, en la música, todo está tan lejos y tan cerca que la alternancia entre lo monumental y lo íntimo, entre lo inaccesible y lo lírico crea una entera gama de éxtasis interior.

Frente a un cuadro del mundo no has sentido que el mundo *podría* empezar contigo; pero hay finales sinfónicos que a menudo te han llevado a preguntarte si no serás tú el principio y el fin. La locura metafísica provocada por la experiencia musical crece conforme se ha perdido más y se ha sufrido más en la vida; pues a través de ella pudiste entrar de manera más completa en otro mundo. Cuanto más profundizas en la vivencia musical, tanto más agrandas la insatisfacción inicial y agravas el drama original que te hizo amar la música. Si la música es el resultado de una enfermedad, no hace entonces sino ayudar al progreso de esa enfermedad. Pues la música destruye el interés por la acción, por los datos inmediatos de la existencia, por el hecho biológico como tal y deshábítúa al individuo. El hecho de que después de las tensiones íntimas a las que te llevan los estados musicales sientas la inutilidad de seguir viviendo no expresa sino ese fenómeno de desadaptación. Mucho más que la poesía, la música debilita la voluntad de vivir y distiende los resortes vitales. ¿Renunciamos a la música entonces? Todos los que somos *fuertes* cuando escuchamos música, porque somos débiles en la vida, ¿seremos tan ineptos como para renunciar también a nuestra última *pérdida*, a la música?

Aconsejo la música de Mozart y de Bach como remedio contra la desesperación. En su pureza aérea, que a veces llega a alcanzar una sublime gravedad melancólica, frecuentemente se siente uno ligero, transparente y angélico. Otras veces tienes la sensación de que a ti, criatura a quien la vida ha sumido en el desconsuelo, te crecen alas que te impulsan a un vuelo sereno, acompañado de discretas y veladas sonrisas, en una eternidad de evanescente encanto y de dulces y acariciadoras transparencias. Es como si evolucionaras en un mundo de resonancias trascendentes y pa-

radiasiacas. Todo hombre tiene en potencia algo de angélico, aunque no sea más que por la pena de no tener semejante pureza y por la aspiración a una serenidad eterna. La música nos despierta el pesar de no ser lo que tendríamos que ser, y su magia nos cautiva por un instante trasponiéndonos a nuestro mundo ideal, al mundo en el que habríamos tenido que vivir. Tras el conflicto demencial de tu ser, te acomete un anhelo de pureza angelical, y nos hace esperar alcanzar un sueño de trascendencia y serenidad, lejos del mundo, flotando en un vuelo cósmico, con las alas extendidas hacia vastas lejanías. Y me entran ganas de tragarme los cielos que a mí no se me han abierto nunca...

Todos los besos que no hemos dado y los que no hemos recibido, las sonrisas que no nos han dirigido y la timidez de nuestros amores, ¿acaso no han reforzado y sellado nuestras soledades? Tantos rechazos de la vida, ¿no han hecho de nosotros unos luchadores y exaltados? Y cuando nosotros mismos nos hemos rechazado, ¿no lo hemos hecho con el orgullo y esperanza de otros triunfos? ¿Dónde está el origen de nuestras soledades sino en un amor que no pudo desbordarse y que alimenta todas esas soledades, en tanto amor como llevamos encerrado sólo en nosotros? Todo nuestro anhelo por lo absoluto, por volvernos dioses, demonios o locos, todo el vértigo engendrado por la búsqueda de otras eternidades y la sed de mundos infinitos, ¿no han nacido de tantas y tantas sonrisas, abrazos y besos que no hemos compartido y que nos son desconocidos? ¿No estamos buscando el *todo* porque hemos perdido *algo*? Un único ser podría salvarnos del camino hacia la nada. Somos tantos los que hemos perdido

lo individual, la existencia, que nuestras soledades crecen sin raíces, semejante a las algas abandonadas a merced de las olas. Pero nuestras soledades, nutridas por tantos amores insatisfechos, son lo bastante fuertes como para sostener nuestro impulso hacia otros mundos y hacia otras eternidades.

## II

Estallar con todo el ardor apasionado de nuestra alma, vencer toda resistencia y destruir todos los obstáculos que hay en el camino de nuestra gran locura. Estar orgullosos de nuestro absurdo e infinito valor y arrancar en medio de esa borrachera de orgullo y de éxtasis hacia las últimas cumbres del ser, impulsados por la sed de las grandes conquistas y el anhelo de las realizaciones finales. Que nuestro gesto sea una creación, el signo de un mundo nuevo; que el entusiasmo sea una misión y el pensamiento una orden. Que nuestra locura, intensa y profunda hasta lo sublime, desencadene un terror cósmico y una ilimitada angustia cuya vorágine atice las llamas de nuestra vida, demasiado viva para no arder y demasiado dramática para no explotar. Que nada detenga nuestro impulso de afirmación y que nuestra vida deje un rastro de muerte para que nuestra postrera afirmación redima todos los sacrificios. Que la suprema conquista y el absurdo impulso hacia el mundo dominen todos nuestros pensamientos y deseos, y que la sed de mundos infinitos aumente con nuestra elevación. Amemos nuestras grandes alegrías y nuestras grandes desesperaciones; pero odiamos a muerte la inercia, la duda y la pasividad, odiamos también todo lo que hace disminuir el ardor apasionado del alma, como también todo lo que obstaculiza nuestro absurdo impulso hacia el mundo. Po-

sitivos o negativos, ¡qué más da! Basta con que nuestra alma vibre. Pues es imposible que de una gran negación no estalle una gran afirmación; en las grandes negaciones palpita el mismo fuego que en las grandes afirmaciones. Los grandes tránsitos solamente pueden hacerse en los apogeos. ¿No procede el éxtasis de las llamas que nos abrasan en las terribles, grandes e infinitas negaciones? Que la locura sea nuestra única sabiduría.

Que toda la vida sea un impulso irracional que nos lleve a un insoportable estado febril, con una conciencia alucinante de nuestra misión. No basemos nuestra vida en certezas. Y no la basemos porque no las tenemos, y nosotros somos tan cobardes como para inventarnos certezas estables y definitivas. ¿Pues dónde encontraríamos en nuestro pasado certezas, puntos seguros, equilibrio o sostén? ¿No empezó nuestro heroísmo cuando nos dimos cuenta de que la vida no puede llevar más que a la muerte y, sin embargo, no hemos renunciado a afirmar la vida? No necesitamos certezas porque sabemos que no pueden encontrarse más que en el sufrimiento, en la tristeza y en la muerte; que son demasiado intensas y duraderas como para no ser absolutas. Toda nuestra lucha no puede ser sino una lucha contra la tentación de semejantes certezas y todo nuestro heroísmo una explosión contra nosotros mismos, contra aquellos en quienes anidan el sufrimiento, la tristeza y la muerte, para que lo absoluto destruya nuestro derecho a la locura. Que nuestra locura consista en pisotear las certezas cuando nazcan en nosotros sin haberlas deseado. No podemos seguir viviendo con el miedo a la muerte; pero nuestro impulso será tan fecundo que lo vencerá. Nosotros queremos vi-

vir, pero *sabemos* que nada puede librar a la vida de las garras de la muerte. Y nuestro ideal no puede ser sino pasar por encima de lo que sabemos, vencer las tentaciones del conocimiento y todas las cosas *seguras* que nos hicieron desear. Despertemos con frenesí la ignorancia que nos esconde esa verdad, que la vida es una larga enfermedad.

¡Hacia cuántos horizontes lejanos nos lleva la melancolía y cuántas tristezas derrite en sonrisas veladas, de una discreción llena de candor! El encanto de la sonrisa melancólica surge del candor que se extiende en la flotante infinitud de esa sonrisa. Sin el candor, ésta nada tendría de ese algo inexpresable que nos la hace tan lejana y, sin embargo, tan cercana. En toda melancolía la suavidad atenúa los pesares y las nostalgias y confiere al amor por la soledad un toque de íntima delicadeza. ¡Cuántas veces nos lleva la melancolía por mares desconocidos e insospechados, donde nuestros sueños recorren una calzada de sombras y ocasos, sin que nos muerda la soledad ni nos afligjan las sombras! Porque la suavidad de la melancolía es como una flor perfumada que refresca los aromas del alma. Existe una alegría por las propias melancolías, a la cual no renunciaríamos por todas las otras alegrías del mundo. La sonrisa melancólica, que se abre desde tu infinito hacia el infinito del mundo, te seduce en una atmósfera de sueño, que es demasiado consoladora para ser triste y demasiado íntima para ser sublime. La temporalidad de las cosas se saborea desde su inmovilidad, que no es nunca rígida porque tiene en sí misma una tendencia oculta hacia la ondulación. Lo que hay de equívoco y de indefinible atracción en la melancolía deriva del pesar contenido por el paso de las cosas y del miedo de que interrumpen su curso. Eso explica que amemos la melancolía.

colía por el extraño placer de estar más allá del devenir y más allá de la inmovilidad, a los que tan sólo podemos acariciar de lejos.

El amor es tanto más profundo cuando se dirige a seres más infelices. Pero infelices no porque carezcan de condiciones favorables de existencia, porque éstos lo único que nos despiertan es lástima, sino infelices en la quintaesencia de su ser. ¿Por qué hay que amar a quien marcha con paso firme por la vida? ¿Tiene necesidad de nuestro amor? Cuantos más hombres hay contentos con su condición en la tierra, tanto más desciende mi amor a un nivel inferior. Me atrae la infelicidad de los otros como un ejercicio de mi amor. La enfermiza sed de infelicidad, la búsqueda de las tristezas ajenas desarrolla en mí un amor parejo a sus tristezas, enfermedades y desgracias. Y cuando mi amor reduce la intensidad de esas maldiciones, es como si luchara contra mis tristezas, mis enfermedades y mis desgracias; una lucha que, al aminorarlas en los demás, las aumenta en mí, para que, variando su intensidad, pueda soportarlas mejor. Todas las tristezas, enfermedades y desgracias de los demás las he absorbido en mí en la medida en que se las he reducido a ellos. Sólo puedo defenderme de ellas acrecentándolas. Hay seres que en este orden de cosas tienen una infinita capacidad de resistencia. Y, entonces, es un crimen no practicar el amor como medio de reducir la infelicidad ajena. Sólo en el amor por los infelices, por los que no pueden ser dichosos, corona al amor el sacrificio. No existe profundidad en el amor sin sacrificio porque, en general, no existe profundidad sin una gran renuncia. ¿Y qué otra cosa es el sacrificio sino la gran renuncia a un gran amor? La vida parece cobrar sentido so-

lamente en el sacrificio. ¿Pero no es una amarga ironía el hecho de que en el sacrificio perdamos la vida?

El sacrificio es la suprema afirmación a través de una suprema renuncia. Sacrificarse por algo significa descubrir un valor por el que se puede renunciar a todo cuanto la vida ofrece; mediante el sacrificio queremos salvar algo que no puede existir más que compensándolo con la no-existencia. Mi reducción a la nada reclama a la existencia otra forma de vida que se erige sobre mí, que me he convertido en nada. El sacrificio es un intento de salvar la vida por medio de la muerte. Mi muerte es la condición de supervivencia o de nacimiento de los valores o de un ser.

La aspiración a la nada solamente se vuelve positiva en el sacrificio, al igual que la renuncia, que se convierte en un acto de vida sólo en el sacrificio.

¡Que nuestro amor absorba tanta desdicha, tristeza y enfermedad de las desdichas, tristezas y enfermedades ajenas de suerte que nuestro sacrificio y nuestra *ruina* impliquen realmente *el triunfo* del amor! Y si a quienes sólo pueden ser desdichados no les hemos dado más que la ilusión de una desdicha menor, ¿no estaremos ofreciéndoles, sin embargo, el reconocimiento de nuestro amor por medio de nuestro exceso de infelicidad?

Quisiera ser solamente rayo de luz y día, elevarme en un ritmo sonoro hacia cúspides de esplendor y que las profundidades de la oscuridad no me lleven sobre las alas de una música tenebrosa. No sé si es la luz la que se eleva en mí o si soy yo el que se precipita a la luz; no sé si soy luz o me vuelvo luz. Pero en mí centellean haces de luz, flores de luz como apariciones angelicales y lloran fulgores de lágrimas. ¿Y no caen esas lágrimas de mí como estrellas

de un cielo abandonado, de un cielo que derrite en llamas sus propias alturas? ¡Cómo se expande la luz en mí y se concentra en haces! ¡Cuán sólida se vuelve la luz, como una sustancia, tan cargada de fulgor, y cómo se esparce en mí, a semejanza del tiempo, del tiempo que corre en mí!

He aquí lo que me diferencia de los demás: que yo he muerto innumerables veces, mientras ellos no han muerto nunca.

Los pensamientos más profundos y más queridos son aquellos por los que nos duele carecer de lágrimas.

¿Por qué en los momentos de gran distanciamiento, cuando nos hemos separado infinitamente de todo y cuando nuestras reflexiones no son otra cosa que vértigos al borde de un abismo, se nos aparecen súbitamente imágenes de una banal actualidad o nos surgen en la memoria incidentes insignificantes del pasado, fragmentos indiferentes de la vida, demasiado individuales para descubrirles un sentido? ¿Tendrán algún sentido esas presencias delimitadas, inmediatas y directas en nuestra nada subjetiva? ¿No buscará nuestro ser una instintiva salvación con esas apariciones espontáneas? ¿No buscará compensación a la dilatación hacia la nada? ¿No estará defendiéndose apelando a lo vulgar, a lo banal y a lo accesible? Cuando se está infinitamente lejos de todo, sólo la inexpresividad individual puede reconducirnos a la vida. ¿Qué sentido tiene la aparición de un valle, de una persona cualquiera, de una calle o de un árbol en los instantes en que la renuncia se convierte para nosotros en algo más que un simple problema? ¿Por qué cuando nos embarga y nos invade el desarraigo

metafísico, unas presencias físicas e inmediatas nos reconducen al mundo en el que hemos sido y nos recuerdan lo que podemos perder? ¿Para qué ese retorno en los momentos de suprema separación si, durante ellos, no existiera la necesidad orgánica de ligarnos a algo?

Cuando te acometa el deseo infinito de besar, para no ceder al capricho de una voluntad que no sabe lo que quiere ni caer en una atormentadora confusión de sensaciones contradictorias, trata de consumir en una carrera, con paso acompasado, todo tu exceso de energía y de tensión nerviosa. En los momentos en que el amor te hace sufrir, porque es muy exigente, libérate por otros métodos, por otras vías. Corre sin rumbo por calles o por bosques y dispersa en tu huida la obsesión imposible de realizar. Siembra de besos tu camino, de esos miles de besos que hubieses querido dar y, conforme te vayas cansando, olvídate de todas las mujeres a quienes tu amor hubiese querido abrazar. Que tus besos se desprendan de ti como pétalos de una flor en medio de una tormenta, no como los de una flor de otoño. Y que tu prodigalidad no se asemeje ni a capitulación ni a renunciación, sino que los miles de besos despejen la vida con tantas sonrisas como las tristezas un día la oscurecieron.

La melancolía se hace más pura cuando el amor la arropa y la nutre. De esa asociación nace un palpito placentero y suave, una gracia de la soledad, un presentimiento voluptuoso de lo ilimitado. ¿No lamentamos entonces el no ser una fuente de lágrimas con un inagotable caudal de gotas transparentes que reflejaran el mundo con

su resplandor, más cautivador que la más divina de las ilusiones y más arrebatador que la más dulce de las ensoñaciones? ¿No sufrimos durante la consoladora consunción de la melancolía por la imposibilidad de fundirnos en lágrimas?

Sólo en el amor la melancolía alcanza sus propias cimas, ya que sólo el Eros transfigura la melancolía. La pasividad, el sabor, el abandono, el palpito inmaterial, purifican la melancolía en tal medida que el estado melancólico puro se vuelve por sí mismo extremadamente fecundo, pero sin ser creador. Solamente cuando una exagerada pasión, una tensión extrema, de un entusiasmo conquistador, perturba la suavidad y pureza de la melancolía, sólo entonces, ésta se vuelve creadora. En los grandes creadores musicales, la melancolía fue siempre sacudida por un vivo ardor, por un apasionado arrebató y una intensa energía. Entonces lo infinito de la melancolía se vuelve una potente vibración; las aspiraciones vagas, impulsos determinados; los presentimientos, rayos; las lágrimas, tormentas; el palpito inmaterial, voluntad de realización; el suave planear sobre el mundo, la realización efectiva en el mundo y el sabor, explosión. No hay disposición más creadora que la melancólica, cuando se ve perturbada por un principio de antinomia. La sed de mundos infinitos se convierte en deseo de crear mundos infinitos y la aspiración a fundirse en la fluidez de lo infinito, afirmación dramática en lo infinito. Una conciencia demiúrgica torna lo difuso de la melancolía en tensiones y rayos, y de sus ilusiones seductoras alimenta sus temblorosas llamas con muchas ondulaciones. El paso al plano demiúrgico hace de nuestras ensoñaciones proyectos vitales; y de los pesares, impulsos irresistibles. El flujo de la creación es una ola de impureza y de drama; el reflujó, en un cansancio placentero, es como un retorno

hacia purezas perdidas. Si a cambio de la creación tuviésemos que renunciar para siempre a las delicias de la melancolía pura, ¿cuántos no habría que renunciarían antes a la creación?

¿No me lleva el pensamiento hacia todo? ¿No he sido lo que he querido y no puedo llegar a ser lo que quiero? ¿Acaso no he sido color, viento, trueno? ¿No he engullido todo cuanto la osadía del pensamiento ha concebido? ¿No he podido ser otro tantas veces como he existido? ¿No he sido sucesivamente un universo de pesares, de aspiraciones, de tristezas y de alegrías? ¿Y acaso no podré volverme todas las formas de colores, una detrás de otra, que existen y que pueden concebirse? Pues quisiera realizarme en colores; ser, por turno, amarillo, azul, morado, anaranjado, flotar en colores e impregnarme de colores. Ser melancólico en el azul, loco en el rojo, triste en el amarillo, alegre en el verde, nostálgico en el morado, y suave en el anaranjado. Que mi ser crezca en una sucesión cromática y sea fuente y espejo de esos colores. Que de mí partan rayos de luz como mensajes en el infinito y que en mí se reflejen en todos sus matices, para revestir a todo el mundo con un sueño de reflejos.

¿De dónde viene la profundidad del amor sino de la negación del conocimiento? Lo que en el conocimiento es mediocre, en el amor se vuelve absoluto. Todo conocimiento objetivo es mediocre; pone en relación a los objetos y les hace perder valor. Conocemos una cosa para hacerla igual a las otras; cuanto más conocemos, más común, vulgar y mediocre se vuelve la realidad, porque el conocimiento nunca *salva* nada, sino que progresivamente destruye al ser. Existe en todo conocimiento objetivo, que considera las

cosas desde fuera, las encuadra en leyes y las pone en relación, que lo entiende todo y quiere explicarlo todo, una tendencia destructora y cuando la inclinación al conocimiento se vuelve una pasión, no es más que una forma de autodestrucción. Amamos en la medida en que negamos el conocimiento, en la medida en que podemos abandonarnos absolutamente a un valor y lo hacemos absoluto. Y si no amásemos otra cosa que nuestro deseo de amar o nuestro propio amor, ese impulso no llevaría aparejado una menor negación del conocimiento. Conocemos realmente sólo en los momentos en que no vibramos internamente, cuando nada arde en nosotros, cuando no podemos elevarnos a un alto nivel psíquico. La diferencia de nivel psíquico entre el conocimiento y el amor basta para indicarnos por qué nunca pueden vivir juntos. Cuando se ama a alguien, los momentos de conocimiento real son extremadamente raros; su aparición se debe a una mengua de amor. Y cuando, a veces, llegas a advertir desde fuera, con una perspectiva objetiva, que la mujer que envuelve como una obsesión todo tu ser, que ha crecido orgánicamente en ti, tiene una profundidad espiritual como la de cualquier otra, o cuando comprendes que su sonrisa no es única sino perfectamente reversible, cuando la puedes clasificar y meter en el montón, y encuentras explicaciones generales para sus reacciones individuales, entonces el conocimiento ha sustituido dolorosamente al entusiasmo amoroso. *El amor es una fuga lejos de la verdad. Y amamos verdaderamente sólo cuando no queremos la verdad. El amor contra la verdad*, he ahí una lucha por la vida, por nuestros propios éxtasis y por nuestros propios yerros. Al ser que amamos lo conocemos verdaderamente sólo cuando hemos dejado de amarlo, cuando nos hemos vuelto lúcidos, claros, secos y vacuos. Y en el amor no podemos conocer porque la per-

sona amada actualiza sólo un potencial interior de amor. La realidad primordial y efectiva es el amor en nosotros. Por eso amamos. Amo el amor en mí, amo mi amor. La mujer es el pretexto indispensable que me trae con un intenso ritmo las tímidas pulsaciones del amor. No puede existir un amor puramente subjetivo. Pero entre el abandono en la experiencia voluptuosa del amor como estado puro y el abandono en las cumbres de otro ser, el primero es el primordial. Amamos a una mujer porque es nuestro amor lo que queremos. La soledad de los sexos y la lucha salvaje entre hombre y mujer tiene su origen en esa interioridad del amor. Pues en el amor nos degustamos, nos saboreamos a nosotros mismos, nos dejamos seducir por el goce de nuestro pálpito erótico. Por ese motivo, el amor es tanto más intenso y profundo cuanto más lejos estamos de la persona amada. Su presencia física orienta demasiado nuestro sentimiento en una dirección determinada, de suerte que lo que para nosotros es verdaderamente una vivencia erótica pura, un impulso subjetivo, parece venirnos del exterior y desgajarse de la presencia física de la persona amada. Solamente el amor a distancia, el amor que crece alimentado por la fatalidad del espacio, sólo ése, se presenta como estado puro. Entonces se tiene contacto directo con su profunda interioridad, entonces se vive el amor como amor, abandonándose a las palpitaciones de un sentimiento, a su voluptuoso hechizo, que hace fluidos los sufrimientos y los disipa como una ilusión.

En los hombres dotados de gran imaginación y compleja vida interior no es raro encontrar semejante purificación del amor, de suerte que viven los impulsos amorosos, en lo que éstos tienen de suave y de virginal, en las volutas vitales del amor, en sus pulsaciones puras, en el potencial erótico como tal, antes de que un ser despierte a

la vida y actualice ese potencial. La fusión con ese temblor vital, con el amor como germen, como deseo, hace del alma de esos hombres fuentes inagotables de estados cristalinos en toda su pureza.

El amor que se queda en deseo y se nutre sólo de deseo no es sino una manifestación de ese amor que no quiere realizarse por miedo a morir. Cuando el Eros se ha actualizado, cuando vive no sólo como realidad subjetiva, sino obsesionado por un ser exterior, la extinción del amor es un presentimiento inquietante. A través de la mujer, nos realizamos más rápidamente y morimos más deprisa; conocemos y nos volvemos objetivos con más rapidez que manteniéndonos en los impulsos puros de nuestra alma. No es menos cierto que sólo a través de la mujer podemos ver hasta qué nivel se eleva la intensidad de nuestro amor, hasta dónde su profundidad niega la tendencia hacia el conocimiento y hasta dónde la verdad es vencida por un amor que nos vuelve demasiado vivos para ser objetivos.

El amor es una fuente de existencia. *Somos gracias al amor. Buscamos nuestro amor para librarnos de hundirnos en la nada por obra y gracia de la lucidez de nuestro conocimiento. Deseamos el amor para no ser contrahechos y adulterados por la verdad y el conocimiento.* Pues existimos sólo a través de nuestras ilusiones, de nuestras desesperaciones y nuestros yerros, porque solamente ellos expresan lo individual. Lo genérico del conocimiento y la abstracción de la verdad (aun cuando la verdad no existe, sí que existe una inclinación hacia la verdad) atentan contra el amor y nuestro deseo de amar. ¿Podrá el Eros destruir finalmente al Logos?

La conversión del amor en piedad determina la última fase del amor, su agonía. Cuando empezamos a apiadarnos de una persona a quien hemos amado, significa que nues-

tro entusiasmo no puede seguir sosteniendo la lucha contra la evidencia. La piedad es un amor fatigado, un amor cuyo objeto nos es ajeno. Por eso, cuando sentimos piedad percibimos perfectamente la condición del otro y tenemos una visión tan clara de su lugar en el mundo. En la piedad no anticipamos nada, no donamos nada generosamente, no transfiguramos absolutamente nada; al contrario, la lucidez de la piedad usurpa todo el resplandor al que tendría derecho la ilusión de cualquier ser. Cuando se han apagado las llamas de la hoguera del amor, la piedad es como una ceniza que cubre los últimos chisporroteos de la pira del Eros. ¿No nos hace sufrir entonces el amor del otro, no sufrimos por ser amados? ¿Y no expresa nuestra piedad el pesar de no poder ya responder a un amor que en nosotros tiempo ha se consumió? A medida que aumenta la piedad, más profundo se vuelve lo irreparable que separa a dos seres y su intensidad testimonia lo grande de nuestro pesar por ya no poder amar. La última fase del amor nos muestra lo solos que estamos aunque amemos y que todo depende no del objeto exterior sino del nivel de nuestros sentimientos. La lucha entre el amor y el conocimiento se desarrolla por última vez en la piedad. Y el triunfo del conocimiento no revela otra cosa que el gran combate en que nos hemos enzarzado y la gran cantidad de posiciones perdidas que tenemos que reconquistar.

Cuando estamos melancólicos, ¿no sentimos que nuestra alma se abre a indeterminados reclamos? ¿Y no son esos reclamos presagios de inquietudes placenteras? ¿Y no se desprende acaso de nuestra descomposición un suave aroma? Y es que el alma se nos abre con una voluptuosa e indolora descomposición, con una caricia indefinida, con

una aspiración hacia lo inconcreto. ¿No sentimos, por el contrario, virginales delicias, íntimas suavidades, éxtasis en un mundo de colores irreales, como en un jardín cuajado de flores que extendieran sus pétalos a lo infinito? Y durante ese hechizo de placentera descomposición de la melancolía, ¿no nos embelesan soledades sonoras, nacidas de lo infinito, que se insinúan por doquier, chocan con las cosas y vuelven luego bajo la forma de haces sonoros, en un insensible reflujo hacia lo infinito del que partieron, hacia el silencio del que procede el ser? ¡Cuántas voces tienen las soledades para que puedan seguir hablando los que tienen demasiadas cosas que decir!

El misterio de la sonrisa melancólica resulta del enigma que introduce la suavidad en la melancolía. Todo cuanto es suave, ingenuo, puro, vierte en lo indeterminado de la melancolía un imponderable y misterioso fluido que se dilata en nosotros como un embriagador y fino perfume. Al flotar sobre todo, esa sonrisa se para en todo y en nada. La inmensidad hacia la que se dirige acrecienta su indecisión. Genial o *amateur*, planea por encima del mundo sin que podamos saber si es una sonrisa de connivencia o de éxtasis. Lo vago e indeterminado que se desprende de esa sonrisa atrae como lo inexplicable de un arcano. Y cuando más creemos entenderla, menos resulta que la hemos comprendido. ¿No es por su sonrisa melancólica por lo que tantas mujeres superficiales nos parecen complejas? ¿No transfigura la melancolía el rostro más falto de expresión y no presta profundidad a un vacío interior? La atracción de la sonrisa proviene también de esa presencia suya en personas tan diferentes en cuanto a su formación espiritual y nivel psíquico. Cuando parte de un refinamiento interno,

entonces es sublime; cuando es instintiva, vuelve misteriosa a la vulgaridad. La suavidad es una fuente de luz misteriosa en la melancolía. En esa indefinición reside una explicación de nuestra imposibilidad de saturarnos de melancolía, de encontrarla un buen día insulsa, comprenderla y conocerla. Aquí el conocimiento no tiene nada que destruir, porque su progresión no es otra cosa que una continua autoanulación.

Cuanto más dulce es la melancolía, más amarga es la tristeza. Hay que combatirlos con absolutamente todos los métodos que existen, utilizando todas las vías y todas las posibilidades. Pues si no tenemos la suficiente fuerza para vencer el cáncer de la tristeza, nos roerá y nos pudrirá antes de tiempo. No tenemos que dejarnos dominar por la invasión de la tristeza. Soportémosla sólo cuando sea poética; cuando se vuelva real y efectiva, ataquémosla con furia. No olvidemos que en este mundo existen puños, gritos, bofetadas, marchas, deportes, mujeres, vulgaridad. Con su ayuda podremos vencer temporalmente la tristeza. Sólo tras experimentar largas tristezas es como nos vemos constreñidos a aprender lo que significa vivir. Y aprendemos a vivir solamente por reacciones. Aprendemos a vivir luchando contra nuestra propia fatalidad y, durante nuestra lucha, no hacemos sino secar la fuente de nuestras tristezas. Nos bombeamos a nosotros mismos, con la esperanza de que un día podamos estar completamente secos, y comenzar de un modo diferente desde el principio, con una fuente más pura, otras profundidades y otras claridades.

Cuando la muerte no puede evitarse, resulta inútil y estéril revólverse contra ella. Cuanto más nos revolvemos

contra la muerte, más evidenciamos lo poco profundo que es en nosotros el sentimiento de la muerte. Pues rebelarse contra la muerte excluye la revelación de lo irreparable y de lo definitivo, de la inmanencia ineluctable de la muerte que se nos muestra siempre durante la intensa vivencia de ese fenómeno. Rebelarse contra la muerte es fruto de una inspiración momentánea; sólo el miedo a la muerte es duradero y profundo. No podemos sostener una lucha contra la muerte; podemos sólo ahogar temporalmente el miedo a la muerte. Tenemos que aprender a morir un poco menos. ¿Por qué no servimos de todas las experiencias que nos hacen olvidar la muerte o de aquellas en que ésta se nos aparece como algo evanescente? ¿Por qué no servimos de la fusión con la luz, la experiencia integral del mundo, como un alejamiento de la muerte? La luz, ocasión y marco de éxtasis y de magia, nos impulsa lejos del tiempo, de la fatalidad y de la materia. En ella nos olvidamos del principio y, sobre todo, del final; y cuando, a veces, la invasión luminosa parece inundarnos hasta tener la sensación de la muerte, ésta no se parece a un fin catastrófico sino que, sublimada y etérea, se acerca más rápidamente a una fusión inmaterial de la luz, al alejamiento de la individuación en la universalidad trascendente y sublime de la luz. Cuando no encontramos luz fuera, tenemos que volver a encender las extinguidas hogueras de nuestro ser o metamorfosear y convertir en luz las inmensas tinieblas de nuestro abismo. Que todas las demás ocasiones de olvidar la muerte tengan como prototipo la experiencia y el éxtasis de la luz.

Cada vez estoy más convencido de que el heroísmo hunde sus raíces en la desesperación. Malogramos nuestra

vida por desesperación; pero ella no nos lleva a malograr la muerte. El sacrificio, sólo el sacrificio, *salva* nuestra muerte y sólo él rescata una vida. Desde el momento en que la vida no es pura, sino infernal y mortificante, ¿no es el sacrificio una sublime terminación? Poder morir por otros; por los sufrimientos de millares de seres anónimos, por una idea fecunda o absurda; consumir la vida por lo que no nos concierne, destruirse generosa e inútilmente, ¿no es la única forma de renunciamiento de la que somos capaces? Cada gesto alcanza un valor sólo porque parte de un gran renunciamiento. Sólo la muerte da profundidad a los actos de la vida. Y en el sacrificio, la vida se realiza gracias a la muerte.

Si todos los hombres para quienes la vida es un bien perdido aprendiesen a desperdiciar menos su muerte, el mundo llegaría a ser una sinfonía de inmolaciones. Entonces, gracias a la muerte, la vida adquiriría un carácter de solemne gravedad y de gran renuncia y sacrificio, tendería a una pureza a la que aspiran tantos impulsos desesperados. Todo sacrificio es una protesta contra la falta de pureza de la vida. Por eso no podemos seguir siendo creadores si no es por el sacrificio.

¡Pasar de la renuncia al heroísmo! Pero no a la indiferente pasividad de los sabios. Es imposible para nosotros la renuncia como un tranquilo y progresivo distanciamiento de las cosas, llevado hasta la indiferencia total. ¿No es en los momentos de gran renuncia, de gran distanciamiento, cuando germina la idea de nuestra propia misión?

No podemos hablar de renuncia sin mortificarnos, sin atormentarnos y sin ponernos tristes. La renuncia es para nosotros un fenómeno infinitamente dramático; volcamos en ella demasiada energía para que siga siendo renuncia. Y

nos interesa demasiado el proceso psicológico de la renuncia, para que no acabe en tragedia. No renunciamos; *queremos* renunciar. Por eso no podemos ser otra cosa que héroes.

Cuando Buda habla de renuncia es como si habláramos nosotros del amor. Renunciar con la naturalidad de una flor que se cierra al atardecer, ése es el secreto de una renuncia que no podremos realizar nunca, porque ponemos demasiada pasión en las negaciones. ¿No se vuelven positivas todas las negaciones durante nuestros momentos de tensión? Al destruirlo todo es como si lo creáramos todo. Como si estuviéramos en una hoguera, reventamos de negaciones. Y consumamos las negaciones no en la duda, sino con la certidumbre de una misión. Nos deshacemos de todo para conquistarlo todo; nos sacrificamos para transfigurar la vida; renunciamos para afirmarnos; en el postrer desprendimiento, nuestro entusiasmo abraza al mundo. De ahí que la liberación permanezca en nuestra conciencia como un simple problema. Porque la liberación se hace realidad sólo para aquellos que siguen una única dirección en lo absoluto.

Despréndete de todo para convertirte en *centro metafísico*, tu única ganancia, tu único destino. Que al perderlo todo, ese triunfo te sea motivo de regocijo y en los fracasos descubras rayos de luz para tu aureola. Vive como un mito; olvida la historia; piensa que contigo no se consume una existencia, sino la existencia; que la materia, el tiempo y el destino se han concentrado en una única expresión; hazte fuente de ser y de actualidad en la existencia. Al vivir como un *mito*, todo lo que es anónimo en la naturaleza se vuelve en ti personal; y todo lo que es personal, anónimo. Lo vivirás entonces todo tan intensamente, que las cosas se volverán esencias y perderán su nombre. Entonces

podrás renunciar a la tentación de lo individual; podrás olvidar a una persona o un objeto, entonces podrás darlo todo y podrás donarte tú por entero.

Pregunta moderna a un problema eterno: ¿acaso no nos atormentará el *pesar* de nuestra renuncia?

Todo el problema de la renuncia: cómo podemos hacer de ella algo que no sea una pérdida, cómo podemos hacer de ella una forma de amor. Queremos hacer de la renuncia algo positivo. ¿Cobardía o heroísmo moderno?

Cuando la renuncia no se realiza en el sacrificio, sino que termina en desilusión y escepticismo, ha fracasado una experiencia capital. Es como una negación que no lleve al éxtasis. Sólo hay una forma por la que aún la renuncia puede llegar a ser fecunda: si está *abierta* hacia la vida. Una vez rotos los lazos con el mundo, tengamos el suficiente amor como para, desde nuestro distanciamiento, poder abarcarlo todo; situémonos infinitamente lejos de todo e infinitamente cerca de todo; englobémoslo todo con una visión de éxtasis. De esta manera la renuncia significará una ganancia. En ella nuestra alma se abrirá a todo, porque lo habrá perdido todo. Un amor total e infinito no es posible sin distanciamiento. Sólo el amor que se realiza individualmente, el único amor inmediato, prescinde de ese distanciamiento.

Sólo un alma desgarrada de amor todavía puede rehabilitar este mundo vulgar, mezquino y repulsivo. Un gran amor no existe sin una gran renuncia. No podemos tenerlo todo más que cuando no tenemos ya nada. ¡Las alegrías y tristezas de la renuncia! Nos realizaríamos de forma absoluta si la renuncia fuera sólo ocasión de alegría. Pero amamos demasiado nuestra imperfección y por eso nuestros amores nos entristecen. ¿Cuándo aprenderemos a ver en el amor algo más que una pérdida?

Pregunta obsesiva y sin respuesta: ¿Cómo es posible que el hombre pueda sobrevivir a los estados extremos? Nunca me perdonaré el no haber tenido ese atrevimiento absurdo durante los éxtasis supremos, el haber sobrevivido a los momentos de simultánea placidez y aspiración a la muerte, el seguir viviendo después que mi mar de lágrimas no ha podido derramarse en el éxtasis sinfónico de la muerte, del amor y de la tristeza. *Una vez lo fui todo: ¿qué más quiero?*

¿Por qué no tengo el valor de la gran separación?

Ser todo y tenerlo todo a cada instante.

¿Pero quién es el que puede ser siempre Dios?

Si nos viésemos obligados a elegir entre la música y la mujer, quién sabe si no elegiríamos la primera. Aunque ambas procuran sensaciones de vertiginosa intensidad, sin embargo, sólo la música nos suspende en el infinito voluptuoso de la insatisfacción. Con la mujer se está obligado a consumir y a derramar lo que en nosotros es pura fuente. Con la música jamás; su indefinida complejidad nos permite no realizarnos nunca.

Buscamos a la mujer para paliar nuestra soledad y a la música para hundirnos en ella. ¿No tratamos de escapar de la tristeza valiéndonos de las mujeres? Pero quien en los sublimes goces de la música no ha sentido la tristeza de un Dios solo y abandonado no puede ni imaginarse la esencia de la música. Sólo a través de la música podemos barruntar cuáles son las tristezas y alegrías de Dios...

Después de haber tenido durante tanto tiempo conciencia de nuestra inanidad, ¿podemos seguir creyendo en algo

que no sea Dios? ¿Podemos sentir aún algo distinto del principio y el fin? ¿Por qué no nos educaríamos en la conciencia de nuestra propia divinidad? ¿No hemos perdido todos tanto para que, al menos, tengamos derecho a la última ilusión, a la ilusión absoluta? ¿Y acaso nuestras soledades no tienen voces suficientes para pregonarnos la realidad de nuestra ilusión? ¿No son musicales y sonoras todas las soledades y no tienen que cantarnos la gloria de estar tan solos, de suerte que queramos serlo todo?



### III

Si la negación no lleva al éxtasis y la desesperación a la profecía, eso significa que no han alcanzado la profundidad en la cual se superan a sí mismas. Si de ellas no surge la conciencia de su propia misión, las vías de la existencia se nos quedarán cerradas para siempre. ¿Y no es un deber frente al propio destino plegar nuestra conciencia a nuestra misión ejemplar? ¿No estamos obligados a explotar nuestra fiebre, confusión y vibración para llegar a la transfiguración a que nos lleva la conciencia de la unicidad y de la profundidad de nuestro destino? Para un alma grande, lo que denominamos tristeza, desesperación, renuncia, no tienen valor por sí mismas, sino que son solamente grados de su propia transfiguración, etapas de una ascensión grandiosa. Todos los grados de la transfiguración y todos los momentos de la ascensión son vías hacia la pureza, hacia un desprendimiento sublime, porque desprendimiento no es otra cosa sino suprema comunión. Cuando borramos nuestras manchas de oscuridad, ¿no estamos buscando que la vida fluya en nosotros de manera dulce e inmaterial, volvernos pura fuente y quedarnos inmaculados después de tantas virginidades perdidas? ¿Quién sabe si la aspiración a la muerte no procede de lamentar que la vida no sea eterna! ¿No han descubierto la vida los que han sufrido por su causa y la han negado por miedo a no poder amarla?

Ya que no podemos ser felices, ¿por qué no tratar de hacer de nuestra infelicidad algo creador, dinámico y productivo? ¿No estamos obligados a atizar nuestra hoguera interior y consumirnos en las abrasadoras cimas de la tristeza? No serán fecundos los actos de nuestra vida si todo lo que vivimos no lo hacemos hasta más allá del límite. Que nuestra inclinación a consumirnos en las llamas de nuestras propias vivencias no tenga límite, como tampoco lo tenga el estremecimiento que hace vibrar nuestro ser. Tenemos la obligación de ascender y descender hasta lo infinito por la escalera de las formas de la vida, cuya naturaleza ha de importarnos menos que la magia de la profundidad y la infinitud donde podamos llegar.

Más allá de la esfera habitual de las experiencias vitales existe una zona en la que tiene lugar una especie de sucesión de transfiguraciones. El sufrimiento se convierte en alegría; la alegría, en sufrimiento; el entusiasmo, en desilusión y la desilusión, en entusiasmo; la tristeza, en ardor y el ardor, en tristeza. La consistencia de los estados anímicos desaparece en esa sucesión de transfiguraciones y se vuelve más sutil por los continuos éxtasis. Cuando se vive todo con una profundidad vertiginosa, bajo el signo de lo ilimitado, descubrimos un espacio que a nosotros mismos sólo nos resulta accesible durante el éxtasis de nuestras propias vivencias. Allí la negatividad deja de ser estéril; y lo demoníaco, destructor, porque todo, como si fuera una sinfonía de llamas interiores, se desarrolla y se consume en un himno de vida y de muerte.

Pero para llegar a ese lugar es preciso haber sufrido mucho, y para que los actos de nuestra vida adquieran profundidad es mucho lo que tendríamos que padecer. Nuestros actos cotidianos son banales e insignificantes cuando se realizan en las condiciones naturales de la vida. El mero

hecho de vivir, por sí solo, no significa nada. Vivir lisa y llanamente es no conferir profundidad alguna a los actos de la vida. Sólo cuando se vive como si la vida fuera un bien que pudiéramos sacrificar en cualquier momento, sólo entonces, cesaría de ser una banalidad y una evidencia. Es una tontería afirmar que la vida nos ha sido dada para vivirla; nos la han dado para sacrificarla, o sea, para extraer de ella más de lo que sus condiciones naturales permiten. No existe otra ética excepto la del sacrificio.

Considerar la muerte en sí misma, desgajada de la vida, es echar a perder tanto la vida como la muerte. El sentimiento interior de la muerte resulta fecundo a condición de que nos permita dar profundidad a los actos de la vida. Esa relación hace que ésta pierda su pureza y encanto, pero gana infinitamente en profundidad. El éxtasis puro de la muerte lleva fatalmente a una parálisis total del ser. Sólo cuando seamos capaces de hacer saltar chispas de la obsesión de la muerte, también podremos entonces transfigurar la vida.

Tenemos que someter nuestra vida a las pruebas más duras. Que nada peligroso ni arriesgado nos resulte ajeno. Sólo las vírgenes rehúsan pensar en las últimas pérdidas.

¿Hay que extrañarse entonces de que algunos aparezcan vitalmente obsesionados por gozar con el tormento? ¿No tiene eso su origen en la tendencia a ahondar en la vida por medio de todo lo que la ataca y la pone en peligro?

¿No es la inclinación a quemar la vida en sus raíces lo que lleva a la existencia entera a construirla sobre llamas? Progresar en las llamas, en eso consiste el goce por el tormento. Y hay en ese goce una rara mezcla de algo sublime y de fantasmal, de solemne y de irreal.

Sacar de la vida más de lo que ella puede dar es el im-

posible que el tormento, cuando aún sufrimientos y estremecimientos, quiere alcanzar. No importa en absoluto que el sufrimiento venga causado por el hombre, por la enfermedad o por alguna pérdida irreparable, sino sólo lo que puede fecundar el interior, para que la vida gane en esplendor y profundidad. Si no hemos conseguido sembrar las tinieblas de estrellas, ¿cómo vamos a esperar la aurora de nuestro ser?

Entonces sólo podremos demostrar lo cerca que estamos del sacrificio y lo fuertes que somos en nuestra desdicha.

Después de estar aturdidos por todas las tinieblas, después de haber querido agotar los sentidos de sufrimiento y muerte, después de meditar vacuidades hasta el absurdo, después de haber puesto tanta intensidad y desmesura para no convertirnos en ceniza, ¿qué es lo que nos rodea con una aureola total y definitiva sino la transfiguración?

Grabémonos en nuestra morada interior las palabras de santa Teresa: «Sufrir o morir», no para acordarnos de lo que queremos hacer, sino para saber lo que somos. O tenemos un destino o no lo tenemos. ¡Pues no somos hombres que mueren a la sombra de un árbol una tarde de verano! Que infinitos estremecimientos atraviesen nuestro ser y que el alma sea como un inmenso horno; que nuestros entusiasmos sean abrasadores y vibrantes los éxtasis; que todo entre en ebullición y que explotemos como un volcán y nos desbordemos como la lava. Que nuestro símbolo sea el fuego y que lo inexpresable nos lacere durante los éxtasis místicos. Que las ascuas de tantos sufrimientos exhalen un calor envolvente y, embriagados de tanta vida, temamos menos la renuncia. ¿Es que no ha llegado el momento en que tenemos que entender, en un juicio definitivo, que la vida sólo puede consolarnos ya de la tris-

teza de ser bajo otras formas distintas a las suyas? ¿Es que no ha llegado la ocasión de mostrar que el valor de vivir quiere decir algo más que el rechazo a morir? ¿No hay que abrazar a la muerte para que la lucha contra sus tinieblas hagan resplandecer más las luces de la vida? ¿Y no hay que probar diariamente las resistencias de la vida por medio de la ardua lucha contra las fuerzas de la muerte? ¿No tenemos que estar salvando la vida a cada momento? Pues sólo después de haberla salvado, nuestro sacrificio puede significar nuestra primera y última libertad.

Para reforzar la conciencia de nuestra propia misión, no hay que dejar nada sin explotar, sino que tenemos que convertirlo todo en medios y estímulos que reafirmen la confianza en nosotros mismos, y vivir con tanto ardor que convirtamos todo lo que tienda a paralizarnos en fuelle de nuestra existencia. ¿Por qué no probar a convertir las evoluciones de la música en uno de esos fuelles? ¿Por qué no hacer de la experiencia musical un momento esencial del desarrollo de nuestro destino? El abandono puro y espontáneo en la música sutaliza el entusiasmo vital hasta la aniquilación. ¡No es en la experiencia musical propiamente dicha donde vamos a aprender a hacer un relámpago de nuestro destino! Pero cuando en la música aportamos energía y ardor, cuando no nos dejamos atrapar por la música sino que la dominamos, cuando las vibraciones sonoras traspasan la voluntad de una concentración infinita y se vuelven alimento para nuestras obsesiones vitales, ¿no queda entonces fortalecida la conciencia de nuestro destino por todo cuanto perdió antes? Tenemos que aprender a sobrevolar por encima de las cosas, a integrarlas, a vivirlas trascendiéndolas, y cuando nos abandonemos a ellas, ha-

gámoslo para explotarlas, no para ser devorados por ellas. Tenemos que amar, gozar y sufrir para que nuestro destino pueda llegar a ser un *destino* a los ojos de otros: en caso contrario, la mujer, la música y la enfermedad no serán sino otras tantas ocasiones de caída.

¿Llegaremos acaso a escapar a la terrible alternativa de la vida y la muerte? ¿Podremos llevar a efecto el sublime distanciamiento consolados por revelaciones internas y subyugados por eternidades insospechadas? ¿Podremos superar y olvidar el drama, ese drama que surge de las contradicciones inherentes al ser? Tiene que existir un espacio de luz interior donde se viva sin vivir y se muera sin morir. Tiene que existir un espacio de música sutil en cuyas sonoridades se disuelva, de forma inmaterial, toda la naturaleza.

Y tiene que existir un espacio en el cual el tiempo mismo haya vencido su inanidad.

Hay dos vías por las que, si no podemos vencer las enfermedades, las volvemos, con toda seguridad, más llevaderas: o las integramos en nuestro organismo, dejando de considerarlas como algo procedente de fuera, como elementos extraños y distintos de nosotros, o bien, por un esfuerzo interno, intentamos elevarnos por encima del «nivel» donde se mantiene la enfermedad en nuestro organismo y nuestra conciencia. El proceso de integración de la enfermedad es, en realidad, un proceso de interiorización: desarrollamos la enfermedad en nosotros mismos, la asimilamos de forma inmanente en nuestra vida. Nos hacemos a la idea de considerar el accidente como algo nor-

mal y el mal como perfectamente natural. Esa vía es la más frecuente y la más fácil: querer olvidar la presencia en uno mismo de lo irreparable.

Cada enfermedad consigue dominarnos en cierta medida: alcanza un nivel en nuestro ser, por debajo del cual, todo lo que ocurre en nosotros queda afectado por ese fenómeno de la enfermedad. Pero para que ésta no engulla ni absorba todo el contenido de nuestro ser, es necesario que, por medio de una infinita tensión, nos elevemos sobre el nivel de la enfermedad, que alcancemos un nivel superior, desde cuya altura podamos dominar la enfermedad como un simple proceso natural. En ese estado de tensión aumentamos las pulsaciones de nuestra existencia, la intensificamos con su resistencia. Todo reside en alcanzar un nivel superior al de la enfermedad. En el punto culminante de una crisis, apretar los puños, tensar los nervios, tener una voluntad de afirmación orgánica, un palpito trepidante como el producido por un rayo del ser, nos salvan y nos fortalecen como un baño balsámico. Si pudiéramos hacer de nuestra alma una convergencia de impulsos como un pozo artesiano, las depresiones y la enfermedad serían expulsadas a la periferia de nuestro ser. Para salvarse de las garras de la enfermedad, la única solución es llegar a ese nivel donde las pulsaciones de la vida nos crispan, llegar al nivel de un éxtasis orgánico.

¿Por qué las enfermedades no alimentarían nuestra visión profética? ¿Por qué no podríamos convertirlas en resortes de nuestra misión y de nuestro destino? ¿Por qué perdemos tantas ocasiones de velar y de despertar como nos prodiga la enfermedad con tan tremenda generosidad? ¿Acaso no tritura la enfermedad día y noche la materia en nosotros y no la vuelve capaz de vibraciones que resultan inaccesibles incluso a las delicias más puras? ¿Y qué es la

enfermedad sino un despertar del sueño de la materia? Todo nuestro ideal debe tender a volver fecunda esa maldición, a extraer de la enfermedad lo que otros no se atreverían ni a imaginar en miles de felicidades. Sólo así podremos aplazar el desmoronamiento provocado por la enfermedad, y sólo así ese desmoronamiento podrá llegar a ser una transfiguración. ¿Por qué no aprovechar todos los instantes en que la enfermedad abrasa las raíces de nuestra vida, en que se incuba en la materia para deshacerla en delicados pedacitos, en restos de existencia y aumenta hasta descomponernos en trozos de piedra, que no son sino las interminables pesadumbres de toda una vida? ¿Por qué no aprovechar esos momentos para estimularnos en el infortunio, para sacar brillo a la sangre de nuestras heridas, para poner una aureola a nuestros reveses? Si no aprendemos a hacer de la enfermedad algo positivo, ¿por qué seguir viviendo llevando consigo el pesar por una vida perdida? ¿Por qué quejarnos ante un desastre, cuando éste podría convertirse en el principio de una serie de iluminaciones? Y todos los sufrimientos que nos han ensombrecido el rostro, ¿acaso no son otras tantas fuentes de nuestra transfiguración?

Sólo en lo unilateral existe la tragedia, sólo un hombre que se lanza en una dirección hasta el final, sin espíritu crítico, ebrio de las sacudidas de su propia soledad, sólo ése puede soportar lo que otros no llegarán jamás a imaginar. ¿Y para qué hay que imaginar? Es tan cómodo imaginarlo todo, comprenderlo todo, que a esos hombres ni tan siquiera les concedemos el honor de menospreciarlos. Tener el fanático valor de afrontar lo irresoluble y de violar con una furia ciega lo irreparable, ser tan absurdo que los pensamientos se lancen a un baile desenfrenado, que se eleven como fuegos en tinieblas lejanas. La profundidad de un

pensamiento está en función del riesgo que corre. O morimos por nuestros pensamientos, o renunciamos a seguir pensando. Si pensar no es un sacrificio, ¿para qué pensar entonces? Reservémonos sólo las cuestiones arduas, irresolubles y últimas. Los profesores responderán a las otras. Porque para eso les pagan. Si la vida, el sufrimiento, la muerte, el destino o la enfermedad se resolvieran o si los agotáramos en la comprensión, ¿tendría sentido aún seguir pensando?

La enfermedad nos transporta a estados de vibraciones que normalmente no tenemos. Pero para volver fecunda la enfermedad y convertirla en resorte de nuestro dinamismo interno, resulta condición esencial intensificar las vibraciones hasta el paroxismo. Hay un auténtico *método de vibración total*, que nos abre las vías de purificación interna, de exaltación en las vibraciones íntimas. Tenemos que alcanzar una tensión psíquica durante la cual todo lo que vivamos implique el aumento de las vibraciones. Las tensiones íntimas tienen que ser tan grandes que los actos de voluntad, comparados con ese paroxismo, aparezcan como simples actos reflejos. Si en el estadio donde la enfermedad nos domina, la voluntad está paralizada y apagada, en el estadio de fructificación de la enfermedad realizamos un verdadero salto sobre la voluntad. Esta aparece muy disminuida y desdibujada ante ese volcán de vibraciones que estalla, como una explosión y defensa de la vida, desde las profundidades del ser. En las vibraciones de la enfermedad, la intensidad de las vibraciones vitales conforman un exceso por el cual las tendencias a la desintegración que encierra la enfermedad se transforman en otros tantos éxtasis de nuestra vida que se resiste a ceder antes de haber conocido el gran cambio, la transfiguración última.

La enfermedad lleva a la superficie de la conciencia

todo lo que hay más profundo en nosotros. De esta suerte, sólo somos profundos de verdad en la enfermedad; y, cuando conseguimos dominar la enfermedad, nos volvemos más de lo que *somos*, nos creamos a nosotros mismos.

Sobre nuestras propias ruinas hemos llegado a saber quiénes somos. Así, en lo tocante a lo que llegaremos a ser, lo tenemos todo por hacer. ¿No tiene el futuro que ser nuestra creación desde la nada? ¿No estamos obligados a empezar desde el final? Nuestro camino fue nuestra ruina; podemos estar orgullosos de no haber heredado nada. ¿Y no es nuestra misión tanto mayor por cuanto significa un comienzo total, una misión sin contar con ningún patrimonio? Hemos derrochado demasiado de nosotros mismos como para infundir valor a lo que nos queda. Que nuestra fuerza provenga de nuestra penuria. ¿No nos hemos desheredado a nosotros mismos con la audacia de vivir el desastre hasta el final? ¿No hemos tenido la osadía de experimentar nuestro hundimiento y nuestra ruina? Hemos acabado con nuestra vida para que tan gran desposesión nos impulse a la propia conquista, para que podamos, tras una pérdida tan grande, crear nuestra vida. Y todas las desesperanzas que pululan por nuestras ruinas no fueron sino esperanzas de otra vida, comenzada otra vez y creada al mágico reclamo de otros resplandores.

Frente a la tensión, a la vibración y al entusiasmo que ponemos en conquistar mundos infinitos, todo eso que los hombres llaman voluntad, tendencia, ambición y aspiración, aparecerá como expresiones deslucidas de la vida, como formas aproximadas y atenuadas. Ya no tendrán cabida en lo infinito de nuestra sensibilidad. Haremos de

nuestra vida una sucesión de saltos mortales. Y cada salto no será sólo un impulso, sino también una conquista. Nuestra sed de nada nos llevó a aprender muy bien lo que significa lo infinito como para no desear la infinitud del ser; hemos hecho demasiadas conquistas en la oscuridad como para no desear ardientemente la luz. ¿Acaso no temblamos todos sólo con presentirla y no nos abrasa como una inextinguible hoguera la infinitud del ser? Conocemos demasiado bien el veneno de la nada y la repulsión del ser; pero no pueden apagar nuestra sed de ser, sino solamente despertar en nosotros el anhelo de conquista y de reconquista. Hemos devastado la naturaleza hasta dejarla convertida en una sucesión de desiertos infinitos y hemos errado demasiado por esos desiertos y por los nuestros como para que, secos en un mundo árido, no anhelemos convertirnos en afluentes del río del ser.

Que el éxtasis sea la medida de nuestra vibración y sus cimas nuestra patria. Que la cresta de esas cimas nos arrulle la mirada y la perspectiva de alturas nos acaricie el alma. Que todo nuestro ser sea una vibración en lo infinito. ¿Y qué es el éxtasis sino una vibración en lo infinito? Diluyamos nuestra vida en la pureza de los entusiasmos, elevémosla hasta las últimas vibraciones, alcémosla en músicas de esferas. Que nuestra mirada sea un flujo de rayos de luz y que en nuestro cuerpo resuenen mundos de armonías; que lo inunden infinitas espirales sonoras que se retuercen formando volutas de extrañas formas. Que gritos de desesperación y chirridos causados por el crujir de dientes producto del odio sean lo que dé intensidad a esas vibraciones y que todos los lamentos se transfiguren en su entusiasmo. Sumerjámonos en el dolor hasta que se vuelva música y que la enfermedad cante su renuncia en himnos.

Y que esa música nos descubra ocultos presagios de se-

renidad y sirva de medio para que podamos conocer su profundidad. Hemos perdido la costumbre de contemplar su imagen lejana y hemos perdido la medida de sus dimensiones. Que nuestro éxtasis sea una vibración en lo infinito y que su música nos revele la profundidad de la serenidad.

La sed de absoluto nos ha enseñado lo que es otra vida y cómo el hecho de vivir significa no detenerse jamás. Sólo la conquista puede mitigar nuestra sed de absoluto; el cansancio y la retirada sólo sirven para avivarnos la sed. Tragar absoluto es la única actividad que, en lo infinito, puede caldear nuestro entusiasmo y hacernos olvidar que tenemos que hacer un alto. Poseídos de una sed infinita, ardiente, engullámoslo todo y que todo lo que hayamos conquistado signifique una pérdida para nuestra nada. Que el entusiasmo irrumpa en la existencia y que la alegría se asemeje a los grandes éxtasis. Y que nuestro anhelo de ser sea tan universal como la tristeza de ser. En su lucha, que el anhelo de ser colme de pasión las tinieblas de las tristezas y que nuestra sed de absoluto sacie su infinitud en la oscuridad.

Cuando sufrís demasiado de entusiasmo, cuando os pesa el entusiasmo de vivir y ante la explosión desordenada de vuestra vida teméis el suicidio, transformad vuestro exceso de dolor en vaticinio, canalizad en éxtasis de vida las desbordantes olas de vuestra energía. Buscad en los dramas ocasiones para la sublimación, servíos de las tragedias como vías hacia la pureza, torturaos para acabar con la podredumbre que hay en vosotros. ¿Acaso no sentís, hermanos, que todos esos dolores buscan apaciguarse?, ¿y no sentís que nuestras heridas nos han salvado del ve-

nenos? Todo nuestro ser estaba en carne viva pues su interior era puro veneno. ¿Y acaso no os vienen deseos de primaveras y nostalgias de serenidad? ¿No os agobia con su dulce goce la nostalgia de un mundo más puro, con sus inmensos cielos abiertos de par en par, y con armonías desconocidas? ¿No se estremece vuestro pensamiento ante el presentimiento de la felicidad que os aguarda en otros mundos y no os sentís iluminados ante la visión de unos dolores sublimados en cántico puro? ¿Acaso no queréis el gran cambio, el cambio en las entrañas de vuestro ser? ¿No queréis un mundo donde del dolor sorbierais felicidad; de la negación, éxtasis; y de la desesperación, profecías? ¿No os seduce un mundo en el que vuestro desbordado caudal inundara con acariciadoras olas los desiertos ocultos de vuestra inanidad? ¿Y acaso, hermanos, no os atrae la llamada de las serenidades, con sus inmensidades más cálidas y dulces? ¿No se apodera de vosotros la nostalgia de lejanías, inmensas como dolores? ¿No podéis encontrar, por vuestro deseo de pureza, un cauce para vuestra crecida?

LA PROFECIA Y EL DRAMA DEL TIEMPO. Que nuestro ardor abarque, en la totalidad de los órdenes de la vida, todos los contenidos de la existencia en una participación originaria, y vivámoslo todo hasta llegar al éxtasis puro. Que la vida social sirva de campo de pruebas a nuestra exacerbada sensibilidad y volquemos nuestro infinito interior en todo cuanto la vida tiene de exterior. Esparzamos nuestras energías más allá de la cultura y redoblemos la fuerza de su intensidad hasta convertirla en un torbellino. Vivámoslo todo con tal pasión que el destino hienda, como si fuera un rayo, nuestras tinieblas y las del mundo. Volvemos otra cosa, ése es nuestro objetivo final. Y acepte-

mos la vida sólo por sus grandes negaciones y afirmaciones. Si no nos abrasa la conciencia de nuestra misión, entonces es que no merecemos ni la vida ni la muerte. No comprendo cómo puede haber hombres indiferentes en este mundo, cómo pueden existir almas que no se torturen, corazones que no se abrasen, conciencias que no vibren, lágrimas que no se derramen. Habría que prohibir los espectadores y todos aquellos que de la distancia hacen virtud. Sólo un alma que se atormente y que nunca haya olvidado que vive puede despertar nuestro entusiasmo. Tachemos de falsas todas esas verdades que no provocan el sufrimiento y de nulos los principios que no nos consumen. Que nuestras verdades se vuelvan visiones y nuestros principios profecías. Las palabras, llamas; las razones, rayos. ¿Acaso nos queda tiempo para perderlo en pruebas, razones y certidumbres?

Si nos gusta la profecía, ¿no es porque se traga al tiempo?

La profecía es un salto de la conciencia fuera del tiempo; y su contenido, el futuro vivido en lo actual. Nuestros anhelos se vuelven en ella presencias y realidades vivas; las visiones brillan en el rebosadero de la actualidad. ¿No trata la profecía de suprimir lo inevitable de la distancia en el tiempo? ¿No hacemos lo imposible por vivirlo todo en ella de manera absoluta? Todos los que no conocen las llamas abrasadoras del espíritu profético perciben la sucesión de los instantes en su relatividad; son unos escépticos que lo aceptan todo. Sólo en la profecía, saltando sobre el tiempo, vivimos el instante en su dirección absoluta, hacia la que habría que tender. La profecía nos vuelve accesibles las últimas finalidades con la vivencia exasperada del momento. Hay que dejarse seducir por lo profético, por la pasión por lo absoluto que la anima, por la presencia de

los grandes finales en los grandes principios. ¿No se intensifican los ardores proféticos al presentir el fin de todo aquello que hemos vivido? Con un deseo bestial devoraremos el tiempo para que, a cada instante, la vida sea un principio, una cúspide y un crepúsculo. En un entusiasmo místico, que las visiones nos invadan con su resplandor, que nos cieguen con su paroxismo luminoso y que su indeterminación resulte de nuestra sed de absoluto. Si no tuviéramos el infinito anhelo por lo absoluto, por la realización integral, por la posesión infinita de lo absoluto, el tiempo irremediamente nos devoraría y habríamos perdido la vida durante todos esos instantes en que la cobardía disminuyó nuestro ser.

Habría que azotar con látigos de siete colas a todos los que esperan vivir y no se consumen dramáticamente en el demonio del tiempo; torturar y martirizar a todos los que confían en que el tiempo desparrame las migajas de su existencia. Y casi todos los hombres son migajas de existencia que están esperando su propia aniquilación. El valor del *ethos* profético consiste en la voluntad de aniquilarse uno mismo en medio de una existencia intensa, como si fuera un éxtasis. La base de cualquier profecía reside en una concepción dramática de la vida en el tiempo. En una lucha encarnizada contra el tiempo y la inercia del vivir en el tiempo. El sentimiento normal y corriente de la temporalidad no puede llevar más que a esperar la vida, a una cómoda concepción que se complace en las sorpresas que ofrecen los diversos momentos. Los hombres lo esperan todo del tiempo, que sus ideales se cumplan en el futuro, que sus esperanzas se vuelvan realidad y que la muerte llegue «a su tiempo». Contra esa actitud, nuestro frenesí profético no tiene que conocer límites. Que la conciencia de nuestra misión derive de una infinita comunión con el ins-

tante, de la furia exaltada de una vida que se reclama plena, pese a la nada temporal. Que nuestro mesianismo sea un incendio en el que se consuman todos los indiferentes de este mundo, y del que no se libren quienes no sufran del anhelo de las últimas transfiguraciones. Que el fuego interior sea nuestra obsesión y podamos elevarnos con él como si tuviésemos alas. Que las grandes misiones nos protejan de la gangrena del tiempo y que los instantes tarden una eternidad en pasar y la eternidad un instante. Que nuestras visiones alcancen esas cumbres, para que su grandeza deje petrificados a los demás y, emocionados ante lo grandioso de la contemplación, no puedan mostrarse nunca más indiferentes ante la pasión de lo absoluto. Pues la indiferencia constituye un auténtico atentado contra la vida y el sufrimiento.

¡Y que nuestro entusiasmo profético sea un estremecimiento contagioso como la enfermedad o como el fuego; que, llevados por él, atrapemos a este mundo refugiado en el silencio y las sombras y que, en una cruzada universal, conquistemos y liberemos las luces que ocultan nuestras tinieblas y las del mundo!

¡Hermanos! ¿Os habéis preguntado por casualidad por qué nuestras alegrías son tan raras y tan grandes? ¿Os habéis preguntado por qué respiramos en medio de tantos suspiros y por qué tan raramente nos sentimos estremecer de alegría? ¿Habéis pensado alguna vez que el precio de la alegría es el dolor? ¿Que las grandes alegrías son dolores transfigurados? ¿No habéis estado esperando, durante todos esos instantes de dolor, el momento de sentir una inmensa alegría? ¿No la habéis esperado como recompensa de infinitas derrotas? ¡Hermanos! ¿Acaso no amamos el su-

frimiento por ese momento, ese único momento de alegría, honda e interminable, en el que los dolores se vuelven puros y las desesperanzas sublimes? ¡Ah, hermanos! ¡Cuánto hay que sufrir para poder gozar de un momento de alegría!

En el sufrimiento hemos visto un crimen contra la vida. ¿Pero os habéis preguntado por qué *otra* vida es para nosotros *nuestra vida*? ¿Y no ha matado nuestros dolores la otra vida? ¿Y por qué hoy son tan fecundos nuestros dolores, tanto como nefastos lo fueron en otro tiempo? ¿No será que nos hemos construido otra vida sobre los cimientos de prolongados dolores para alcanzar raras e intensas alegrías?

MORIR DE ENTUSIASMO. Que nuestra alma muera de entusiasmo; que todos muramos de entusiasmo. Que el ímpetu de vivir sea irresistible y que lo abrase la desesperación. Que nuestra misión concluya en un último palpito, en el gran palpito de nuestro entusiasmo. Si no morimos de entusiasmo, ninguno de nosotros habrá vivido. Que ese entusiasmo se torne en intensidades musicales y abrazos de eternidades en el instante; y lo infinito del mundo, en un infinito de sensaciones. Y que nuestro entusiasmo sea tan grande que nos sintamos desnudos ante nosotros mismos: lloremos por haber podido esperar un instante semejante.

Que todo cuanto vivamos sean preparativos y escalones que conduzcan hacia el entusiasmo supremo. Muchas veces tendremos que morir de entusiasmo y durante nuestros entusiasmos, para que un último entusiasmo niegue la vida llegada a su apogeo.

Clavemos la mirada en el infinito y carguemos de eter-

nidad nuestros pensamientos; que el cuerpo vibre como una cuerda y que todos los órganos, como enchufes de ocultas armonías, nos conecten con los grandes misterios. Y muramos de tanto entusiasmo, de suerte que nuestra muerte sea la del mundo.

Que nuestro entusiasmo sea tan grande que su irrupción nos impida seguir pensando. Que vertiginosamente nos traspase y nos domine su furia volcánica para que sus palpitaciones colmen los vacíos donde se deleitan los pensamientos. Pues en los vacíos vitales es donde nacen los pensamientos, y la falta de entusiasmo provoca su libertad. Pero nuestro entusiasmo ha de ser tan irresistible para que, arrastrados por su torbellino, no sea posible pensar nunca jamás. Los estallidos de la vida son demasiado preciosos para pisotear tantas ideas claras y estériles.

Y cuando los pensamientos asomen en el contorno de nuestro entusiasmo, démosles vida en la fiebre y disolvámoslos tumultuosamente en el torbellino llameante del entusiasmo.

Y si no queréis ver en el entusiasmo vuestra única riqueza, aprended entonces a pensar en la fiebre, a tener pensamientos ardientes, a sacar vapor de las ideas. Que la fiebre sea la condición natural de vuestros pensamientos. Vuestro entusiasmo nunca os hará descender hasta el conocimiento y vuestros éxtasis os impedirán cobrar fuera lo que podéis ganar en vuestro interior. Las fatigas del entusiasmo no hacen más que volveros objetivos. Y que, en el camino al éxtasis, los pensamientos sean sólo simples extravíos.

Que vuestro entusiasmo se trague los mundos y, como en un beso, fundíos en estrecho abrazo con el ser y lo infinito. Que ocultos anhelos estallen en abrazos totales y que un mundo fecunde vuestro *anhelo*. Que vuestros apetitos sean demiúrgicos y vuestra pasión una sexualidad cós-

mica. Que la siembra corone vuestro gesto y que vuestro instinto haga florecer y fructificar mundos nuevos. Y, gozosos en medio de vuestros frenéticos anhelos, olvidad *la gran repulsión*, la tentación del distanciamiento sin salida, de la separación sin retorno. Guardaos de la gran repulsión, de los momentos pútridos, huid de los momentos que os cierran los caminos del ser. Ya que la gran repulsión es la amargura que ahoga el éxtasis del ser, que nos impide perdernos en todo y que todo se pierda en nosotros. ¡Explotad en fecundaciones, hermanos! Que vuestros pensamientos sean sembrados y que, en su fertilidad, olvidéis las tentaciones de la gran repulsión. Que vuestro entusiasmo sea una fecundación continua y, al generar nuevos mundos, por encima de las tentaciones de vuestro abismo, abrazad toda la naturaleza para besarla o para todo.

¿No se han vuelto mares de lágrimas todas esas tristezas que hoy nos son alegrías? ¿No brilla en nosotros la triste claridad de otras veces? ¿Y no nos inundan mares de lágrimas que cubren con su pleamar la amarga repulsión, la sequedad de nuestro ser? Estamos hechizados por tantas lágrimas que nacen en nosotros y se extienden como vastas serenidades, estamos embrujados por tantos crepúsculos que se vuelven auroras. ¿Acaso no tenemos lágrimas para todo, no nos embriagamos de irresistibles claridades que derraman y gotean sobre nosotros con transparente fluidez tantas tristezas que se han vuelto alegrías, no están nuestros éxtasis llenos de lágrimas y no nos inunda ese reverso del fuego? Olas de lágrimas se levantan dentro de nosotros y nosotros mismos somos un mar de lágrimas. En un fluir interminable vamos goteando nuestras tristezas sublimadas y las lágrimas discurren hacia los orígenes de nuestras alegrías. Y cada lágrima derramada es una alegría perdida.

Si todavía queda locura y entusiasmo en el mundo, que otra vida constituya para nosotros objeto de obsesión y de visión. Elevémonos hacia allí de tal suerte que nuestro paroxismo signifique una nueva vida, que signifique *la vida* que nuestro entusiasmo ansía. Ataquemos la raíz de la vida para que, en una creación absoluta, se ofrezca otro mundo a nuestros éxtasis. Más vale destruir las raíces de la vida que recoger luego la savia de raíces podridas. Habrá tanta fuerza en nosotros que al arrancar la vida de raíz de su medio sucio y hediondo, una nueva savia caldeará sus pulsaciones. Arraguemos la vida en el sol y que la luz sea la savia de nuestra vida. Desarrollémonos con las raíces hundidas en la luz, que de inmensas claridades emerja nuestra nueva vida y que la fecundidad se deleite en un éxtasis luminoso. Con sólo una vez que hayamos cambiado la vida desde sus raíces, la visión de otro hombre podrá ser algo más que un sueño. ¡Otra savia en la vida y, después, otro hombre!

Si los resortes de esta vida mediocre y tranquila no se resquebrajan, el camino hacia nuestra existencia absoluta lo tendremos cerrado. ¡Y que los resortes de otra vida se tensen de tal manera que, al liberarse, cada movimiento equivalga a un absoluto!

Triste está mi alma en el mundo en que los hombres viven para hacerse infelices los unos a los otros.

¿Cómo es que todavía hay hombres que pueden respirar después de haber hecho infelices a otros?

Todo hombre tendría que anhelar ser desdichado para preservar a otro de la desdicha. Es mil veces más soportable el ser infeliz que sembrar la infelicidad. ¡Y cuando uno piensa que en este mundo hay hombres que pueden dormir mientras otros sufren por su culpa...! Habría que destruir toda la cultura que permite que se hable de ideales

en un mundo en el que corren las lágrimas. ¿Y cómo no vamos a deplorar la pureza en un mundo en el que no se puede ser *esencial* si no es en la desdicha?

Todos hemos encontrado muchas sonrisas dulces, consoladoras y tiernas. ¿Por qué después no nos hemos jurado ser diferentes, completamente diferentes? Una única sonrisa de mujer valdría más que las tres cuartas partes del pensamiento humano si en esa sonrisa viéramos sonreír a la vida. ¡Pero cuántos de nosotros hemos imaginado entonces la felicidad en recíprocos éxtasis, cuántos hemos jurado en nombre de otra vida!

¿Por qué arremeto contra el hombre? (¿Por qué tenemos todos que arremeter unos contra otros?) Porque este ser no prende fuego a ese demonio que es la vida, no vive en llamas el nacimiento y la destrucción de las cosas.

Porque no lo abrasa el anhelo de pureza, no muere tras una invasión de luz y de su última transparencia.

Me gustaría que en el hombre la vida discurriera pura, como la música de Mozart. Pero el hombre no ha llevado la tragedia hasta el final para que lo abraza el anhelo de pureza, ni tampoco la desdicha ni el dolor hasta la locura, para pensar en una felicidad que pudiera ser profunda. Y en la historia de la humanidad sólo en Mozart la felicidad ha tocado fondo. Cuando el hombre extraiga todas las consecuencias de su condición, solamente entonces soñará que se pierde en armonías trascendentes. Y será el hombre sincero consigo mismo. El hombre tiene que morir; tiene que morir lo que de hombre hay en nosotros. Y de esa agonía podría surgir una nueva vida plena de entusiasmos puros y éxtasis cautivadores.

No es la *fuerza* lo que tiene que definir las pulsaciones

de esa vida, sino un éxtasis recíproco que acerque a los seres en vibraciones inmateriales.

Que, como si fuera un culto, sus gestos tengan una significación simbólica, que las miradas describan curvas inmateriales y que sutiles acercamientos confundan, como en un baño de rayos luminosos, la savia pura de tantas vidas que se buscan como los tonos de una melodía. Que todo tenga carácter de éxtasis, que cada acto de la vida participe de la esencia, conexión continua con el ritmo total del ser.

Ser el primero en el espacio, ése fue el ideal de la conquista durante la expansión. Pero que la visión de otra vida sea tan profunda que el ser que nazca de los éxtasis no vea tampoco el espacio como un obstáculo sino que, abrazando las fuentes de la vida, pueda llegar a cada instante al punto de partida de la vida, a las formas primeras, cuando la voluntad, el espíritu y la cultura no habían empañado los orígenes puros.

Ser duro, ser un bárbaro, así es como el hombre se ha soñado en su forma ideal. Y, de esta suerte, no ha conseguido vivir más que en la periferia de la vida. Pero ya ha llegado la hora de liquidar la forma humana de existencia, para alcanzar hasta las honduras de la vida, ocultas por las ilusiones del hombre.

Y si queréis lo absoluto, asumid el riesgo que comportan las grandes separaciones; de la separación de tantas cosas que no pueden olvidarse, de la separación de lo que amáis y de lo que tendríais que amar. Si no sentís en vosotros mismos el anhelo de una separación radical, ¿quién os infundirá la melancolía de los momentos de soledad, sin la cual las vías a las últimas revelaciones permanecen cerradas? Renunciad a vuestros ideales si la melancolía no di-

suelve en vuestra alma aromas embriagadores y si, por medio de ella, el placer de la renuncia no ha envenenado vuestro ser.

La fuerza de la soledad se manifiesta por la separación de lo que amamos. ¿No habéis sentido la necesidad insistente de renunciar a un amigo, a una novia o a la música para curtiros en vuestra misión y vuestro destino? Si no habéis matado nunca un gran amor por un gran sufrimiento, estáis perdidos para las pruebas que forjan el destino; estáis perdidos para vuestro destino.

Imaginaos un cielo infinito de verano y toda la melancolía que envuelve una inmensidad azul. En momentos semejantes, cuando los demás se olvidan de todo, ¿sois vosotros capaces de perder todo lo que habéis amado para poder reencontraros, como en una separación radical, a vosotros mismos?

Olvidaos de la ciencia, que jamás habla del dolor, e impregnaos de vuestras propias revelaciones. Olvidaos de todo lo que os aliena de vosotros mismos, olvidaos de todo lo que alivia inútilmente vuestros sufrimientos. Dotaos del valor de vuestro propio dolor y buscad el sufrimiento como ocasión de una prueba incesante.

Todos nosotros tenemos que odiar ese mundo de dolores aproximativos. Pues sólo podemos escoger entre el dolor absoluto e interminable y entre el entusiasmo vital puro. Si el veneno de tanto dolor nos abrasa hasta el punto de llevarnos a realizar el salto vertiginoso a la pureza, mostrémonos agradecidos al dolor. Y si no, no apliquéis un reconfortante bálsamo sobre el dolor, antes al contrario, que nuestra alma absorba el calor de la virulencia del veneno. Amad y odiad los sufrimientos, pero no huyáis nunca de ellos. Arrastraos en medio del dolor, pero que no os arrastre él.

**¡Hermanos, que la vida sea tan intensa en vosotros que muráis y os destruyáis en ella! ¡Morid de vida! ¡Destruid vuestra vida! Gritad los gritos de vida que hay en vosotros, cantad en vuestros cantos postreros los últimos torbellinos de la vida. Y, como en un temblor de tierra, que vuestras entrañas bramen y que desconocidas amenazas calmen vuestra sed de inquietud. Que todo cuanto viváis se asemeje a un terremoto y que el derrumbamiento de la vida se origine en vuestro anhelo de elevación. ¿No sentís en vosotros crujir la vida en las articulaciones? ¿No rompéis en vuestras caídas y elevaciones los límites de la existencia? ¿Cómo es posible que alguien viva sólo para no morir? ¿Y cómo es que hay hombres que no pueden morir de tanta vida?**

**Luchad siendo conscientes de la fatalidad, ya que sólo entonces todo cuanto viváis podrá ser un hundimiento o una transfiguración. Sentid lo inevitable a cada paso, para que cada paso se convierta en un presentimiento de tragedia. Despreciad a los santos que, en su avance hacia la luz, no tienen nunca miedo de rodar en la oscuridad; despreciad a los santos, porque ningún santo se ha vuelto loco. Ni siquiera ante su propia luz. Tragedia o desprecio para la santidad...**

**Ningún santo ha caído y creo que ningún santo ha muerto. La dicha de no ser santo o sobre la gran desdicha...**

**El inicio de la santidad: desde que sentís que la vida ya no tiene nada que perder en la muerte y la muerte en la vida.**

**La tragedia: la vida como límite de la muerte.**

**La santidad es como una flor sin perfume, una belleza sin brillo.**

La única profundidad insulsa: la santidad.

La santidad o la falta de destino.

Un santo *no* puede morir, porque *no* vive. Un santo no *termina* nunca, al igual que no comienza nunca. A un genio puede matarlo su obra. ¿Qué santo ha muerto del amor que hay en él?

Cada instante como expresión de un destino, como lucha entre la vida y la muerte, forma la tragedia. En ella la muerte y la vida son absolutos. Pero el absoluto que alcanza el santo sacrifica tanto la vida como la muerte. Un absoluto inútil y una profundidad insulsa, o por qué tememos la santidad al precio de nuestro ser.



## IV

Yo os invito a renunciar a la conciencia, hermanos, a renunciar a todo cuanto puede ser un obstáculo a vuestra orgía interior, a vuestra interminable y exaltada embriaguez. Que el dulce caos de los sentidos os acune y os arrebujé en su danza y que vuestros temblores atroces resulten movimientos de ballet. ¡Sentid los instantes en que vuestro drama se vuelve inútil como una danza! ¡Tened momentos de gracia en vuestra tragedia y no olvidéis saborear vuestra caída sublimándola en un paso de baile! ¡Ah, los raros instantes en que el dolor se vuelve inútil, gratuito y sinuoso hasta la benevolencia; en que el dolor, de tanta vibración, se diluye y se funde en la danza! ¿Nunca habéis sentido en los gestos espontáneos de las manos cómo el dolor puede volverse puro, cómo en una danza interior el dolor salta y, al saltar, se olvida de sí mismo? Esos ondulantes movimientos del cuerpo, ¿no los habéis sentido nacer en vosotros en los momentos en que el sufrimiento se vuelve inútil; la desesperación, gratuita; sonriente, la fatalidad; seductor, lo irreparable; y acogedora, la oscuridad? ¿Y nunca os ha conquistado en esos momentos tan absurdamente raros en que la oscuridad baila en vosotros, no estáis resplandecientes de alegría cuando el dolor os invita a bailar, esas raras invitaciones en las que se olvida de sí mismo? ¿Renunciáis a la conciencia y buscáis la orgía, esa autonegación del dolor?

¿Desde cuándo eres hombre? Desde que el Eros se niega a sí mismo en su espíritu.

¡Cuántos dramas inconfesados! El Eros buscándose a sí mismo en las regiones del espíritu; su anhelo de retirarse del espíritu; el anhelo de la vida de mantenerse pura de espíritu.

¡El sutil temblor del Eros en todo nuestro ser, la dulce y extraña sensación en la que el esperma circula en nuestra sangre! ¿No está presente aquí la voluntad del Eros de ser puro y de manifestarse en una vida pura?

El amor como estado puro, el amor disociado de los valores, o por qué no habrá paz entre vida y espíritu.

La salvación del espíritu por la mujer o el hastío del hombre de su propia condición.

El triunfo del Eros, como suprema expresión de la vida, o por qué el espíritu es sólo un accidente en el mundo.

Muerte, vida, espíritu o camino desde la eternidad al tiempo. ¿Qué es el espíritu frente a la vida, qué es la vida frente a la muerte?

Respecto al espíritu, la vida es originaria; en el vacío de la vida apareció el espíritu; la conciencia creció en detrimento del Eros. En el Logos, una forma de existencia ganó en esplendor y perdió en eternidad. La vida es eterna para el espíritu y efímera frente a la muerte. Pues la muerte *precede y sobrevive a la vida*.

El correlato de la muerte: la nada; el de la vida: el Eros; el del espíritu: la conciencia.

El progreso en la eternidad o el progreso hacia la nada. Lo existente, lo concreto, lo vivo *son* sólo en lo transitorio.

La eternidad indica una falta de vida; lo transitorio consume uno tras otro los desbordamientos del ser.

La nada es primordial (por eso, en el fondo, *todo es nada*); el Eros se hace; la conciencia es derivada.

Y para el hombre desconcertado entre la nada, el Eros y la conciencia, la profundización en el desarrollo del Eros aún puede consolarlo de las oscilaciones entre la eternidad de la muerte y la fugacidad del espíritu. Este puede apuntar hacia la eternidad; como *duración*, es inferior a lo irracional de la vida. Muchas flores sonreirán al sol cuando ya no quede ni rastro de nuestras ideas.

Dominados por el espasmo del amor, sumergidos en una orgía erótica entendida como angustia sustancial de la naturaleza, cultivemos cuanto es originario, todo lo que palpita de forma originaria. Nademos en el último fluir de la vida y flotemos sobre las ondulaciones del océano de nuestros sentidos. Respondamos con frenesí a los profundos reclamos del Eros y penetremos hasta sus primeros destellos. Lleguemos tan lejos en las pulsaciones de la naturaleza para que nuestra alma se abra igual que en los primeros e inesperados reclamos del Eros. ¡Y que nuestra sed de cosas últimas rinda culto a los primeros albos de la vida!

Si los estados de gran tensión son arduos de alcanzar, más aún lo es soportar la repulsión, la depresión y la fatiga que les suceden. Pocos son quienes pueden sospechar lo que cuesta una revelación, una exaltación profética o un paroxismo musical. Una gran alegría se paga con miles de tristezas; y una visión, con infinitas fatigas. ¿Cuántos pueden resistir los intentos de la gran repulsión y cuántos pueden soportar por la entera esfera de la persona la pro-

pagación de un veneno ardiente y destructor? Esas mandíbulas apretadas, el cerebro y los miembros comprimidos, más esa sensación inexplicable de estar tambaleándose en medio de un claroscuro, todo eso se apodera de nosotros durante la gran repulsión, como unas tenazas de fuego que nos apretaran para dejarnos eternamente estigmatizados. Y exige un salto auténtico por encima de nosotros para vencer la gran repulsión, y soportarlo supone un heroísmo real. Pues tan envenenados estamos durante esos momentos negros que tenemos la impresión de que no somos sino las secreciones de un ser venenoso. Como una flor venenosa, lo transformamos todo en una savia virulenta y nos desarrollamos para acabar siendo un principio de destrucción. Y la vida es entonces tanto más pujante cuanto más grande es ese principio. Nuestra mirada mata; la sonrisa críspa; la palabra estremece. Durante la gran repulsión experimentamos todos los impulsos destructores y autodestructores que hay en la vida. No hay que extrañarse entonces de que los impulsos eróticos parezcan sádicos y bestiales, cargados de una voluptuosidad sanguinaria de destrucción, de aniquilación definitiva. Un Eros envenenado se enseñorea de nosotros y nos descubre unos ribetes negros donde anhelaríamos la vida pura. Mezclamos el amor en convulsiones de horror, en una agitación infernal, en fatigas infrahumanas, subterráneas, y emponzoñamos las fuentes de la vida, de suerte que nuestros impulsos hacia la pureza se convierten en otras tantas ocasiones de tragedia.

Que un Eros puro, que se realice en el discurrir espontáneo de vida, nos libre de las tentaciones y tormentos de la gran repulsión y que el impulso a la serenidad nos salve de las soledades, de nuestra última soledad y del tiempo en que morimos y que nos hace morir.

Epígrafe a una autobiografía: Soy un Raskólnikov sin la excusa del crimen.

Eros: la realización en las fuentes de la vida;

Música: la imposibilidad de realizarte en la vida.

Sólo la música es una «tentación»: porque solamente ella puede enajenarnos de las finalidades de la vida. Un profundo sentimiento musical resulta de la imposibilidad del hombre de realizarse en la vida. La música nos «libera» de la vida, sirviéndose de aquello que nos hace *olvidarla*. Si no, toda música es un atentado...

¿Por qué el hombre canta en el amor? Porque ese amor no está seguro de su realización. En la música, un profundo amor descubre su propia timidez. Es como si el amor quisiera escapar de sí mismo.

La música erótica o la cobardía del Eros.

¿De dónde procede lo difuso del erotismo, desde el instante en que el amor se enraiza en el instinto? Lo instintivo tiene una dirección determinada y una gran capacidad de absorber el objeto enfocado. ¿De dónde proceden, entonces, lo inexplicable del amor, las aspiraciones indefinidas y las nostalgias eróticas? El desbordamiento del Eros por toda la esfera del ser mezcla entusiasmos eróticos en todos los planos de la existencia, incluso en aquellos que no tienen afinidad alguna con lo que hay de específico en el Eros. Amamos, pues, con todos los miembros del cuerpo y con todos los elementos del espíritu.

Amamos al andar, al dormir, al soñar, al recordar, en los momentos tristes, etcétera. En una extensión tan completa es natural que el amor no cobre precisa conciencia de sí mismo, sino que se descarríe, tan plenamente, como en

una inundación. Lo difuso del erotismo resulta de esa inundación del instinto que, de tanta intensidad, al querer abarcarlo todo, deja escapar lo esencial y lo individual.

El encanto del amor consiste precisamente en esa extraña coexistencia de un fondo instintivo con lo difuso del erotismo.

MOZART O MI ENCUENTRO CON LA FELICIDAD. El hombre no puede ser *esencial* sino en la desdicha. ¿Acaso Mozart nos atrae únicamente como excepción?

¿Acaso sólo de Mozart hemos aprendido la profundidad de las serenidades?

Siempre que escucho su música me crecen alas de ángel.

No quiero morir, porque no puedo concebir que un día sus armonías me sean extrañas para siempre.

La música oficial del paraíso.

¿Por qué no me he derrumbado? Me salvó lo que de *mozartiano* hay en mí.

¿Mozart? Intervalos en mi desdicha.

¿Por qué amo a Mozart? Porque él me descubrió lo que yo podría ser si no fuera obra del dolor.

Los símbolos de la felicidad: la ondulación, la transparencia, la pureza, la serenidad...

*La ondulación*: esquema formal de la felicidad. (Revelación mozartiana.)

La clave de la música de Bach: el anhelo de evadirse del tiempo. La humanidad no ha conocido otro genio que haya presentado con un mayor *pathos* el drama de la caída en el tiempo y la nostalgia del paraíso perdido. Las evo-

luciones de su música dan una grandiosa sensación de ascensión en espiral hacia los cielos. Con Bach nos sentimos a las puertas del paraíso; nunca en él. La presión del tiempo y el sufrimiento del hombre caído en el tiempo amplifican la añoranza de mundos puros, pero no nos trasplantan a ellos. El pesar por el paraíso es tan esencial en esta música que uno se pregunta si Bach tuvo alguna vez otros recuerdos que no fueran los del paraíso. Una inmensa e irresistible llamada resuena proféticamente en ella y ¿cuál es el sentido de esa llamada sino sacarnos de este mundo? Con Bach nos elevamos dramáticamente hacia las alturas. Quien en el éxtasis de esta música no haya sentido lo transitorio de su condición natural y no haya vivido la serie de mundos posibles que se interponen entre el paraíso y nosotros, no entenderá por qué sus tonalidades están constituidas por besos de ángeles.

Lo trascendente tiene en Bach una función tan importante que todo cuanto le es dado vivir al hombre tiene sentido únicamente en relación con su condición en el más allá. No hay nada de natural en esta música trascendente porque no tolera nunca ni las apariencias ni el tiempo.

Bach nos invita a una cruzada para descubrir en el alma humana, más allá de las apariencias, el recuerdo de un mundo divino. ¿Pero acaso ha comprendido *al hombre*, acaso creyó que con tales emociones podría consolarlo? ¿No se dirige su llamamiento y su consuelo a un mundo de ángeles caídos a quienes la tentación astral del pecado quebró sus alas y los arrojó de allí *aquí*, donde las cosas nacen y mueren? Una *tragedia angélica* es toda la música de Bach. El exilio terrenal de los ángeles es su motivo y su sentido oculto. Por eso a Bach sólo podemos entenderlo cuando nos alejamos de nuestra condición humana, cuando vivimos en nuestro primer recuerdo. Acongojado por la

caída en el tiempo, Bach sólo vio la eternidad. El *pathos* de esta visión consiste en representar el proceso de ascensión a la eternidad, y no la eternidad en sí misma. Una música en la que no somos eternos, sino que lo seremos. La eternidad es la ruptura completa del tiempo y la entrada no en otro orden de existencia, sino en un mundo sustancialmente diferente. A la visión cristiana de la discrepancia absoluta entre tiempo y eternidad, Bach le dio un perfil sonoro. La eternidad no es concebida como una infinidad de instantes (hay una eternidad en el tiempo, una totalidad inmanente del devenir), sino como un instante sin centro y sin límites. El paraíso es el instante absoluto, un momento redondeado en sí mismo, en el que todo es *actual*. La tensión y el dinamismo de esta música vienen determinados por el hecho de tener nosotros que conquistar el paraíso; no queremos que se nos conceda. La intervención divina apenas juega un papel. Bach pide más bien a Dios que nos acoja, no que nos salve. El momento dramático tiene lugar a las puertas del paraíso, en el umbral de la eternidad. La cruzada por el paraíso alcanza aquí su punto culminante en el profundo cristianismo de Bach. La otra vía, la de la revuelta y la del abismo humano, imaginó una cruzada para manumitir al paraíso de la dominación divina...

¿Qué armonías oímos a las puertas del paraíso? ¿Qué es lo que puede oírse solamente allí? Si con Bach lloramos el paraíso, con Mozart estamos en el paraíso. Esta música es realmente paradisiaca. Sus armonías son un baile de luz en la eternidad. De Mozart podemos aprender lo que significa la gracia de la eternidad. Un mundo sin tiempo, sin dolor, sin pecado... Bach nos hablaba de la tragedia de los ángeles; Mozart de la melancolía de los ángeles. La melancolía angélica, tejida de serenidad y transparencia, juego de colores.

La evolución en espiral de la música de Bach indica, por ese mismo esquema, una insatisfacción con el mundo, con lo que se nos ha dado, una sed de conquistar una pureza perdida. La espiral no puede ser un esquema de la música paradisiaca porque el paraíso es el límite final de la ascensión; más arriba ya no es posible llegar. A lo sumo, hacia abajo, a la tierra. ¿Existirá también allí pesadumbre por la tierra? Pero eso es demoniaco...

En Mozart, la ondulación significa la apertura receptiva del alma al esplendor paradisiaco. La ondulación es la geometría del paraíso, como la espiral es la geometría de los mundos interpuestos entre la tierra y el paraíso.

MOZART O LA MELANCOLIA DE LOS ANGELES. Martillea obsesivamente mi cerebro, me pesa y me roe el alma lo que dijo una vez Maurice Barrés sobre las primeras composiciones de Mozart, sobre los primeros minuets que compuso a los seis años: «El hecho de que un niño haya podido vislumbrar semejantes armonías es una prueba de la existencia del paraíso por el *anhelo*». Tiene razón Barrés; toda la música de Mozart, pura y aérea, nos transporta a otro mundo y tal vez a un recuerdo. ¿No resulta extraño que, purificados por ella, vivamos todas las cosas como recuerdos que nunca se convierten en lamentos? ¿Y eso por qué? Porque el mundo que Mozart nos ofrece posee la misma consistencia que los recuerdos; es inmaterial. Se ama a Mozart en los momentos en que se priva a la vida de su dirección, cuando se convierte el entusiasmo en vuelo, cuando las alas son portadoras de la fortuna y no de la fatalidad. ¿Quién podría decir dónde termina la gracia y empieza el sueño? Esta música de ángeles nos ha hecho descubrir una categoría nueva: el estado de *suspensión*, de

*planeamiento*. También en Haydn encontramos gracia y pureza; también él posee ese íntimo encanto propio de la ausencia de lo metafísico. Pero, a diferencia de Mozart, él se dirige más a los hombres, su sueño es pastoral, su gracia es más terrenal que aérea. La atracción de nuestro mundo perturba el encanto del estado de *suspensión*. Para Mozart, como para cualquier música angélica, mirar abajo, hacia nosotros, es una traición. Eso suponiendo que la traición mayor no sea sentirse hombre...

¿Se mantuvo Mozart hasta el final de su vida fiel a su visión, fiel al mundo que descubren las ondulaciones de una melancolía del sueño, fiel a su paraíso interior y al del anhelo o al del recuerdo? ¿No nos sentimos a veces inclinados a creer que Mozart nunca estuvo manchado por el pensamiento de la muerte, que nunca estuvo infectado de ponzoñosas tristezas? Aunque en una carta escrita varios años antes de morir confiesa su perfecta intimidad con el pensamiento de la muerte, sin embargo, sería difícil encontrar, en esa época, fuera de la fatiga y de un entusiasmo reprimido, un pensamiento triste que tendiera sus arcos negros por encima de su mundo. Hace mucho se observó que el *Requiem* de Mozart, aunque expresa el anhelo de escapar del mundo, sigue conservando un soplo de pureza o una indefinible alusión consoladora en un mundo de color de rosa, que enmascara los sufrimientos de la caída en el mundo.

Y, pese a todo, Mozart no fue consecuente con su sueño inicial. Si bien escribió una música para los ángeles, las alas se le cayeron siempre que no estaba en su música, es decir, en la música de *ellos*. Así, lo que creó el año de su muerte es una traición. El retorno a su propia condición, el reencuentro con su humanidad, el despertar del sueño de su vida sustituyen esa melancolía trascendente

por una tristeza sombría, material, una fúnebre atmósfera de descomposición y de irreparabilidad que, más tarde, en las últimas creaciones de Schubert, encontrarán su dolorosa culminación.

Casi hasta su muerte, Mozart preservó la continuidad de su sueño de juventud. La prueba de la existencia del paraíso por el anhelo de la que hablaba Barrés se renueva justo hasta la traición. De pronto es como si hubiera sido expulsado del paraíso por los siglos de los siglos. Y su caída nos es perceptible por la infinita tristeza y la intimidad con la muerte de sus últimas composiciones. Ha tenido lugar un auténtico salto, una significativa discontinuidad, una ruptura simbólica. El adagio de su último concierto para clarinete y orquesta nos pone de manifiesto un Mozart cambiado; no convertido sino caído; no transfigurado sino vencido. Una música en la que una sutil y etérea melancolía rechazaba la tristeza material y el entusiasmo gracioso excluía la otra cara de la vida, y que, de pronto, se desliza por la pendiente opuesta, donde será irremediablemente vencida. El hundimiento del sueño de toda una vida. Aunque formalmente pueda reconocerse todavía al Mozart de antaño, la atmósfera y los reflejos afectivos constituyen una sorpresa extrañísima. La tristeza de las últimas creaciones de Mozart, en especial la sombría atmósfera del concierto para clarinete y orquesta, da la sensación de un deterioro de su elevación espiritual, de un descenso hasta el cero vital y psíquico. Cada tono marca un paso hacia la disolución y aniquilación de nuestra jerarquía espiritual. Arrojamamos uno tras otro los velos de nuestra alma, nuestras ilusiones se diluyen y convertimos su transparencia en vacío. La tristeza musical de ese final mozartiano es como un murmullo subterráneo; contenida y, sin saber por qué, cohibida. Cuando se piensa en la pa-

tética grandeza de la tristeza musical en la *Tercera sinfonía* de Beethoven, donde la tristeza cobra unas dimensiones tan enormes que une los mundos, construyendo por encima de ellos una bóveda sonora, otro cielo, entonces el triste final de la obra de Mozart no supera las dimensiones del corazón ni el espacio donde se enmarca el alma. En la tristeza y en la muerte no puede transfigurarse un alma cuya inspiración hizo «carrera» en el paraíso.

Si decimos que el sueño de serenidad, de profundidad en la serenidad, de gracia y de vuelo inmaterial, que toda la sutil y trascendente melancolía que se desprende de su obra, es de tal naturaleza como para hacernos creer que él sorprendió las melodías de otro mundo y se las restituyó, ¿no sería todo eso expresión de un anhelo antes que la realidad espiritual de Mozart?

Este problema, que tantas veces se ha planteado, resulta falso. ¿Puede imaginarse alguien que un hombre no haya vivido su vida entera en el mundo que él mismo ha creado? Nada nos induce a creer que, antes de su caída, Mozart no haya vivido en un mundo de vibraciones puras, en otro mundo. Nadie canta al paraíso porque no lo tiene, sino porque no quiere perderlo.

Los que viven en los estados del segundo Mozart, el de ese breve periodo en que la muerte oscureció las luces y los recuerdos de su paraíso interior, éstos aman apasionadamente la música paradisiaca de Mozart, hasta el punto de hacer de ello un auténtico «complejo». Y la aman porque mantienen, oculto por tantas decepciones y descabros en su vida, el mundo de su paraíso interior, esos mundos que se les revelan durante las infinitas dilataciones del éxtasis. Pues no podemos amar el mundo de Mozart sin encontrarlo en lo más profundo de nuestra alma. Todo el secreto de la desesperanza reside en la antinomia creada

entre un fondo mozartiano y las inmensidades negras que aparecen en la vida para asfixiar ese fondo. Hay tantas almas que viven de la muerte de otras, sin saber dónde buscar sus orígenes, sus auroras.

Que Mozart no vivió en nuestro mundo, que no comprendió desde el principio la caída y la muerte, es una estupidez explicarlo por el ambiente rococó donde se desenvolvió. Al contrario, tenemos que decir que existen seres para quienes la individuación no es una maldición, porque se les desvela tardíamente la fatalidad de esa condición. Quienes son conscientes y desgraciados en la conciencia de la individuación, en su contacto con el dolor y la muerte, se transfiguran y aceptan las luces de lo demoníaco. Mozart vivió demasiado tiempo entre armonías seráficas como para poder seguir explotando esas luces.

El «misterio» de la ondulación: la realización en la elevación o la *forma en el entusiasmo*.

Amar la línea ondulada, fundirse y arquearse con ella. Si existe una conciencia danzarina...

Amas la ondulación porque te *realiza*, te completa en la aspiración...

Una conciencia ondulada, danzarina, graciosa; una cobardía para la tristeza; una traición para la repulsión y para la felicidad, una flor.

En lugar de «ideas»: pensamientos obsesivos. Prefiero las obsesiones que serpean en mi interior en vez de talarlo...

Oigo en mi mente todas las cosas que no quieren morir. Me deja sordo todo lo que en mí clama por la vida.

Cuando toda la existencia se convierte en música y todo

el ser es un estremecimiento, ientonces es cuando cesan las desdichas!

La desesperación: vibración en la nada.

Mística, música y erotismo o los límites donde se realiza nuestro anhelo de infinito.

El sabor de la carne: una sensación material de la música.

Interrogante musical: si no existe en el hombre una voluntad inconsciente hacia la infelicidad..., el miedo del hombre a ser superficial en la felicidad.

Deseo en la melancolía: morir bajo un cielo sereno.

¿Por qué durante los momentos melancólicos nos vienen a la memoria melodías olvidadas? ¿Será únicamente para que con ellas sopesemos lo que ha muerto en nosotros? ¿No nos hace revivir la melancolía los lugares donde fuimos dichosos o donde presentimos que lo podríamos ser? El dulce veneno de la melancolía...

Quien nunca deseó destruir la música, nunca la ha amado...

La desesperanza: forma *negativa* del entusiasmo.

Aprended a valorar las actitudes injustificadas, los gestos inexplicables, las acciones infundadas, el entusiasmo absurdo... No busquéis el principio de una cosa, la causa, el motivo. Que el abandono surja de un sacrificio espontáneo, más allá de la alegría y del dolor. Cuantos menos motivos tengáis para justificar un acto, tanto más generoso y puro será. El *acto absurdo* es la expresión de la mayor de

las libertades. Salvo que lo absurdo no esté en los linderos de la libertad...

Casi todos los hombres trabajan por algo, partiendo de algo, casi todos los hombres consumen su vida en el tiempo. El gesto absurdo no tiene principio porque carece de motivos, y no tiene final porque no está dirigido a nada.

¿No es lo absurdo lo que salva la libertad en este mundo?

Desde hace miles de años el espíritu humano trabaja contra lo absurdo, desde hace miles de años el hombre oculta su miedo a la libertad en el culto a las leyes. ¿No será, en el fondo, toda la cultura una cobardía nada más...?

La necesidad de llorar por todo lo que no hemos vivido;

El anhelo de derramar lágrimas por todas las sonrisas reprimidas;

La inclinación a destruirnos por tantas serenidades perdidas;

El entusiasmo por un ser y el pesar de no haber desaparecido en él;

La pérdida de todos los instantes en los que no nos hemos sentido colmados de una generosidad divina;

Un dios que muere en lágrimas de amor...

En las horas en las que somos el principio y el fin.

¡Ah! Cómo ruedan las eternidades en lágrimas infinitas...

Gotas de eternidades...

El *límite* del éxtasis: crearse solamente Dios...

Una divinidad en lágrimas...

Vivamos todos y cada uno como un dios, vivamos en el mito de la propia divinidad. ¿No es lo infinito nuestro contorno y la música nuestra temperatura? ¿No lo medimos

todo en rayos de luz y en sonidos? ¿No nos asfixian nuestras propias vibraciones, nuestros cánticos ocultos y nuestras melodías definitivas y últimas?

¿Qué otra cosa sino dioses pueden hacernos los instantes de invasión luminosa, esos instantes únicos e inolvidables cuando pasamos junto al tiempo con el desdén y la condescendencia de la eternidad? ¿Nunca os habéis vivido, hermanos, como últimos, definitivos, conclusos? ¿Nunca habéis abierto los ojos hacia vuestros cielos interiores? ¿Ni nunca habéis vivido el éxtasis de vuestras elevaciones? ¿Es que nunca os ha conquistado vuestro oído, que no os habéis ahogado en vuestras serenidades? ¿Nunca os raptó vuestro infinito, nunca os emborrachó vuestra infinitud, para que os sintáis henchidos de una plenitud tal que os haga ser todo en todas las cosas? ¿Qué clase de existencia es esa que no lleva a la culminación? El rechazo de la jerarquía divina o los grados de nuestra divinización...

*El instante absoluto de la existencia...* empieza cuando las sombras son derrotadas por la luz que hay en nosotros. La ruptura del equilibrio en el claroscuro es la condición para dar el salto a lo absoluto. El claroscuro es el medio donde se desenvuelve nuestra respiración diaria. Pero cuando las sombras huyen por miedo a la luz, cuando el juego fantasmal del claroscuro se deshace absorbido por nuestra luminosidad, cuando calcinamos toda la oscuridad en medio de un baño de rayos luminosos, el momento de la *gran* luz nos circunda de una aureola divina. Participamos entonces de un mundo de luz y de olvido. Y nuestros ojos son dos ventanas abiertas hacia la luz donde mueren las sombras...

¿Por qué tener sólo miedo a las sombras cuando nos

tortura también el temor a la luz? Todo lo que en nuestro claroscuro es sombra, es miedo, es huida de la luz. La tensión en el claroscuro es la condición natural de la tragedia. La caída o la transfiguración son la prueba de que nuestro fin no puede ser más que un absoluto.

Para transfigurarte en el mito de la existencia absoluta, déjate embargar por las sensaciones más extrañas. No lamentos sentirte como último representante de una especie en vías de extinción, como un gran asesino, como un caballero del fin y de la nada o como un dios desheredado... ¿Acaso tu finalidad última no es llegar a ser un dios sin mundo?

Que tu rostro se asemeje a una mascarilla mortuoria, de tan esencial que tienes que ser a cada instante.

¿No habéis advertido una imagen de pureza en la *mirada sin percepción*, en la mirada que refleja y refracta, una imagen *purificada* de objetos? ¿No os habéis fijado nunca en la mirada de los patitos y habéis visto unos ojos donde el cielo es cielo, el agua agua y la hoja hoja? ¿Y no habéis amado esos ojos que no han hurtado los objetos, que no han robado el mundo para fundirlo en ellos? El cielo ha descendido hasta los ojos de un patito; porque los ojos del hombre son demasiado oscuros para acceder a la serenidad y a la elevación. Imagen de pureza: una mirada antes de la percepción; una mirada en el mundo y delante del mundo; una mirada que *no ve*, sino en la que *uno ve*.

Un día de primavera, con una interminable calma y con un intenso verdor sobre un agua tranquila, un patito de ojos graciosos e inocentes, en los que el mundo busca su paraíso perdido, y el hombre triunfa sobre sus pesares y la envidia...

Ojos celestiales: ante ellos uno se pregunta si alguna vez fueron profanados por la visión de un objeto.

Sensaciones celestiales: como si los instantes se desgajaran del curso del tiempo para traerme un beso.

¿No habéis practicado esos retiros larguísimos y os habéis quedado en los huesos de tanto meditar, entregados al ascetismo que exige la elevación y donde los sentidos se olvidan incluso de sí mismos durante el éxtasis? ¿No habéis velado en las soledades de una montaña y, sintiéndooos tan *abajo*, habéis deseado saltar a la luz, deslizaros por sus rayos hacia arriba y seguir la trayectoria inmaterial hacia lo absoluto? ¿Y no os habéis prolongado en vuestro estremecimiento hasta el límite último de la elevación? ¿Y no habéis olvidado entonces la vida en vuestro exceso de plenitud? ¿No habéis olvidado la vida de tanta vida?

Si no habéis estado enfermos de vuestro exceso de plenitud, nunca habéis alcanzado los límites; si no habéis estado enfermos de vuestro absoluto y de lo absoluto del mundo, estáis perdidos para vosotros y para este mundo. Si no vivís vuestra divinidad, ¿quién se detendrá junto a vuestra sombra pasajera? Y sombras son todos los que no quieren ser dioses.

Hacia un mundo de sombras se dirige la voz de mi soledad, ronca de tanto gritar en vano y de los tristes ecos que resuenan en el vacío. Durante las horas de vigilia completa una luz temblorosa nace en la noche, desgajada de mi noche hacia la noche del mundo, y una procesión de sombras se cuele subrepticamente hacia Dios sabe qué lejana oscuridad.

...Y de esa oscuridad, perdidos en una luz absoluta, escaparemos en el momento intenso e infinito en que todo

se cree y se destruya en nosotros... Ese momento de felicidad divina tras la que todos los dolores pueden soportarse; tras la que la existencia futura del mundo se hace superflua...

La pérdida de la *conciencia de ser criatura*: odiamos todo lo que es ser; dejamos de ser solidarios con todas las criaturas junto a las que una vez servimos de ornamento al paraíso.

Cuando odiamos a los animales, odiamos la base de nuestra vida. Queremos escapar totalmente del orden de las criaturas. ¿Por qué entonces, cuando nos abandona la sensación de ser una criatura, vemos a todos los animales como si fueran reptiles? ¿Por qué nos invade el asco y el miedo de algo frío, subterráneo y reptante? ¿Por qué, cuando sentimos asco por una criatura, una serpiente inmensa se enrosca en nuestro cuerpo entero, formando una siniestra espiral? ¿Por qué, cuando tenemos una fría sensación de terror, notamos nacer en nosotros un veneno amargo y destructor?

¿La obsesión de la serpiente? El miedo de la caída cercana, de una caída absoluta. *La segunda* tentación de la serpiente: perder *el recuerdo* del paraíso. Perdemos el consuelo de haber sido alguna vez, algo más que un instante, felices...

La gran tentación: ¿no habéis visto nunca el mundo a través de los ojos de una serpiente?

Es la hora en que los recuerdos me invaden como llamas, cuando todo el pasado me abrasa, todo lo que en mí fue sonrisa, tristeza, pesar, cuando todo lo que en mí no puede callar. El grito de mis entrañas... El dolor de tener un tiempo, la tristeza de la propia historia... Un mundo sin

recuerdos ni esperanzas... Vivir absolutamente, sin paraíso. Una conciencia que no trace una curva entre el principio y el fin del mundo, ningún inmenso y eterno arco iris se combará sobre todo el mundo, no se consolará nunca de la pérdida del paraíso. Nacidos a la sombra de la divinidad; *hacerle sombra*, ése ha de ser nuestro ideal.

Muros negros en una ciudad septentrional, muros tiznados y altos. Niebla, lluvia y tristeza. De un desafinado organillo brotan viejas melodías que desentonan de manera siniestra y sorprendente. Y esos sonidos dan la impresión de que se desprendieran de los muros tiznados y altos para encontrarse, como si de una hoguera sonora se tratara, en tu propia alma. Y, presa de esas notas desafinadas que salen del herrumbroso organillo, entonas el responso en tu propio entierro.

Solamente la desesperación cambia el curso de una vida, porque la desesperación es la aureola del dolor. La transfiguración es un salto desde el dolor, un salto desde los límites del dolor, es decir, de la desesperación. La desesperanza es el sentimiento más fecundo; de ella emana todo. ¿Y qué es ese todo? *La pasión por el dolor*.

No se puede saber si el hombre ama *sinceramente* el sufrimiento.

No existe *destino* sin el oculto sentimiento de una condena y de una maldición.

El tiempo como una escala de dolores...

Quien hubiese podido ser santo si hubiese querido...

Pensamiento en la noche: ¿tiene el hombre que estar sufriendo hasta que Dios mismo le pida excusas...?

La primera vez, el conocimiento corrompió al paraíso; la segunda, será la tristeza quien lo corrompa. Entonces renaceré en forma de serpiente...

La diferencia entre Dios y yo: él *puede* lo que yo *siento*.

El poder nos separa: una diferencia de matiz metafísico. No vivir en la divinidad, sino en *nuestra* divinidad.

La suspensión total del tiempo: el mundo se *crea* en nosotros.

Extasis divino: en nosotros *empieza* el tiempo. La sensación del primer instante... Luego, los instantes que caen en el tiempo como las lágrimas en el alma.

Reflejarme en tu lágrima y tú en la mía. Que cada uno se refleje en las lágrimas del otro. Que todos se reflejen en las lágrimas de todos. Como ante viejos iconos, postrémonos humildemente ante nuestras transparencias, brillantes pero no profundas. Que la lágrima sea nuestro espejo, nuestro auténtico espejo. En ella se juntarán nuestros dolores y éxtasis. ¿Qué otra cosa sino la lágrima puede servir de espejo a quien perdió el paraíso? Sólo en las lágrimas volveremos a encontrar nuestro *semblante*. Y como las lágrimas se desprenden de las profundidades del hombre, son como un llamamiento de otro paraíso en el que entraríamos tras el último instante, tras la última lágrima.

Entre los que rechazan la vida y no pueden amarla, no existe ni uno que no la haya amado o que no *quisiera* amarla.

JURAMENTO A LA VIDA: Nunca te traicionaré *del todo*; aunque te he traicionado y te traicionaré a cada paso;

Cuando te he odiado, no te he podido olvidar;

Te he maldecido para soportarte;

Te he rechazado para que cambies;

Te he llamado y no has venido; he bramado y no me has sonreído; he estado triste y no me has consolado. He llorado y no has aliviado mis lágrimas. Desierto has sido para mis súplicas, tumba para mi voz. Silencio para mis

tormentos y páramo para mis soledades. He matado en el pensamiento el primer instante de vida y he fulminado tus inicios. He querido veneno para tus raíces, y que pereciesen de sed tus frutos, se marchitaran tus flores y se agotarán tus fuentes, eso es lo que ha deseado mi alma.

Pero mi alma te está reconocida por la sonrisa que ha visto sólo ella y nadie más; reconocida por *ese* encuentro, ignorado por todos; ese encuentro no se olvida, sino que con renovada confianza resuena en el silencio de tu interior, hace reverdecer los desiertos, alivia las lágrimas y calma las soledades.

Te juro que nunca conocerás mi gran traición.

Juro por todo lo más sagrado que pueda haber: por tu sonrisa, que no me separaré de ti.

¿Nunca habéis sentido cómo se congrega el tiempo en vosotros, cómo crece y os inunda, cuando todo lo que ha sido y ha transcurrido hasta ahora se concentra de pronto en una fluidez abstracta y se levanta en vosotros hacia una cúspide desconocida? ¿Nunca os ha dolido ese crecimiento del tiempo, no os ha atenazado nunca esa exasperación de la temporalidad? ¿Nunca os habéis inclinado ante la espiral interna del tiempo, con sus ardientes sinuosidades y evoluciones? ¿Se venga el devenir de nuestros instantes absolutos? ¿Ni tan siquiera tendremos derecho a un contacto discontinuo con lo absoluto? Es como si el tiempo quisiera recordarnos nuestros olvidos en la luz, que quisiera destruirnos donde a nosotros nos gustaría perdernos.

El tiempo ha roído los cimientos del paraíso. La serpiente no ha sido solamente instrumento del conocimiento, sino también del tiempo.

El futuro es una concesión que la eternidad hace al tiempo.

SUSURROS A LA SOLEDAD: ¿No has sentido la fuerza de mis negaciones? ¿No te ha hecho temblar la tensión de las articulaciones del ser? ¿No te han quemado mis llagas por haberme predicho el fin? ¿Acaso no sabías que gracias a ti he sido fuerte, que has sido una rémora en mi impulso hacia la nada? ¿Por qué me hablas al oído de separaciones si, gracias a ti, estoy ligado a las apariencias de la naturaleza? No te he pedido compasión sino fuerza en la maldición y destellos de luz en la desesperanza.

¿Y no me has enseñado tú que mi desprecio debe tener la amplitud del amor? Desprecio desde la lejanía es tu ley, soledad, desprecio de las cumbres, de las cumbres que tu amor ha erigido. Pues se tiene que haber construido un mundo con amor para poder mirarlo *desde arriba*.

¿Y no me has aconsejado mirarlo desde lo alto para quitar su nombre a los dolores y la oscuridad a la derrota?

¿No has palpado y besado tú mis llagas ensangrentadas, esas llagas que hablan de resurrecciones?

He sentido tus caricias, cuando mi voz cascada, amarga y triste te susurró: *soy un universo de pesares*. ¿Por qué tú, que no perdonas nada, has consentido la debilidad de esa confesión? Que me trituren los huesos, me claven la lengua y me arranquen la mirada. Pues no quiero ser en *existencia* lo que no soy en *pensamiento*. Y cada vez que mis pensamientos me han abandonado, en todas y cada una de esas veces, yo *no he sido* en pensamiento. Inspira a mis pensamientos la compañía de la vida y hazlos acordarse de mí en los momentos cruciales. Pero no me consueles cuando sea débil y esté cansado y triste. Yo te quiero entonces severa, mala e implacable. Quémame las plantas de los pies cuando quiera enterrar mi alma y atraviesa mi corazón cuando se ponga meloso. Desgárrame la carne cuan-

do se entregue al olvido y torna mis lágrimas ardientes como el veneno. Te confío a ti mi alma, soledad, y en tus entrañas quisiera enterrarla.

ORACION AL VIENTO. Líbrame, Señor, de ese gran odio, del odio del que brotan los mundos. Calma el agresivo temblor de mi cuerpo y afloja mis agarrotadas mandíbulas. Haz que desaparezca ese punto negro que se enciende en mí y se extiende por todos mis miembros, haciendo nacer de la infinita negrura de mi odio una mortífera llama de las brasas.

Líbrame de los mundos nacidos del odio, sálvame de la negra infinitud bajo la que mueren mis cielos. Enciende un rayo de luz en esta noche y que salgan las estrellas perdidas en la densa niebla de mi alma. Muéstrame el camino hacia mí mismo, ábreme una senda en mi espesura. Desciende en mí con el sol y da comienzo a mi mundo.

PECADO Y TRANSFIGURACION. Hay mucho de alegría en la angustia y de goce en el sufrimiento. Sin este compromiso superior, quién sabe si todavía se encontrarían hombres que buscan su felicidad en la desdicha y la salvación por los caminos de la oscuridad, y si sería posible aún la liberación soslayando el mal. El amor de lo infernal no es posible sin los reflejos paradisiacos de la alegría y del goce en estado puro. Pero, ¿y cuándo nuestra conciencia, sobre la vía de la salvación inversa, se queda en un momento dado desprovista de alegría y de goce, cuando la angustia y el sufrimiento se cierran en sí mismos para meditar sobre su abismo? ¿Podemos entonces creer que estamos en el camino de la liberación? ¿O *queremos* nosotros liberarnos to-

davía? No se puede saber si el hombre quiere o no liberarse, porque no se puede saber si el momento postrero de la liberación, la transfiguración, es algo más que un sublime callejón sin salida.

El rechazo de la liberación tiene su origen en un amor secreto por la tragedia. Es como si, una vez salvados, tuviésemos miedo de que la divinidad nos arrojara a la papelera y prefiriésemos descarriarnos para satisfacer nuestro orgullo absoluto. Pese a todo, no hay nadie que no vea la pérdida de la salvación como la gran ocasión perdida, como tampoco hay nadie que no se ruborice ante el sueño blanco de la transfiguración. Y esa situación es tan dramática que uno se pregunta si Dios no nos habrá exiliado a cada uno por separado en la tierra.

Pero el hombre no puede vivir sólo en la angustia y el dolor. La existencia exclusiva en una gama de estados negativos, sin retornar a la ingenuidad y sin avanzar hacia la transfiguración, abruma en tal medida nuestra conciencia que la presión de una *culpa* le añade un atributo doloroso. La aparición de la *mala conciencia* indica un momento peligroso y fatal. Nos sentimos gradualmente agobiados por recónditas aprensiones y responsables sin saber ante quién. No hemos cometido crimen alguno ni hemos ofendido al más insignificante de los seres; pero nuestra conciencia está alterada como después de un crimen o de la más terrible de las ofensas. Nos esconderíamos en un lugar oscuro por miedo a la luz. El miedo a la claridad nos domina, miedo a las cosas transparentes, a todo lo que existe sin necesidad de justificación. La inquietud va creciendo tanto más cuanto que no podemos encontrar un determinante concreto e inmediato. Una culpa sin objeto, una inquietud sin causa exterior. Pensamos entonces que más hubiera valido haber cometido un crimen, haber destruido a un amigo, haber

arruinado a una familia, haber sido abyecto, obsceno e inhumano. Aceptaríamos antes sentirnos obligados a una víctima que sumergirnos en lo indefinido de nuestra inquietud. Perdidos en la oscura galería de una mina y condenados sin escapatoria, nos sentiríamos más felices que atrapados en las redes de una culpa que no podamos comprender. La mala conciencia nos ofrece el ejemplo del más tremendo naufragio moral. Sin ella no entenderíamos nada de todo el drama del pecado, no sospecharíamos nada del proceso por el cual, sin ser culpables de *algo*, podemos ser culpables de *todo*. Cuando nos sentimos responsables ante las fuentes primarias de la vida, entonces la audacia de nuestro pensamiento se ha convertido en un peligro para nuestra existencia.

Resulta inconcebible que nazca la mala conciencia si no hay una existencia que está sufriendo. El camino hacia el pecado arranca del sufrimiento y es sufrimiento. Pero un sufrimiento infinito. La presión de la mala conciencia no la conocen aquellos cuya conciencia muere, porque ésta no es más que una simple senda, tan estrecha como su anhelo de felicidad o de infelicidad. ¿Qué sucede, sin embargo, con los que no pueden elegir sino entre el sufrimiento y el paraíso? (¿Pero hay, por ventura, otra alternativa?) ¿Y qué ocurre con los que, por miedo a perder el sufrimiento con la consecución del paraíso, no pueden renunciar nunca a él? ¿En qué mundo se acomodarán los que se sienten fuertes sólo en la contradicción, los que únicamente son victoriosos entre dos filos? ¿No es la existencia más plena cuando los capullos sonríen a la podredumbre? En una gran existencia la contradicción es la unidad suprema. El reflejo de la divinidad en el hombre es perceptible en la resistencia a las antinomias. Vamos por la vía de la divinización cada vez que, en nosotros, la dialéctica

interrumpe su curso, cada vez que las antinomias cobran cuerpo en la bóveda de nuestro ser, imitando la curvatura de la celeste, y vamos por *nuestra* vía (la de quienes han caído irremediabilmente en el tiempo) cada vez que vivimos todo el proceso dialéctico como un dolor. Y vivimos el dolor como dialéctica de un solo término. El dolor se afirma; todo se niega y se combina en él. En todo el drama del sufrimiento hay algo de monótono...

Quiérase o no, todo hombre tiende a considerar el dolor como un camino hacia la pureza, como una simple etapa en su evolución, porque hasta ahora nadie ha podido aceptarlo como un estado natural. Al no poder vencerlo ni superarlo, se sistematiza en nuestra existencia y exige una disposición exactamente contraria a la pureza. ¿Qué es lo que expiamos por nuestro sufrimiento? Es la primera pregunta de la mala conciencia. ¿Qué expiamos cuando no hemos *hecho* nada? La culpa sin objeto nos tiraniza y el peso sobre la conciencia aumenta a medida que lo hace el dolor. Un criminal tiene una *excusa* para su angustia: la víctima; un hombre religioso: un acto inmoral; un pecador impenitente: la infracción de la ley. A esos hombres se les excluye de la comunidad; tanto ellos como la comunidad *saben* por qué están malditos. Su desasosiego encuentra su punto de apoyo en la certidumbre del motivo exterior. Cada uno de ellos puede decir tranquilamente: «soy culpable porque...». ¿Pero y el que no puede decir siquiera *porque*? ¿O cuando, más tarde, en medio de las torturas de la mala conciencia a este *porque* siga una *excusa* que todo lo tape y este *todo* no pueda consolar con su inmensidad nuestra dolorosa ansiedad tras un pecado inmediato, concreto y vivo? ¿No querríamos acaso ser culpables ante algo *visible*? Saber que sufrimos por causa de tal y tal cosa, sentirnos culpables ante una presencia, ante un ser determi-

nado, poder dar un *nombre* a nuestro dolor sin nombre...

No hemos pecado contra nadie ni contra nada; pero hemos pecado contra todo, contra la razón última. Esa es la vía del pecado metafísico. Al igual que las múltiples formas del temor, en lugar de nacer individualmente y de forma disparatada para culminar en el miedo a la muerte, nacen en algunos de un miedo inicial frente a la muerte, también en el caso del pecado metafísico, una culpa esencial frente a la existencia irradia desde el centro todos los elementos de nuestro tormento interior.

Nuestra mala conciencia, cercada por la negra corona del pecado, finalmente se da cuenta del atentado que comete nuestra existencia contra las fuentes de la vida y de la existencia. El primer y último pecado.

La conciencia del pecado nace de un sufrimiento interminable; aquél, a su vez, es el castigo de ese sufrimiento. O tal vez más: el pecado es un autocastigo del sufrimiento. Por medio de él expiamos la culpa de no haber sido *purificados* por el dolor; de no haber realizado el salto, la transfiguración, sino que continuamos sufriendo sin límite, expiamos sobre todo el no haber *querido* volvernos puros. Pues no puede decirse que no hemos tenido cada uno de nosotros, en un momento dado, la llave del paraíso...

Después de reflexionar largamente sobre sí misma, la mala conciencia comienza a descubrir las razones últimas de su agitación. Sin embargo, eso nunca podrá equivaler al motivo preciso y a la causa exterior, sino que, por el contrario, aumenta los problemas de la propia existencia.

Porque todo el drama del pecado metafísico consiste en traicionar las razones últimas de la existencia. Eso significa ser culpable de todo, no de algo. *Sabido* esto, ¿haríamos más llevadera nuestra carga y nuestra maldición? No, porque no podemos eliminar «la causa» de nuestra turbación

sin eliminarnos a nosotros mismos. Ya al *pecar* nos hemos excluido de la existencia y hemos ganado, en cambio, una desconcertante *conciencia* de esa existencia.

Todos los que han traicionado el genio puro de la vida y han perturbado las fuentes vitales en el entusiasmo demiúrgico de la conciencia han atentado contra las razones primeras de la existencia, contra la existencia como tal. Han violado los misterios últimos de la vida y han alzado todos los velos que cubrían misterios, honduras e ilusiones. La mala conciencia resulta del atentado, voluntario o no, contra la vida. Todos los instantes que no han sido de éxtasis ante la vida se han totalizado en la culpa infinita de la conciencia. Se nos ha dado la vida para que muramos en medio de su éxtasis. El deber del hombre era amarla hasta el orgasmo. Los hombres tenían que trabajar para construir el segundo paraíso. Pero todavía no se ha puesto ninguna piedra para su construcción; sólo lágrimas. ¿Se puede acaso construir un paraíso con lágrimas?

El pecado metafísico consiste en apartarse de la suprema responsabilidad ante la vida. Por eso nos sentimos extremadamente responsables frente a ella. Somos culpables de haber conspirado en nuestro infinito dolor contra la pureza inicial de la vida. (¿Pero es que la *vida* no ha conspirado también contra nosotros?)

Un hombre que ame la vida y haya conspirado contra ella es como un cristiano fanático que hubiera renegado de Dios. El pecado teológico es igual de grave que el metafísico. No obstante, hay una diferencia: Dios puede perdonar si quiere; pero la vida, cansada y ciega de nuestros resplandores, sólo puede volver a acogernos si lo queremos nosotros. ¿Eso qué significa? Pues la renunciación a la vía de la divinización propia y la pérdida en el anonimato de las fuentes vitales (recobrar el candor paradisiaco, cuando

el hombre no conocía el dolor ni la pasión por el dolor). Una vez más, la salvación es una cuestión de *voluntad*.

¿Matar a un hombre y matar la vida? En el primer caso te condenan tus semejantes; en el segundo, tu destino se convierte en una condena. Vives como si hubieras sido condenado por un principio último (por la naturaleza, la vida, la existencia, Dios, etcétera). Tal vez sólo entonces empieces a *saber* lo que es la vida y a entender cosas inaccesibles a la filosofía; a despreciar las leyes de la naturaleza; a entristecerte *de otra manera*; a amar lo absurdo...

Desde ahí, un camino a través de la oscuridad podría hacernos desembocar en una luz secreta. ¿Pero y si esa luz fuera un momento final? Pues desde la luz ya no podemos caer en la oscuridad, cuando la luz nos acoge como el fin de nuestra historia. La transfiguración es una gran tentación tras la carga del pecado metafísico, que nos ha sacado del orden de los hombres y de la vida más que si se hubiera tratado de un crimen ordinario. Nadie que siga la vía del dolor y del pecado, de la locura y de la muerte, pierde de vista la envolvente fascinación de una luz final. Pero tampoco ninguno de los que vivieron amargamente la dialéctica demoniaca de la vida puede aceptar la placidez final, cuando todavía tiene que vivir. Por miedo a *su fin*. Pues la transfiguración es una derrota de la dialéctica, la trascendencia esencial de todo proceso. La santidad es un estado de continua transfiguración, porque es la superación definitiva de la dialéctica. Un santo no tiene historia de ninguna clase; va directamente al cielo.

Quien ha aceptado las grandes pesadumbres de la vida ama más la tragedia que la transfiguración. El miedo a la monotonía de los instantes sublimes es mayor que el miedo a la caída. ¿Qué puede ser para él la transfiguración sino el *olvido* de su propia tragedia y de sus cobardías su-

blimes? Hay mucha alegría en la congoja y mucho goce en el sufrimiento desde el momento en que el hombre teme cualquier clase de salvación, a la que considera como prematura, *antes de tiempo*. Como si, una vez realizado el esfuerzo de la transfiguración, temiéramos habernos perdido nosotros mismos. ¿Cuántas veces hasta hoy habría podido salvarse el hombre de haber querido? Pero se ve que el sufrimiento revela un mundo que puede ahogar el recuerdo y el pesar por el paraíso...

*La vida: ¿un pseudónimo de Dios?*

¿Por qué cuando se estrecha nuestra conciencia hasta el punto de perder todo contenido actual, cuando baja a nuestro límite inferior y se concentra en un punto extremo, nos agobia el *pecado*, como un crimen que hemos cometido sin saberlo? ¿Y por qué al desarrollarse en la conciencia se nos queda clavado como un *recuerdo*, como si fuéramos culpables en algún lugar lejano del pasado? ¿Por qué la conciencia del pecado, que aparece en un momento dado de nuestra vida, desplaza su origen hasta lo inmemorial de *nuestra* historia? ¿Por qué vivimos el pecado sin *su origen*? ¿No será porque, una vez que el pecado entra en nosotros, se convierte en algo *esencial* a nuestra existencia, que la atraviesa y la llena de tal manera que no podemos imaginarnos nunca, en el pasado, presente o futuro, libres de su cautiverio? El pecado anida en los orígenes de nuestra existencia porque no se puede pecar realmente sino contra esos orígenes. El pecado no es un compañero, sino una savia. Y aunque nace en el tiempo, da una sensación de eternidad (de estar condenado para toda la eternidad).

La conciencia del pecado nos hace descender hasta nuestro límite inferior y nos lleva tan lejos que fatalmente creemos que nos acordamos vagamente de una falta in-

memorial. Y el pecado se ahonda de forma tan agresiva y criminal, que un día descubrimos, en un interminable pasado, el pecado de nuestro origen (por eso no podemos hablar del *origen* del pecado), el pecado de ser, de haber sido. *Ser* como primera falta; el yerro de *haber sido* un día. Por ese motivo la idea del pecado original tiene unas raíces tan profundas en el alma humana. No conoce el pecado quien no siente que *un día* cometió una gran falta y con la que, sin querer, se solidariza, como tampoco conoce el pecado el que no lo vive, aun cuando no *crea*, en el umbral del pecado teológico. Su forma típica y original es contra Dios: el pecado personal del hombre contra la persona divina. (El pecado indica siempre una relación existencial.) ¿Quién podría decir si Dios mismo está libre de pecar? ¿Acaso no ha pecado él al elegir, entre las infinitas posibilidades de ser del mundo, la menos divina? ¿Y no es eso el pecado absoluto? Los hombres han pecado contra Dios; ¡pero él contra los hombres!

Diferencia entre pecado y dolor: el pecado podemos aceptarlo como condición natural, mientras que el dolor no. ¿Pero acaso no tendría que hablarse de *dolor original* y no de pecado original?

No amar la vida es el mayor de los crímenes. ¿Y quiénes son responsables de él?

Todos los que no *gustan* de las apariencias y dividen el mundo en esencias y fenómenos. Esos aman el mar pero no sus olas;

Todos los que no viven las apariencias como esencias absolutas. Para ellos el mundo comienza *más allá* de una flor, de una sonrisa, de un beso;

Todos los que en la individuación no ven una realidad

autónoma, sino las ondulaciones de una sustancia inaccesible. Esos no aman la vida, porque la muerte de un ser no es una pérdida en la *existencia*.

Quien no ama la vida abre a sus pies un vacío que no puede llenar con nada. ¿Que la vida no sería *digna* de ser amada? Mas el amor que guardamos a la vida es tanto más sublime porque no podemos saber si la vida es o no digna de ser amada. Aunque estés *ciego* para el mundo, es imposible que no mires de reojo a la vida. ¡Qué lástima que la vida no sea un ángel, para adorarla, o un monstruo para odiarla! Nadie puede saber cuánto ama a la vida...

Porque pueden conocer la desesperanza los que no han amado la vida...

LA CONFESION DE LAS COSAS. Tengo miedo de la música secreta de las cosas, de sus tonos subterráneos que me traspasan en las horas de solemne tristeza, como misteriosas confidencias de otro mundo. Una gran tentación es la confesión de las cosas:

¡Sé nuestro confesor y escucha nuestra plegaria! Nuestro ser no tiene contenido y pobres son nuestros contornos. Nuestra fugaz danza emborracha a los hombres, los liga a nosotros, los colma y los destruye. Ellos adoran nuestra ilusión quimérica y para rendirnos culto bajan los peldaños de su vida. Su amor por nosotros es una degradación; su fe en nosotros, una calamidad; el éxtasis, decepción. A nuestro lado, su fuego se vuelve ceniza; apariencia, su ser. Rebosantes entrarán en nuestra danza y saldrán desnudos. Sombras somos; y nuestra danza, el supremo engaño. Del tiempo procedemos; en él nos movemos y ante él nos prosternamos. La danza de las sombras es el éxtasis del tiempo. Todo lo que cae en el tiempo es

víctima de nuestro hechizo. Oficiamos al tiempo atrayendo por medio de nuestro baile a los adoradores del ser. Mendigan porciones de ser los que han respondido a nuestro llamamiento. ¡Y en vano los destruidos por el tiempo pregonarán la gloria de otros mundos!

LA TENTACION DE LAS SOMBRAS: Irresistible es vuestra tentación, sombras, irresistible es la tentación del tiempo. Seductora y triste es vuestra música. Habéis recubierto mi ser para desvelarlo en la música de las sombras. Irresistible es vuestra tentación, tan grande es vuestro embrujo, que con vuestras sonoridades he olvidado el deseo del ser. En vosotras desnudo quiero estar, pobre y mendicante; a vuestros fugaces encantos sacrificaré la riqueza de mis soledades. La eternidad nos enseña a ser desbordantes, para que no deseemos ser una víctima en el tiempo y una presa del tiempo. ¿Puede acaso vivir sin tiempo quien ha alcanzado la eternidad? Enfermo de instantes que permanecen, hacia vosotras, sombras pasajeras, tiendo mis brazos, agotadme en vuestra danza, quitadme el pesar por la inmortalidad, secadme las venas en vuestro caos, disolved los aromas puros de mi alma. Y que el tiempo me sorba la sangre para que la eternidad me posea por completo.

Y vosotros, los que vivís espantados por un mundo de sombras, asqueados de luchar en medio de las apariencias y por ellas, ¿habéis olvidado que la luz no es menos pasajera? ¿Por qué ese rechazo a luchar en un mundo de sombras? Vivimos en medio de ellas, imuramos, pues, por ellas! Desde el momento en que la vida no tiene valor alguno, ¿por qué no sacrificarla por la nada? No encuentro un encanto más maravilloso que ocultar la pasión en un mundo tal, alcanzar la libertad en el culto a lo absurdo,

consumirse hasta reducirse a cenizas sin finalidad alguna. ¡La pasión en un mundo de sombras! Templemos nuestras cuerdas íntimas, para abandonarnos sin trabas al baile de las luces y las sombras, atraídos por el misterio de éstas y el resplandor de aquéllas. Y que, en nuestra última hora, la presencia del misterio haga temblar el resplandor. La eternidad no nos tragará antes de que estemos poseídos completamente por las sombras. Ellas nos empaparán el alma con melodías que son un lamento de resplandores que ya no tiemblan a la luz blanca y monótona del más allá.

LA HORA DE LAS MALDICIONES: Cuando uno ha descendido tanto en su propio ser, de suerte que ningún residuo de existencia puede traerle ya al recuerdo que un día *fue*, se alcanza el punto en que la nada no ha decidido todavía ser. La indigencia vital más absoluta corresponde a esa indecisión que nos lleva ante todo cuanto es. Al bajar hasta nuestro límite más extremo, vamos acabando con cualquier forma concreta de existencia, una tras otra. Evolucionar hacia el no-ser equivale a deslizarse en sentido inverso por la dimensión metafísica de la existencia. Perdemos todo cuanto hay en nosotros y lo perdemos también todo. Una vez llegados a la nada, la indecisión entre ser y no ser nos provoca una sensación de alucinación. Y en esa alucinación, en la que se nos revela el espíritu desde sus orígenes hasta su fin y desde el fin hasta el principio, nuestros pensamientos son maldiciones que se desprenden como lenguas de fuego. Y *allí*, aterrorizados por el no-ser, juramos al espíritu volver a lo que hemos sido, ascender hasta nuestro límite superior.

Sólo la compasión pasajera y cotidiana sitúa al compa-

sivo en un nivel de superioridad y le confiere una actitud de desdeñosa distancia. Maldita sea la compasión que se despierta sólo en presencia de los desgraciados, que solamente es activa cuando está ligada a un objeto. No hay derecho a tener compasión de otro porque no se está en su situación; no hay derecho a poner de relieve nuestra felicidad al practicar la compasión. Que a alguien le entre compasión sólo porque otro sufre delante de él, es de lo más ordinario y vulgar, es un acto de amor corriente. No tiene nada que ver con la compasión que surge sin sufrimiento objetivo, esa presión de la compasión en la soledad! La compasión sin un determinante exterior, el infinito anhelo de compadecerse, de perderse en un acto de caridad, esa vibración ahogada del alma... ¿De dónde viene el deseo de morir en el sufrimiento de otro? ¿Qué se esconde en el misterio de esa profunda compasión que a algunos los invade hasta aniquilarlos, para quienes la visión de un desgraciado es ocasión de consumir un proceso generado en ellos mucho tiempo atrás? ¿Cuál es la raíz última de la compasión?

Con la compasión cotidiana el hombre se protege de sus sufrimientos venideros y asegura su conciencia, pensando en una recompensa futura. Cobardía explicable, pero excusable. En tales casos él no tiene relación interior alguna con el objeto de su compasión, y ésta es inútil e ineficaz. (Quizá toda compasión lo sea.) ¿Pero puede la compasión orgánica provenir del miedo a nuestros sufrimientos futuros? ¿No es un estado de presencia al que su objeto da más actualidad pero menos intensidad? ¿Puede semejante compasión originarse sólo del recelo que inspira el sufrimiento? ¿Se derivaría únicamente de presentir una tragedia, una caída, de la difusa espera de una catástrofe futura? ¿Sentimos acaso compasión del desgraciado porque no so-

mos tan desdichados como él? No, porque no existe infelicidad mayor que la que origina la compasión. Ser invadido por la compasión significa haberlo perdido todo, no tener ya nada. La infelicidad no puede alcanzar un punto más bajo y tampoco puede existir ningún infeliz que nos quiera tomar la delantera. *En la compasión, amamos nuestro sufrimiento en el sufrimiento de los demás.* La invasión de la compasión parte desde el centro de nuestro ser hacia la periferia. El cómo pueda llegar la tensión de la infelicidad a su punto culminante, la profundización en la infelicidad ajena, es un desplazamiento cuyo grado de ilusión no interesa. Un fenómeno de desplazamiento de esa naturaleza es la compasión. Un desplazamiento que, en el fondo, es una salvación. Por regla general, en la compasión nos engañamos nosotros mismos. Nos imaginamos que tenemos compasión de alguien más infortunado que nosotros y, aparentemente, nos excluimos de la zona apestada. En realidad, la compasión sólo puede afectarnos si hemos alcanzado un grado de irreparabilidad mayor que la persona a la que compadecemos. La suprema y auténtica forma de la compasión encuentra su expresión en el miedo a los sufrimientos que aguardan al otro. No siento lástima porque alguien sea un desventurado, sino que me da lástima por todo lo que todavía puede sufrir. Lo infinito y lo posible, por ese orden nos llenan de horror y de angustia. En la compasión suprema, nos situamos en un punto extremo y absoluto. Vivimos entonces con la convicción de que nadie puede ir más lejos, que para los otros el sufrimiento es un círculo cuya circunferencia únicamente a nosotros nos deja fuera.

Si en tales momentos la compasión se apodera de nosotros, cuando nosotros mismos tendríamos que inspirar compasión a todos, icómo no vamos a amar nuestro sufri-

miento antes de amar el de los demás! ¿Es posible sentir compasión por los demás sin sentirla por nosotros mismos? La compasión procede de una oculta pero profunda compasión por nosotros mismos. Objetivamente no podemos hablar más que de compasión por los demás, porque solamente ésa es la que se nos manifiesta y sólo ésa es la que manifestamos. Pero la única compasión que existe es la que tenemos por nosotros mismos. Las últimas raíces de la compasión se hincan en el extraño sentimiento de la compasión por sí mismo. Uno abraza la desdicha ajena quizá por grandeza de alma, quizá por cobardía...

En algún rincón de lo más hondo de sí mismo, donde el hombre es más fuerte y está más solo, ¿no estará esperando una compasión que no viene de nadie...?

Desde remotos tiempos, los hombres coinciden en que la santidad es el valor supremo, la elevación última que puede alcanzar un ser humano. La liberación del pecado, la purificación en el amor y el abandono en la compasión, la sonrisa receptiva a todos los actos de la vida, son expresiones de la santidad a las que los hombres jamás han negado su admiración. Pese a todo casi nadie desea volverse santo y, en su fuero interno, todos los hombres rechazan la santidad como una calamidad. Los propios santos han sentido una oculta pena por el mundo que su santidad les robaba, ellos mismos se han compadecido de su sublime catástrofe. No creo que haya existido nunca un santo que no haya considerado en sus horas amargas y lúcidas la santidad como una caída. El hombre ama de forma más duradera y más persistente lo banal que lo sublime. Sólo el ideal le da la sensación de anomalía.

La mujer sólo ha llegado a su *culmen* en la santidad.

Los hombres adoran a los santos. Pero preguntad a cualquiera para que, a fuer de sincero, diga a quién preferiría si tuviera que elegir entre una ramera y una santa.

¿Por qué tenemos la sensación de que una santa desperdicia su vida absolutamente, mientras que una prostituta no? ¿Habrá comprendido esta última cosas que la santidad ni ha sospechado? Lo que es seguro es que ninguna puta jamás se llevó a la tumba ilusión alguna...

¿O por qué entre Jesús y Don Quijote nuestro corazón se inclina por el último? ¿Qué puede ligar más nuestra alma al caballero de la triste figura sino el caballero de la cruz? Jesús, al fin y al cabo, sacrificó su vida por todos nosotros, mientras que Don Quijote la malgastó por un amor imaginario... A pesar de eso, ¿qué es lo que, en lo más hondo de nuestra alma, nos mueve a ver en Don Quijote una experiencia que ha ido más lejos que la de Jesús, un riesgo más definitivo y más completo? En Jesús la realidad y la quimera distribuyeron sus papeles en igual medida. Sabemos cuánto se engañó Jesús, lo que de ilusión hay en su existencia; pero también sabemos cuánto se sacrificó realmente por nosotros. Son tantos los hombres que nos aseguran que sin él habrían caído presa de la desesperación, la enfermedad que más espanta al hombre. A algunos incluso la historia de Jesús les habría parecido vacía de sentido, Jesús *tenía* que existir. Lo ha reclamado mucha gente. ¿Pero quién ha reclamado a Don Quijote? El no tenía que nacer. Por eso nadie lo entendió ni lo entenderá. ¡Malbaratar la vida por nada, alcanzar la sublimación en lo inútil absoluto! Más allá no se puede ir, más allá no hay nada que alcanzar. Durante toda su vida, Don Quijote estuvo más solo que Jesús en Getsemaní; más solo *por nosotros*. Nosotros, que somos conscientes de la tragedia que él ni siquiera sospechó, nosotros, remotos discípulos suyos,

pero que no tenemos el don de la ilusión. En Don Quijote la ilusión es un don divino, una gracia. Y ese don fue tan grande que a nosotros no nos quedó ya nada. Me gustaría que Don Quijote hubiera estado en la cruz y haber sido yo el malhechor de su derecha para que me hubiera dicho: «En verdad, hoy estarás conmigo en el paraíso». En el paraíso de la ilusión.

## V

¿Habéis sentido alguna vez el *principio* del movimiento, os ha angustiado la primera oscilación del mundo? ¿Habéis llegado a experimentar alguna vez el estremecimiento puro del movimiento, el éxtasis primero del devenir, el torbellino inicial del tiempo? ¿Nunca habéis sentido ese momento de la primera confusión, poseídos de una fiebre que irradia de vuestro cuerpo y de vuestra alma? Como si en el olvido y en la eternidad una chispa surgida de la nada encendiera hogueras en el espacio y proyectara luces en la tenebrosa inmensidad del mundo, describiera perfiles extraños en el fondo gris del espacio. ¡Sensación del primer movimiento! ¿No nos vivimos entonces como si fuéramos *fuentes* del movimiento, como el primer coscorrón del mundo? ¿Y no se concentra en nuestra fiebre el movimiento, no se centra el devenir en nuestro entusiasmo? Quien no ha sentido concentrarse en él, como un torbellino, el movimiento del mundo, y moverse en el gorgoteo de su sangre mundos infinitos e insospechados, ése nunca entenderá por qué tras esos instantes el hombre se vuelve esencialmente otro, un ser sacado de entre la masa de sus semejantes, como no entenderá tampoco por qué un solo día de tales fulguraciones ininterrumpidas bastaría para consumir definitivamente su vida.

Sólo los ángeles pueden consolarme aún. Estos *no-seres* que «viven» perdiéndose cada uno en el éxtasis de los otros. Un mundo de éxtasis recíprocos... Mis recuerdos, con imágenes de Botticelli y armonías de Mozart, me devuelven a algún lugar lejano, cuando las lágrimas constituían ofrendas al sol... Todas las melancolías hacen revivir en mí los lugares angelicales del pasado, los paisajes solitarios y silenciosos de los grandes recogimientos y de los grandes olvidos; todas las melancolías me acercan las lejanías, remueven en mis entrañas todas las primaveras de mi niñez y me hacen revivir el presentimiento de un recuerdo más remoto o el pesar por un mundo donde las lágrimas serían como espejos del alma. Revelaciones de la melancolía, únicas pruebas del paraíso perdido.

Como cuando, durante el día, cerramos los ojos para sumergirnos súbitamente en la oscuridad, descubrimos puntos de luz y franjas de colores, que nos recuerdan la otra parte del mundo, igualmente cuando descendemos a las inmensas y tenebrosas profundidades del alma, se nos descubren en los límites de la oscuridad los insospechados reflejos de un mundo áureo. ¿Serán para nuestra alma esos reflejos una llamada o un pesar?

Aunque el espacio nos opone una resistencia mayor, más directa y más fatal, sin embargo, para nosotros es un problema menos esencial que el tiempo. El espacio nunca se convierte en un problema de existencia y de relación personal. Conforme nos sumergimos más en nuestro yo, más pierde el espacio en realidad, puesto que el tiempo persiste en nuestra conciencia, y cuando nos volvemos esenciales, nos alejamos del tiempo como lo hemos hecho del espacio.

El espacio nos da una íntima sensación de relatividad;

sólo nos hace reflexivos exteriormente. Hay hombres e incluso culturas (como la egipcia) que conciben la eternidad ligada al espacio, que no sienten el tiempo y su relación con la eternidad. La inmovilidad y la infinitud del espacio agotan en su conciencia el contenido esencial del mundo. Los espacios del mundo los subyugan y los anulan desde fuera.

El espacio nos abruma; pero no pasa *por nosotros*, aunque estamos más cerca de él que del tiempo. Sólo el tiempo pasa por nosotros, sólo el tiempo nos inunda, sólo a él lo sentimos como algo nuestro. El tiempo nos revela la música; y ésta, el tiempo, justamente como el espacio nos muestra las artes plásticas. Pero entre ambas cosas, ¿quién se inclina por la primera?

Lo que de más esencial hay en nosotros lucha contra el tiempo. No es posible dejar de aceptar el espacio; es una evidencia demasiado grande. Pero llega un momento en que uno ya no quiere aceptar el tiempo. El momento dramático de la existencia individual culmina siempre en la lucha contra el tiempo. Esa lucha, no obstante, no tiene salida porque el ser contaminado de temporalidad, aunque un día conquiste la eternidad, echará de menos inevitablemente al tiempo. El deseo de *huir del tiempo* se encuentra en seres enfermos de tiempo, fuertemente apretados por la cincha de los instantes fugaces. La salvación es una aspiración inconsistente a causa de la añoranza que los seres tienen por las alegrías, sorpresas y tragedias que les ofrece un mundo que vive y muere en el tiempo. Si bien existe una presión temporal, también la hay de la eternidad.

El hombre aspira a la eternidad, pero ama más el tiempo. Como esta vida que vivimos y que se consume en el tiempo es el único valor que se nos ha dado, nos resulta imposible no concebir la eternidad como una pérdida que,

sin embargo, no estimamos menos. Lo único que puedo amar es la vida que detesto. Es absolutamente imposible desembarazarse del tiempo sin desembarazarse de la vida. En cualquier punto en que uno se sitúe, el tiempo es la gran tentación: una tentación mayor que la vida, porque si la muerte no está en él, él, el tiempo, es la *ocasión* de la muerte. Por eso el éxtasis puro del tiempo nos revela arcanos tan peregrinos y nos introduce en los secretos que ligan dos mundos.

Aunque el hombre no conociera el acceso a la eternidad por estar viviendo absolutamente el momento, aunque no pudiera dar saltos en la eternidad porque está viviendo ya en el torbellino de lo temporal y se viera obligado a elegir a uno de los dos de forma perdurable, ¿cabría alguna duda de que preferiría el tiempo? O si tuviera que decidir también para siempre entre Cleopatra y santa Teresa, ¿ocultaría su inclinación por la primera?

Para quien la vida es la realidad suprema, sin ser una *evidencia*, ¿no sería «si podemos o no amar la vida» la pregunta que más puede atormentarlo? Turbadora y deliciosa incertidumbre; pero que requiere una respuesta. Resulta fascinante y amargo a la vez no saber si uno ama o no la vida. Preferiríamos no tener que dar un *sí* o un *no*, para no serenar una inquietud placentera. Un *sí* significa la renuncia a concebir y sentir *otra* vida; un *no* implica miedo al carácter ilusorio de otros mundos. Nietzsche se engañó cuando, enfrascado en la revelación de la vida, descubrió que la voluntad de poder era el problema central y la modalidad esencial de ser. El hombre situado frente a la vida quiere saber si puede concederle su último asentimiento. La voluntad de poder no es el problema esencial del hombre; éste puede ser fuerte sin tener nada. La voluntad de poder nace muchísimas veces en hombres que no aman

la vida. ¡Quién sabe si la voluntad de poder no es una *necesidad* de cara a la vida! El primer interrogante ante la vida coincide con un llamamiento a nuestra sinceridad. Que luego queramos o no el poder es una cosa secundaria. El mundo busca el poder para jugar la última carta de la vida.

Nadie es sincero en su amor por la vida, como nadie es sincero tampoco en su amor por la muerte. Lo seguro es que la vida goza de un mayor grado de aceptación por nuestra parte: nadie puede odiar la vida; pero son muchos los que tienen un odio bestial a la muerte. Todos somos más sinceros y categóricos con la muerte porque, ante las dudas que nos suscita la vida, nos permitimos dirigirle leves miradas y tener intuiciones insospechadas.

Pero por más raro que pueda resultar, al hombre que ha visto la muerte ante sí le da vergüenza decir que ama la vida y está condenado hasta el resto de sus días a ir eludiéndola. Como en los momentos finales de la existencia de cada uno hay una explosión de sinceridad, ¿podrá reprimir entonces ese hombre el asalto de las lágrimas de gratitud, esas lágrimas que la vida le había hecho desconocer hasta ahora? En ninguna parte está escrito que las últimas lágrimas sean las más amargas, pero sí está escrito en todas las puertas y en todos los muros visibles e invisibles del universo que el pesar más íntimo y más oculto es el de no haber amado la vida.

Todos los filósofos tendrían que terminar a los pies de la pitonisa. No hay más que una filosofía: la de los momentos únicos.

¡El anhelo de abrazar las estrellas! ¿Por qué son tan *frías* las verdades? Cuando nació la razón, el sol hacía mucho tiempo que brillaba. Y la razón no se escindió del sol.

Sufrir es la forma suprema de tomar en serio al mundo. Sin embargo, a medida que crece el sufrimiento, más

aprendemos que no vale la pena que lo tomemos en serio. Así nace el conflicto entre las sensaciones del sufrimiento que atribuyen a las causas exteriores y al mundo un valor absoluto y la perspectiva teórica, surgida del sufrimiento, para la cual el mundo no es nada. De esa paradoja del sufrimiento no hay posibilidad de escapar.

Existe una región de alternativas últimas que termina en las tentaciones simultáneas de la santidad y del crimen. ¿Por qué la humanidad ha producido infinitamente más criminales que santos? Si el hombre buscara tan insistentemente la felicidad como dicen, ¿por qué elegir entonces la vía del hundimiento y de la caída con una pasión tan violenta? El hombre *estima* más la felicidad y el bien, pero lo atraen más el mal y la infelicidad. Las tres cuartas partes de los humanos habrían podido llegar a ser santos si hubiesen querido. Pero es imposible saber quién les ha revelado a los hombres que no existe *vida* más que en el infierno...

La santidad es una lucha victoriosa contra el tiempo. Como el santo ha conseguido matar el tiempo en él, está fuera, más allá de todo. Estar en el tiempo significa vivir absolutamente dentro de ese *todo*. El tiempo es el marco donde todo se mueve. La santidad: estar más allá de todo pero con amor. Monótona es la vida de los santos, porque ellos no pueden ser *otra cosa* que santos. Santidad: la existencia vivida en una única dimensión absoluta. Y los santos oyen las voces del mundo; pero éstas les hablan sólo de dolores que se han convertido en amor; son las voces de un solo mundo. Por mi parte, regresaré a la música con la que me hablan los mundos, los otros mundos...

¿A qué grado de soledad habremos llegado para que la serpiente se ponga a lamernos las mejillas y los labios? ¿Es tanto lo que nos hemos alejado del ser que sólo la serpiente puede estar junto a nosotros?

Dos cosas incomprensibles: la nostalgia en un tonto y la muerte de alguien ridículo.

Todos los hombres tienen que destruir su vida. Y según la manera como lo hagan se llamarán triunfadores o fracasados.

La música es el medio a través del cual nos habla el *tiempo*. Ella nos hace sentir su paso y nos lo revela, *marco* que encierra todo lo pasajero.

Hay momentos musicales en los que *palpamos* el tiempo. Cuando la música nos habla de eternidad, lo hace como *órgano* del tiempo. El anhelo de eternidad de la música es una fuga del tiempo. No es ni el eterno presente, ni la actualidad continua ni la eternidad de más allá del tiempo.

*Pesado* es a veces el tiempo; ¡qué pesada debe de ser la eternidad!

Un cuerpo descompuesto en sus infinitas células; con cada célula concentrando una suma de vibraciones; con todas las células girando en un torbellino; con todos los órganos desgajándose cada vez que se estremece la individuación; con la vida que vuelve a sus elementos primeros, a sus primeros *recuerdos*...

Amo solamente al que va más allá de lo que *es*; al que siente sus principios y las cosas que le preceden; al que recuerda los tiempos cuando no era *él*, al que salta en las anticipaciones de la individuación. Nada ha entendido de este mundo quien no se ha estremecido ante el profundo sentido de la individuación, porque ése nunca intuirá la región de sus principios ni presentirá nunca su momento final. La individuación nos hace ver el nacimiento como un aislamiento; y la muerte, como retorno. No ama la vida el que no cultiva ese aislamiento, como tampoco la ama el que no teme al retorno. Que casi nadie ama el retorno

resulta patente porque éste no es otra cosa sino un camino hacia el mundo donde no hemos tenido ningún *nombre*. La individuación ha dado un nombre a la vida. Todos llevamos un nombre; el mundo que precede a la individuación es la vida sin nombre, es la vida sin *semblante*. Sólo la individuación le dio un *semblante* a la vida. Por eso, el hundimiento de la individuación en la muerte es una desfiguración. El hombre no ama su *cara*, que sólo es un accidente, sino su semblante, porque es un rasgo metafísico. El estremecimiento de la individuación es un antecedente de la desfiguración, es el presentimiento de la pérdida de nuestro mundo. El hombre es un *mundo en el mundo*. La vía del retorno pasa por la muerte o quién sabe si el retorno terminará en la muerte. Nuestra relación con lo que ha precedido a la individuación la establecemos bajando por la escalera de nuestro espíritu, permaneciendo en nosotros, venciendo el aislamiento de nuestro semblante, *trans-figurándo-nos\** hacia nuestros inicios y no transfigurándonos, perdiendo el sentido figural de la individuación, en la muerte. A la vida, que ha sido antes de que existiéramos *nosotros*, la amamos a través del *retorno*; nuestros ojos se vuelven hacia los inicios, hacia el anonimato inicial. Volvemos adonde *no hemos* sido, pero donde todo *ha* existido, a la potencialidad absoluta de la vida, de la que nos sacaron la actualidad y los límites inherentes a la individuación. *Volvemos* siempre que amamos la vida con pasión infinita y nos sentimos insatisfechos de las barreras de la individuación, y siempre que descubrimos las raíces de nuestro entusiasmo más allá de nuestra finitud figural. El retorno es una transfiguración vital; el revenir una desfi-

\* Téngase en cuenta, para mejor comprensión del texto, que en rumano la palabra *semblante* se dice «figura». Cioran juega con este sentido y el propio sentido de «figura». (N. del T.)

guración metafísica. El retorno es una mística de las fuentes vitales: el revenir, pavor de las últimas pérdidas.

*La vida* está detrás de nosotros porque de ella procedemos; la vida es el *recuerdo* supremo. La individuación nos ha sacado del mundo de los orígenes, es decir, de la potencialidad, del eterno devenir, de un mundo en el que las raíces son árboles y no fuentes transitorias de árboles ilusorios, del ser...

¿Entre qué confines encerraré mi alma y qué muros levantaré para no perderme? Los sueños me llevan muy lejos, muy lejos me llevan la música y las lágrimas. Ya no me contengo ni quepo dentro de mí; ¿cómo entonces me van a contener los demás y cómo voy a caber dentro de ellos? ¿Amamos desde una situación de abundancia, cuando estamos rebosantes, o de escasez, desde la penuria? Como ya no quepo en mí, ¿podrá otro acercarse al centro de mi ser? ¿Podrá amar el alma que muere de su vida? El alma, rebosante de vacíos, los colma por medio del amor; busca a otros desde la penuria. Amar es mendigar, es el miedo a la propia pequeñez. ¡Cuánto desprecio y generosidad hay en el amor que surge de la abundancia! ¡Amas entonces para librarte de ti, para quitarte de encima al amor! Te inclinas ante el Eros para que te libre de ti mismo, de tus excesos, de lo que te sobra; adoras el hecho de liberarte de tu propia tempestad.

Nadie podrá entrar dentro de mí, nadie me asediará. Desprecio, odio y magnanimidad se fundirán en un amor del que *tengo* necesidad, no del que *tienen* necesidad. ¿Por qué no será el amor un arma, un instrumento, un pretexto? Las almas vacías, mendicantes, las que han vivido a la sombra, serán convencidas por el amor. El que nunca

odió al amor no ha odiado nunca. Cualquier clase de amor, tanto de hombres como de mujeres, tiene algo de fangoso, de sucio y de rastrero. ¿No te repugna, pues, saber que existe *otro*, que hay un *tú*, que todavía hay seres, después de que, en tu expansión, has sido el *ser*? Yo ya no quepo dentro de mí.

La música nos transporta siempre a la primavera o al otoño. Al igual que la primavera o el otoño nos disuelve el cuerpo y el alma. No existe música ni de verano ni de invierno. O por qué la música es una enfermedad...

*El mal absoluto*: Un ser sediento de arruinar la naturaleza durante la primavera arrancarían de raíz todos los árboles, se comería sus brotes, envenenaría los manantiales para que murieran los seres vivos, cegaría las fuentes para oír la voz ronca de los pájaros, y tataría las flores para verlas secarse, doblándose tristemente hacia el suelo. A las mujeres preñadas las golpearía en el vientre para matar los principios de vida, el fruto, todo lo que es fruto, y a las doncellas les helaría la sonrisa en una mueca. A los amantes les arrojaría, en pleno orgasmo, un cadáver, y a los críos de teta les pondría gafas negras antes de que abriesen los ojos. Con una pizarra negra, que desearía del tamaño del mundo, saltaría hacia el sol para detener sus rayos, para reírse en una noche eterna sin estrellas, con un sol de luto, vestido de negro para siempre jamás. Y que ese ser pasee su ironía junto a la humanidad que, en su agonía, espera el regreso de los rayos solares, y que sonría fríamente ante las invocaciones que los hombres eleven al astro velado.

*El mal* es el odio contra todo lo que es *fruto*.

*La Historia* sólo tiene que significar para ti la historia de la humanidad en *ti*. Si todo lo que ha sido grande hasta ahora y si todo cuanto lo será en el futuro no está en ti, recuerdo o fruto, habrás perdido la historia y serás nada.

¿Qué clase de hombre es el que no rehace la Historia ni la anticipa por su propia cuenta? O mejor dicho: ¿Por qué no es *hombre* el que rehace o anticipa la Historia por su propia cuenta?

Vive así, para que te sean indiferentes las formas con las que se reviste y se revestirá el mundo, y las épocas y los estilos y los virajes de la Historia. Vive, como si antes que tú no hubiese habido nada y como si nada hubiera de continuar después de ti. Repele la idea de ser eslabón de una cadena, de perpetuar o de destrozar una herencia. Los pensamientos absolutos carecen de antepasados y de descendientes. Sólo nosotros somos los que morimos *bajo* su peso.

¿Por qué no queremos otorgar a los santos el privilegio de la locura? ¿Tal vez porque su locura termina en la luz en lugar de la oscuridad?

Todas las concesiones que hacemos al Eros son vacíos en nuestro anhelo de absoluto.

La nostalgia, más que cualquier otra cosa, es la que hace estremecerse a nuestra imperfección. He aquí por qué con Chopin nos sentimos tan poco divinos.

El primero y el último capítulo de una antropodicea: «Sobre las lágrimas».

Solamente el odio refuerza la vida; un odio destructor mantiene una vida constructiva. En él nos sentimos fuertes, arrolladores; en él sentimos arder todos nuestros miembros; él nos llama a la acción, nos incita al gesto y a la proeza. Pero no el odio interesado, provocado por razones mezquinas y orientado a la venganza inmediata, sino el gran odio fervoroso bajo el que todo se estremece. El odio es el resorte de la profecía; el odio hace a todo profeta hablar apasionadamente de amor. La profecía es un odio destructor y creador. Hace mucho que habrían desa-

parecido los judíos si no hubieran tenido el don *divino* del odio. Al pueblo elegido, Dios le aseguró la eternidad por medio del odio. A nosotros los cristianos nos dio una existencia temporal por la maldición del amor. Por los judíos es por quien vino Jesús, no por nosotros. Su Dios nos envió al gran Pervertidor. Inspirados por Dios estuvieron los judíos cuando lo rechazaron como Redentor.

El pensamiento que no expresa la lucha de una existencia es pura teoría. Pensar sin destino, he ahí el destino del hombre teórico. Teoría hacen todos los que no quieren cambiarse a sí mismos ni cambiar el mundo, los que no rehacen todo lo que se ha hecho y no presienten todo lo que será. Vanos son los pensamientos que no nacen de un alma y un cuerpo, vanas son las ideas puras y los conocimientos gratuitos. Que salga vapor de los pensamientos; chispas de las ideas; llamas de los conocimientos. Que la fiebre del pensamiento dé a las cosas otras dimensiones. Que parta de una voluntad de reforma del mundo, de la pasión de arrollar los órdenes visibles e invisibles. Que ese pensamiento barra como un huracán las leyes naturales, que a las bases cósmicas dé otra profundidad y otra altura a las pilastras del mundo. Que el mundo se apoye en nosotros; que nuestra resistencia sea más firme que la de Atlas. Que nuestros pensamientos sean las espaldas donde se apoyen los mundos infinitos. La tierra temblará para sembrar la inquietud en lo infinito y las llamas rodearán, como un halo, los mundos infinitos. Si todo cuanto hay en el tiempo y en el espacio no cobrara nuestras dimensiones, ¿para qué seguir pensando entonces en el espacio y el tiempo? Si todo lo que vive y muere no vive y muere en nosotros, ¿para qué seguir pensando en la vida y la muerte?

Esos días de primavera cuando la materia se pierde en rayos de luz y el alma en recuerdos... Entonces renacen

en nosotros todos los sueños de antaño, todos los sueños de nuestras noches, todo el material absurdo e imaginario tejido en el inconsciente por el miedo, la voluptuosidad y nuestros dolores secretos. Yo creía que los sueños morían en *nosotros* con el día y la noche. Pero la voluptuosa descomposición del alma bajo el inmenso cielo de las primaveras da paso a la llamada de los recuerdos. Cuanto más se descompone el alma, más se acerca al reino del olvido. Hacia todo lo que hemos olvidado, ésa es la peregrinación interior adonde nos insta la eterna presencia de la primavera. La desintegración del alma nos muestra lo que hemos sido. ¿Por qué no nos resulta siempre posible hacer revivir nuestro pasado? Dormimos en nosotros mismos, y el yo es un velo que recubre nuestro sueño.

En esa catedral, en la que estabas solo y entraste para olvidarte del mundo y de ti, para sentir la inmovilidad y olvidar la espera, te has engrandecido solemnemente en medio de las columnas y arcadas, te has diluido en medio del morado que te rodea y te has encorvado ceremoniosamente bajo las ondulaciones del templo, has adoptado las dimensiones de sus bóvedas y te has perdido en la trascendente geometría de la catedral. Tu alma se ha convertido en columna, en arco y en bóveda. Por encima del mundo, entre sus formas, se han imbricado las tuyas y es tal la inmovilidad de tu espíritu que parece una piedra. Y cuando te cimbreabas, miraste sin querer al suelo. ¿Qué otra cosa era tu alma sino la piedra que no yacía en tierra? Abajo estabas durante tus elevaciones, eras débil en tu fortaleza, pesado en tu vuelo, piedra en el camino al cielo...

Y, de repente, el milagro de la voz del órgano, prodigio en la catedral en la que sólo tú te creías. Los arcos se han movido, las columnas y las bóvedas; tu materia se ha dilatado con las vibraciones, la catedral se ha agrandado hasta

alcanzar las dimensiones del mundo. ¿Dónde buscarás ya los límites? ¿En los sonidos del órgano? ¿En la música que viene del más allá, de más allá de los confines del mundo y del alma?

...Y entonces sobre tu alma descansaron los cielos.

Los átomos que duermen en los hombres y que nunca han dormido en mí.

El continuo despertar del sueño de la materia...

La materia como cuna de los olvidos...

La vida, el alma, el espíritu que nos muestran nuestras huellas...

La materia, que no deja *huellas*; por eso es la cuna de los olvidos.

Todas las huellas, todo lo que no es materia en nosotros, nos persiguen...

Pero al bajar a la materia, perdemos nuestros olvidos...

No es el espíritu sino la música, el reverso de la medalla de la materia...

Hurgando en el pasado más alejado, la música nos despierta incesantemente del sueño de la materia...

Pero la música es eterna, al igual que la materia.

La formación de los mundos esparció las primeras armonías en el espacio.

La música expresa todo lo que es caos en el cosmos: por eso únicamente existe una música de los principios y una música de los finales...

Pensamiento absurdo en la música: una física cuyo punto de partida fueran las lágrimas en lugar de los átomos.

Si cayésemos rodando junto con el mundo entero en medio de un loco alud, venceríamos por siempre jamás al sueño de la materia y los átomos no volverían a dormir en nadie. Tendríamos que haber vivido cuando la tierra res-

piraba a través de los volcanes o cuando se desprendió del sol. Sobre las temperaturas solares del alma...

Todo es a cada instante: ahora nace el mundo y ahora muere; los rayos de luz y la oscuridad; la transfiguración y el hundimiento; la melancolía y el horror. Al mundo podemos volverlo absoluto *en nosotros*.

Que la voluntad de poder es la última carta que juega la vida lo demuestra el hecho de que quienes acceden al poder supremo son los que ya nada tienen que perder o aquellos a quienes la vida no les ha ofrecido nada. Jesús: el más débil de los hombres fue el más fuerte (pues ha resistido más de dos mil años sin agotarse). Sólo existe fuerza espiritual en la deficiencia biológica. Los vacíos vitales en los espíritus ambiciosos y visionarios han revolucionado y puesto patas arriba la Historia. El individuo marcha al compás de la Historia siempre que la vida lo lleva a remolque. Los cristianos tienen razón al explicar la Historia por la caída. El pecado de Adán es el primer acto histórico, es decir, el primer acto contra el espíritu o distinto de él. *En* el espíritu, en su ley, no existe la Historia. La Historia es un deslizamiento desde el seno de la vida, un salto fuera de ella; es una traición sin la cual nos habríamos quedado siendo esclavos anónimos de la vida. La libertad por medio de la Historia, o sea, *la historia* de cada infortunio, la historia de *cada uno*.

Nosotros somos ese *cada uno* desde que huimos del seno de la vida. La vida, que tenía un *nombre*, tomó, en los individuos, innumerables nombres al retirarse de forma anónima de ellos. Desde que el fenómeno de la individuación cobró un carácter *nominal*, desde entonces comienza la Historia. Pues entonces los individuos dejaron de creerse

hijos de la vida, entonces fue cuando se exiliaron del Alma Mater.

¿Quién podrá sacarme de la cabeza la idea de que este mundo podría haberse hecho sobre otras bases, y quién podrá darme la ilusión de que sobre otras podemos construirlo? ¿Cuántas veces podría ser este mundo *de otra manera*? ¿Cuántas veces no habría tenido que ser así? ¿Acaso tendrá innumerables caras ocultas que podríamos sacar a la luz? Entonces no haríamos sino *reformular* el mundo; pero nosotros queremos otro mundo. Queremos *empezar* nuestro mundo, ya que el creado por Dios toca a su fin...

*Su mundo no ha sido apariencia ni ilusión sino realidad. Fue.* Y por eso tiene que morir. A *El* corresponde sacar las conclusiones de su *comienzo*.

El último y más degenerado de los hombres se siente superior a Sócrates. Ante la mismísima tumba de Napoleón no podemos reprimir una sonrisa desdeñosa. Por cada hombre que muere sentimos más desdén que lástima. Es como si los hombres se «desprestigiaran» muriéndose. ¿No consideramos a veces la muerte de otros como una cobardía? Me acuerdo de aquel esqueleto ante el que exclamé: «¡Tonto!».

Si empezásemos nuestras actividades cotidianas con una marcha fúnebre, ¡qué dimensiones cobrarían nuestros actos! Una vida que discurriera solemnemente, en la que «oficiáramos» hasta el último acto...

Los que aman a Rembrandt son quienes se sienten grandemente atraídos por las puestas de sol. En Rembrandt la luz no viene ni de fuera ni de la lógica propia de un cuadro. El sol se pone en cada hombre y en cada lugar. El retrato refleja desde su interior rayos *que no son suyos*. La luz declina en el hombre y, en ese ocaso, reviste su alma de sombras. En Rembrandt, el sol muere cada día en el hombre y el retrato parece representar los últimos destellos, el

estadio final de su trayectoria. La luz de rayos pálidos y difusos de un ocaso. Aquí los hombres vienen de la sombra y el misterio rembrandtiano no es más que la *espera* de la oscuridad. De la oscuridad que busca su propia liberación mediante la luz; de la oscuridad que espera la derrota de su propio principio. En Rembrandt todo es vejez o todo *tiende* hacia la vejez. Rembrandt es el cansancio de la sombra y del sol, la indecisión de los seres entre la muerte y la vida. Venidos de la sombra y habiéndose desarrollado en ella, ¿*dónde* podrán volver ya? ¿A qué luz pueden elevarse cuando el sol les ofrece solamente su agonía?

*Botticelli*: el símbolo del mundo, la flor; el devenir como gracia; el autoéxtasis de la vida; cada gesto, un portento; los velos que revisten la materia; el entusiasmo, más pesado que la materia; donde las cosas no pesan; la aurora como finalidad universal; los rayos solares bailando en el espacio; la vibración de las piedras; la voz de las lejanías que se acercan contoneándose...

Cuanto más se sutaliza la sangre, más cerca se encuentra el hombre de la eternidad. Toda la eternidad es una cuestión de glóbulos rojos...

¡El tiempo nos domina siempre que la circulación de la sangre, la resistencia de la carne y el ritmo orgánico rigen nuestra existencia! Pero cuando la sangre se transforma en un fluido impalpable; la carne, en un escalofrío inmaterial; el ritmo orgánico, en una cadencia abstracta, estamos tan lejos del tiempo como lo estamos del ser.

*La voz de la sangre* es la voz del tiempo, de las cosas que empiezan y de las que terminan. ¿Por qué pierde la sangre su voz en el pensamiento? ¿No será por casualidad porque los pensamientos chupan la sangre? Así nacen *las pasiones abstractas*.

¿La eternidad? Una *anemia* del espíritu.

Las pasiones abstractas (o sobre ellas): manos diáfanas; manos lívidas que queman; manos transparentes que tiemblan;

cara angelical y suave, bajo la que se esconde la inclinación al crimen; expresión intemporal, que cubre futuros trastornos y futuros hundimientos;

miradas bajas, miradas perdidas, dirigidas hacia *todo*, sin captar nada.

El alejamiento, modo del amor; la indeterminación, como forma; la no-vida, apoteosis.

Las ideas fluyen en la sangre (definición de las pasiones abstractas). Las ideas que se enseñorean de la sangre y cuando nacen las pasiones sin objeto. Las pasiones que no están ligadas a nada y que no nos ligan a nada. Es decir, morir por lo que está más *lejos* de nosotros. El alejamiento, nuestra única presencia.

*Las pasiones neutras.* ¿Pueden explicarse, pueden entenderse? Las pasiones que no nacen bajo el sol, porque el sol está demasiado cerca... *Neutras*, respecto a todo lo que está *aquí*, pero no respecto a lo infinito. La música y la metafísica surgen de pasiones neutras en relación con nuestro mundo. Para ellas no existe más que el mundo de las lejanías últimas; *aquí* todo es muy poco y está muy cerca. La tristeza o la alegría de Beethoven empiezan donde para los otros terminan. Son tan hondas que carecen de causa. Todo cuanto es profundo en nosotros no tiene causa; nuestras profundidades no vienen de fuera. Y por ello, tampoco tienen nada que ver con las cosas de aquí. Sobre las dimensiones absolutas del alma... y sobre las manos diáfanas que ciñen las lejanías.

¿Por qué nos parece tan complicado pensar en la eternidad? Porque nadie sabe a ciencia cierta si la eternidad es plenitud o vacío.

Las tres grandes vías a lo absoluto: la mística, la música y el erotismo, tienen su realización entre la plenitud y el vacío. *El éxtasis*, sea místico, musical o erótico, ¿qué hace sino ponernos en presencia de una infinitud que muchas veces está vacía y otras llena? Jamás la plenitud extática será tan reducida como para no poder disolvernó, y el vacío tan limitado que no pueda llenarnos. La eternidad es inseparable de la nada.

Cuanto más cerca estamos de la eternidad, más lejos estamos de la vida. El sentimiento de eternidad es un obstáculo y una maldición en el camino para reconquistar la vida. La eternidad nos paraliza más que la más horrible de las enfermedades. Enfermo, puedes hacer lo que sea, sin caer en contradicción con la enfermedad. ¿Pero qué puedes *hacer* para no sonrojarte frente a la eternidad?

Las flores que no hayan sido cogidas por unas manos pálidas han florecido en vano. Sólo la palidez se acerca de forma natural a la delicada vida de las flores. Sólo una faz sin color gana por los colores de las flores y sólo manos sin vida pueden quitar a las flores su ilusoria vida.

Primera condición de nuestra libertad: liberarnos de Dios; no podemos crear nada siendo criaturas. Hasta ahora no hemos hecho más que desacreditar la obra de la creación. ¡Ojalá pudiésemos destruirla! Y sobre sus ruinas, alzar, como creadores, el paraíso terrenal, el segundo paraíso, derrotando al pecado, al sufrimiento y la muerte. Un mundo que nacería y que existiría sólo *gracias a nosotros mismos...*

No existe pensamiento más criminal que el del pecado. Y no existe *excusa* alguna para este pensamiento. No sabes a quién odiar más: si a este mundo, que da pie a tales pensamientos, o a ti, que puedes pensar y sentir tales crímenes. Hay que extirpar de la conciencia de los hombres todo

pensamiento de pecado y hay que extirpar todas las religiones y filosofías que lo propagan identificando la vida con el pecado. Hablar de pecado, sin lamentar haber llegado a la idea de él, es el primer peldaño en la escala de los pensamientos criminales. Todavía es posible soportar una humanidad que no conozca el pecado, que viva todos los actos de la vida como virtudes. Hay que atacar a la humanidad en sus raíces mismas y extirpar la conciencia del pecado debe ser la primera embestida. ¡Que cambie todo de una vez!

Reaccionar contra los propios pensamientos es lo único que confiere vida al pensamiento. Resulta difícil describir cómo nace esta reacción porque se identifica con algunas raras tragedias intelectuales. La tensión, el grado y el nivel de un pensamiento proceden de sus antinomias internas que, a su vez, derivan de las contradicciones irresolubles de un alma. El pensamiento no puede resolver las contradicciones del alma. En cuanto al pensamiento lineal, allí los pensamientos se reflejan en otros pensamientos en lugar de reflejar un destino.

¿A qué se reducen todas tus inquietudes sino a lamentar que no eres Dios...? Pero tras ese lamento, ¿puede todavía pensarse en algo que no sean elegías y maldiciones? Soy como un ahorcado que no sabe de qué está colgando. Tal vez de su *conciencia*... Me gustaría escribir himnos a la repulsión.

Habría que repetir miles de veces que solamente la vida puede ser amada, la vida pura, el acto puro de vida, que pendemos de la conciencia, ahorcados en la nada.

Tengo el defecto de saber siempre lo que es más esencial y necesario, de tener prejuicios contra la eternidad. El sol mismo parece algo pasajero en esta histeria de la eternidad. Y entonces, ¿cómo puedo *empezar* algo, cómo puedo

convertirme yo en Historia y mi pulsación en acción? Saber lo que es más necesario es una maldición de la que sólo Dios o el diablo podrían salvarnos. Todavía no puedo decidir si el conocimiento nos viene de Dios o del diablo, porque no sé si el mal viene sólo del diablo.

Repugnantes son los cadáveres, repugnante es la muerte y repugnante es el modo que tienen los hombres de morir. De tantas maneras de morir, ¿por qué ha elegido la vida la más repulsiva? ¿Por qué cesa en *frío*? Imagino una muerte en plena juventud, en medio de ilusiones y expectativas, una muerte que nos llevara a disolvernarnos en el espacio, bajo la presión de una fiebre infinita, y a flotar diluidos en el éter, como vapores del ser. ¡La muerte como disolución inmaterial en lo infinito, como un salto etéreo, la muerte como sueño y como poesía de la materia! Pero no la muerte como verificación de la materia, como ilustración de las leyes naturales, como una fatalidad de la naturaleza. No me revuelvo contra la muerte, sino contra el modo de morir. La manera como todos nosotros morimos, hombres, animales, flores, constituye una conspiración de la materia en contra nuestra. Morimos tal y como nos lo ha prescrito la naturaleza, traicionamos todas nuestras aspiraciones elevadas, todos los anhelos de disolvernarnos en alguna parte más allá de nosotros mismos, de quebrar nuestras alas en un silencio inmaterial. Al morir, caemos en nuestro más acá. Y por eso cada muerte es motivo de vergüenza. En efecto, ¡me da vergüenza morir! ¿Por qué no prueba cada uno de mis átomos a holgar por el espacio para que yo me disuelva, feliz de no volver a reencontrarme...?

En un mundo de hombres que está en vías de desaparición, ¿quién sería Dios? El que detentara la última esperanza.

A menudo, todo el problema ético me parece milagro-

samente simple. Todo lo que se construye sobre la esperanza pertenece al bien; el resto, al principio satánico. Un criminal que actúa por esperanza está más cerca del mundo del bien que un desesperado pasivo. En definitiva, no hay sino un criminal: el que no guarda siquiera un mínimo de amor por la vida. Quien no tiene más problema que la vida es el que más la ama. Hay más formas de amar pero, por desgracia, no existe más que una de morir. Sobre ese estremecimiento de amor que nace tras las últimas tristezas...

Un pesar que nadie ha entendido: el de ser pesimista. No resulta cosa fácil *ponerse a malas* con la vida.

Pocos saben que el heroísmo se agota en muy pocos seres, en la resistencia y el coraje de cada instante. Cuando tu existencia se define mediante los atributos de la angustia y el miedo, el hecho puro de vivir se erige en el valor supremo, es un acto heroico. El alejamiento del Eros resulta fatal porque todo lo que hay en ti se concentra para tu propio sostén; en este heroísmo de resistencia, los placeres parecerían de una cobardía capital. Cuando el único problema que conoce todo tu ser es aplazar o eliminar su destrucción, ya no se tiene tiempo para el amor. La autonomía del Eros supone la subjetividad como absoluto, y sus tormentos hacen del Eros un lujo fatal.

Esos días en que la vista suple al pensamiento, cuando te acercas a las cosas como *objeto*, eres flor con la flor, agua con el agua, cielo con el cielo, ocaso con el ocaso. Cosa en el mundo de las cosas, el hombre visual está en todas las cosas y en ninguna.

Quiero sólo a la muerte por plenitud, por exceso, únicamente a la muerte que añade a la vida lo infinito que ésta no tiene y, por lo tanto, debe morir.

La muerte musical: el único medio de santificar la vida. ¿Por qué cuando miramos insistentemente el cielo pa-

rece como si esperásemos una respuesta? ¿Será sólo un prejuicio cristiano? ¡Ay, ojalá se abrieran los cielos de una vez!

Mi única «virtud» es no haber pecado nunca contra la eternidad. La ingenua inteligencia de los hombres valora esta virtud sin saber que ella da origen a la catástrofe.

Hay que poner al hombre frente a un nuevo principio de la Historia. El hombre nuevo tiene que ser un Adán sin pecado que pueda poner en marcha una historia sin pecado. Sólo así puede concebirse una nueva vida, una vida transformada desde los cimientos. La humanidad sólo espera a un profeta: el de la vida sin pecado. Si la muerte no puede vencerse o destruirse, es el pecado lo que hay que destruir o vencer. Como el esfuerzo individual resulta ilusorio, un cataclismo de la Historia y una revolución antropológica que hagan saltar por los aires todo lo que hemos heredado a lo largo de los siglos anunciarán el amanecer de un nuevo mundo. Entonces, el hombre hará la competencia a todos los dioses de los siglos vencidos y cada ser será una aurora. Muchos mundos morirán. Pero muchos nacerán. Y conoceremos entonces las encrucijadas del espíritu, y no sólo las del hombre.

No entiendo cómo los hombres pueden creer en Dios, aunque pienso todos los días en él.

El miedo a tus propias soledades, a su extensión y a su infinito... El remordimiento es la voz de la soledad. ¿Y qué es lo que susurra esta voz? Todo lo que ya no hay de hombre en nosotros.

Las almas en las que la sed de vida es mayor, más y más se las traga la soledad...

De tu alma, uno tras otro, se alzan velos, y uno a uno van hinchándose impalpables en el aire. ¿Cuántos velos han cubierto tu alma, cuántos secretos han enterrado? ¿Por

qué has escondido tus profundidades de luz, de aire y de espacio? Te dijiste: *todo es indecible*. Después cogiste la campana de la torre, cegaste las ventanas y, bajo bóvedas de oscuridad, edificaste tu templo.

Velos que cubren secretos y secretos que esconden tristezas. El envolvente misterio queda al descubierto en la danza aérea de los velos, el secreto de todo lo que es indecible. Uno tras otro, los velos se alzan del alma; los secretos se acercan al mundo, a la luz, al aire y al espacio. Amortajados estaban los secretos cubiertos por la losa sepulcral. Tantos muertos yacían debajo de ellos como tristezas había en ti.

El miedo al secreto de la cosa más insignificante, el miedo a que todas las cosas indiferentes que nos rodean cobren vida y nos musiten al oído palabras inolvidables, peligrosas y fatales, que nos confíen secretos que no queremos saber y revelaciones que no esperamos, que las cosas mudas nos den una misión ardua, irrealizable, penosa, que nos conviertan en su intérprete, en su portavoz... El miedo a las cosas que callan, a su cercanía misteriosa, a su solemne eternidad, o el miedo a que su inmovilidad sea una ilusión, el miedo interminable a que todas estas cosas nos lo digan un día *todo*, pero absolutamente todo, y el ardiente deseo de que todo sea indecible.

¡La imposibilidad de separar lo infinito de la muerte, la muerte de la música y la música de la melancolía...!

Lejos de mí y cerca de la lejanía...

¡Venid confines inaudibles e insospechados del mundo, venid furiosos, raptadme y tenedme perpetuamente en vuestro aislamiento, ya que bajo las melodías del mundo sucumbirá mi alma ensordecida en este universo sonoro!

Susurros de la tierra e himno de las estrellas, ¿qué más podéis añadir al murmullo musical del alma? ¿A qué disolución me lleva este universo sonoro? ¿Cuántas veces he sucumbido al llamamiento de la música y a las tentaciones de una muerte melódica?

Todo es indecible y todas las cosas quieren hablar. Apocalipsis sonoro.

Cuando la palabra ya no llega a las cosas y las cosas ya no responden a las palabras, la música de la naturaleza es el puente que todavía liga al alma con todo. Por ella vamos camino de una gran separación, llevando en el alma el miedo de todas las cosas que terminan.

Sólo gracias al oído las cosas inconcebibles se vuelven claras en el alma. Quien no haya oído a Dios no puede gozar de él. Sin las voces del más allá no existe mística, como no existe un éxtasis final sin los ecos de una melodía, más lejanos aún que *el más allá*. *Lo oímos todo en las voces que preceden* a Dios. Entonces, vibraciones únicas, nacidas antes que el tiempo, nos producen la indecisión entre el ser y el no-ser. La inquietud primordial, alimentada por la indecisión entre nada y todo, nos reviste de una vestimenta sonora, como para conducirnos a mundos que nadie ha visto ni oído. Y, tras este sueño cósmico, ¿qué nostalgias pueden plasmarse aún en el alma?

Enterradme, lontananzas, envolved mi tristeza en vuestras serenidades y mi alma en vuestro inaccesible halo. Hurtad mis sueños y salvadme de la perdición y del tormento de las nostalgias. Llevadme al lugar de los sueños y desparramadme en la planicie de las nostalgias.

COMO LA VIDA SE CONVIERTE EN EL VALOR SUPREMO: la veneración por las mujeres; la rehabilitación del Eros como

divinidad; salud natural, transfigurada por la delicadeza; el fervor de la danza en todos los actos de la vida; gracia en lugar de pesar; sonrisa en vez de pensamiento; entusiasmo en lugar de pasión; la lejanía como finitud; la vida como único Dios, única realidad y único culto; el pecado como crimen y la muerte como vergüenza.

... Lo demás es filosofía, cristianismo y otras formas de caída.

Sólo los estados de exaltación, de embriaguez interna y de tensión última nos proporcionan la excelencia trágica, la voluptuosidad de destruirnos inútilmente o de sacrificarnos inconmensurablemente. Las depresiones son atentados contra la vida, implican estar en el punto de mira del diablo, son dardos envenenados que hieren mortalmente el entusiasmo y el amor por la vida. Sin ellas *sabemos* poco, pero con ellas no podemos vivir. El que no sabe explotarlas, fecundarlas y luego evitarlas no podrá escapar al hundimiento. Lo ideal sería derrotar totalmente las depresiones; habría que declarar una lucha a muerte a esos instrumentos de la muerte; aniquilarlas definitivamente con todo el bagaje de conocimientos, basado en la lucidez irónica. Si el éxtasis no nos vengara del mundo siniestro de las depresiones, no podríamos hallarles excusa alguna.

Tendríamos que crear un mundo en nosotros mismos preservado del veneno de las depresiones. El único mundo que puedo aceptar es aquel donde las lágrimas se derramen por la abundancia y la exuberancia, por la plenitud y la voluptuosidad. Que los escalofríos vitales reemplacen a los pensamientos y que la vida muera de su propio éxtasis.

Desde hace dos mil años, la cruz se ha extendido en los cuatro puntos cardinales del mundo y en todas las dimensiones del alma. Desde hace dos mil años la muerte viene santificando a la vida. El símbolo de la cruz es la universalidad de la muerte, el predominio de la vertical, la coronación de la vida por la muerte. Abierta hacia los cuatro puntos cardinales del cosmos, la cruz nos revela lo infinito como cuna de la muerte.

Pero la cruz se ha torcido y si se cae va a costar muchas almas. Habrá muchas vidas asfixiadas, oprimidas, destrozadas. Mas las otras que, a su sombra, han estado suspirando por la luz encontrarán la liberación que la cruz sólo concede a los vencidos.

En su lugar introduciremos la ondulación como expresión del juego y la gracia de las múltiples formas de la vida. Que la vida cante todas sus quimeras, que les dé el esplendor y reflejos propios de la eternidad. Que la vida perdurable pase de ser ilusión a fe, y que recuerdos del paraíso coronen el encanto superficial de tantas ondulaciones vitales. Que el éxtasis de la vida sea la única fuente de conocimiento; y la muerte, el odio contra la vida.

Que nadie olvide:

Que el Eros solo puede colmar una vida; el conocimiento nunca. Unicamente el Eros le da un contenido; el conocimiento es infinitud hueca; para pensar siempre hay tiempo; la vida tiene su tiempo; ningún pensamiento viene demasiado tarde; todo anhelo puede convertirse en pesar.

La imposibilidad de creer en los sustitutivos de la vida:

Dios, espíritu, cultura, moral, de otorgar el menor crédito a la Historia.

El ardiente anhelo de la soledad y el miedo a la soledad, el anhelo absoluto de ser único y el amor apasionado de la vida. El acto más insignificante realizado en plena vida parece, a veces, más importante que una gran empresa en soledad. ¿Cobardía o veneración? La imposibilidad de no dar crédito a las quimeras de la vida.

Toda mi vida es un bautismo de sombras. Sus besos me han vuelto maduro para la oscuridad y para la tristeza.

Es posible que la vida haya sido inmortal antes de haber otorgado tantos privilegios al espíritu. Este se apropió de las reservas de eternidad de la vida, de manera que, con posterioridad, tendrá que pagar muy caro ese robo. El castigo del espíritu es un castigo al hombre. Prometeo se encadenó sólo para obtener por medio de la penitencia el perdón de la vida.

Me desgarran todo lo que es y lo que no es. ¿Me piden las cosas que las consuele o soy yo el que les pido que me consuelen a mí?

*Resistir a cualquier verdad...*

Ese temor que engendra pensamientos y miedo a los pensamientos...

Rembrandt me ha enseñado qué poca luz existe en el hombre. El retrato rembrandtiano agota todos sus recursos

luminosos; más, no hay. Y la propia luz parece el reflejo interior de una luz que muere en algún sitio, lejos. El claroscuro de Rembrandt no deriva de la aproximación de la claridad y de la oscuridad, sino de la ilusión de la luz y de lo infinito de la sombra. Rembrandt me ha enseñado que el mundo nace de la sombra...

Separarse del mundo con elegancia; dar perfil y gracia a la tristeza; tener un estilo sólo tuyo; marchar al compás de los recuerdos; ir paso a paso hacia lo impalpable; respirar en los límites vacilantes de las cosas; el pasado re-nacido en una inundación de aromas; el olor, mediante el que vencemos al tiempo; el contorno de las cosas invisibles; las formas de lo inmaterial; hundirte en lo intangible; palpar el mundo que flota en el perfume; diálogo aéreo y disolución en vuelo; bañarte en tu propio reflejo...

Separarse del mundo como unión con el yo... ¿Quién puede hacerlo de tal manera que esté tan lejos de sí mismo como del mundo? Desplazar el centro desde la naturaleza al individuo y desde el individuo a Dios. He ahí el final de la gran separación...

El miedo a encontrarnos con nosotros mismos... (La fuente de todos los miedos.)

Hay bellezas para las que no estamos hechos y que son demasiado plenas y definitivas para las oscilaciones de nuestra alma, hay bellezas que nos hieren. Tantas noches

silenciosas que no merecemos, cielos de cuya lejanía no somos dignos y siluetas de árboles sobre el azul fantasmagórico de los atardeceres, cuando buscamos nuestra sombra como una presencia y un consuelo...

Los olores nos sacan del espacio. El perfume disuelve el espacio en el tiempo. Las rosas influyen tanto en nosotros como la música. Las sensaciones olfativas nos llevan más cerca de *nuestro* tiempo que cualquier otra sensación. Desentierran los olvidos y dan vida a los recuerdos. Y, de esta manera, vencen también al tiempo.

Sólo mueren los pensamientos que brotan ocasionalmente. Los otros los llevamos con nosotros sin saberlo. Se abandonaron al olvido para acompañarnos siempre.

Cuando el hombre pueda hablar de las quimeras como de las realidades, estará salvado. Cuando todo sea para él igual de esencial y él sea igual al todo, entonces dejará de entender el mito de Prometeo.

REGLAS PARA VENCER EL PESIMISMO PERO NO EL SUFRIMIENTO:

acompañar el más delicado estremecimiento del alma con una tensión premeditada;  
estar lúcido en la disolución interior;  
vigilar la fascinación musical;  
estar triste con método;

leer la Biblia con interés político, y a los poetas para verificar la propia resistencia;

servirse de las nostalgias para los pensamientos o hechos; robárselas al alma;

crearse un centro exterior: un país, un paisaje, ligar los pensamientos al espacio;

mantener artificialmente el odio contra lo que sea: contra una nación, una ciudad, un individuo, un recuerdo;

amar la fuerza después del sueño: ser brutal después de todo lo que es puro y sublime;

aprender una táctica del alma; conquistar los estados de ánimo;

no aprender nada de los hombres; solamente la naturaleza es dueña de la duda;

anular el miedo con el movimiento; con la fuga; cuando nos paramos, las cosas callan y la nada nos llama;

hacer de la quimera un sistema.

#### EL ARTE DE EVITAR LA SANTIDAD

Aprende a considerar:

las ilusiones como virtudes; la tristeza como elegancia; el miedo como pretexto; el amor como olvido; la separación como un lujo; al hombre como recuerdo; la vida como balanceo; el sufrimiento como ejercicio; la muerte en la plenitud como meta; la existencia como fruslería.

#### REGLAS PARA NO CAER PRESA DE LA MELANCOLIA:

considerar el mundo *políticamente* (poder y dominación);

divinizar el ritmo: la marcha militar antes de una sinfonía;

odiar todos los colores: despiertan estados de ánimo que terminan fatalmente en la melancolía. Incluso el rojo es disolvente cuando se está absorbido mucho tiempo en él. Sucumbir en la última degradación del blanco, sucumbir ante la ausencia de color;

no buscar matices en los sentimientos; cada uno de ellos ejerce una sugestión y, al atraernos uno tras otro, nos deslizamos hasta nosotros mismos como a lo desconocido;

«todo es desgarrador», nos dice la melancolía. Le contestaremos: «morir objetivamente»;

ser tu propio límite;

dar expresión de danza a todos los sentimientos; buscarnos en el exterior; sacarnos de nosotros mismos en un mundo de signos exteriores;

el todo es pasar sobre la sensación de debilidad que disuelve el cuerpo y el alma. Y, para vencerla, ningún medio

es demasiado delicado ni demasiado vulgar. Pensar políticamente en la música;

producir fuerza por medio de los pensamientos y obligar a los sentimientos a servirla;

desgarrarse en la forma. Una metodología de la disgregación; quitarse de en medio con gusto y con dominio de sí; morir, o sea, perder la línea.

*Desligar el miedo de tu propio destino.*

Los acordes desafinados de una música vulgar nos despiertan más tristezas y recuerdos que el ardor de una música sublime porque, al eliminar los sueños, se acercan a todo lo que en nosotros es discontinuo y abrupto, a todo lo que está hecho pedazos, evocando todos los vacíos que no tenemos el valor de confesar. Estamos tristes por ver aparecer en la superficie todas esas notas desafinadas subterráneas cuya represión en vano aseguraba nuestros recuerdos puros y tristezas sublimadas.

El pasado me asalta a cada paso, me asedian los recuerdos, me secuestran y me llevan a su mundo, un mundo al que no quiero. Corre el tiempo hacia su fuente y me desgarran su drama reversible. ¿Por qué no habéis muerto, vosotros, lugares donde un día estuve y que me recordáis todo lo que de mí mismo he dejado atrás? ¿Me busca el tiempo o me busco en el tiempo? ¿Cuántas veces me ha humillado cuando le reclamaba pruebas de mi pre-

sencia? El pasado es suyo y, durante cada una de las vidas que he vivido hasta ahora, ha llamado a las puertas de mi petrificación. En él, he sido. Y ahora únicamente puede despertar en mí las sombras de una vida que no puede ligarse a otra, una vida nacida en el ocaso.

Percibo con los cinco sentidos las transformaciones del mundo, tristes resonancias del torbellino cósmico, el murmullo del tiempo y todas las cosas que discurren por la cuenca de mi ser, para terminar desembocando en algún rincón lejano del alma.

Todas las tristezas de los hombres son ocasionales. Al igual que sus miedos, tienen una causa cuya desaparición implícitamente las suprime. Ocasional es también su necesidad de consuelo; han perdido algo y esperan la recompensa del consuelo. Pero existe una necesidad de consuelo que no nace de una gran derrota o infortunio, que no nace ni siquiera de un momento de dolor. Siempre que se aproxima la felicidad sin estar preparados para ella, nos inunda el deseo de recibir consuelo. Pero siempre que deseamos el consuelo, nos quedaríamos desconsolados si viniera. ¿Qué misterio encierra el consuelo, que huimos de él siempre que lo esperamos? Lo aceptaríamos si no nos viese nadie; en primer término, si no *nos* viésemos. Y lo aceptaríamos si supiésemos que existen palabras de consuelo, si supiésemos que existen palabras como las alas de un ángel, cuyo contacto diera al cuerpo las cualidades del alma.

¿Qué soy yo sino una ocasión en medio de las infinitas probabilidades de no haber sido?

La sexualidad no tiene otro sentido que vencer lo infinito desde el Eros.

Amo esas vibraciones que nacen tras una gran tristeza; otro mundo empieza entonces en el cual ya no buscamos sentimientos aunque los hay, ni tampoco las pasiones aunque lo hayan parido. Y ese mundo, que ha surgido del triunfo sobre la tristeza, es el más alejado de los hombres. En él se inspiran a menudo la música y siempre los fundadores de religiones; raras veces los poetas y nunca los hombres.

Me pregunto: ¿cuándo dejarán los hombres de preguntarse? ¿Cuándo renunciarán definitivamente a la teoría y al misterio? Lo que *es* me parece indiferente a la apariencia y a la esencia. Lo inesencial ha sido siempre definido en oposición a la muerte. Todos los pensadores, quiéranlo o no, han asimilado la esencia de la muerte. Las apariencias han constituido a sus ojos todo lo que quiere hacerse independiente de la muerte. El último pensamiento de cada hombre deforma la vida transformándola en ilusión.

Siempre que separa uno el mundo entre apariencias y esencias, se declara implícitamente contra la vida. Con cualquier tipo de pensamiento, la vida sólo puede perder. El prejuicio de lo esencial es el culto a la muerte. Cuando destruimos las categorías del pensamiento y nos sumemos al mundo de forma totalmente diferente, solamente entonces podremos hacer añicos ese culto y ese prejuicio. Apariencias-esencias: he ahí una catastrófica dualidad. La primera diferenciación que se hizo en el mundo fue un atentado del que no sólo hay que responsabilizar al espí-

ritu. Me parece que todo el proceso futuro de la humanidad no será sino una recuperación de las ilusiones.

Así he empezado la lucha: o la existencia o yo. Y ambos hemos salido vencidos y mermados.

¡Ay, ojalá pudiese un día postrarme ante las cosas pasajeras, disipar la brisa de los recuerdos a los cuatro vientos y reducir los pensamientos a un soplo! ¡Es tan poco lo que los pensamientos aprehenden de las cosas y del mundo, que más valdría tocarlos y acariciarlos antes que permanecer ajenos a ellos! Pues los pensamientos son profundos por sí mismos, ino por la profundidad de las cosas y del mundo!

¿Por qué bajo el cielo sereno a los pensamientos les cuesta tanto nacer?

Sólo hay pensamientos durante la noche. Y gozan de una precisión misteriosa, de un laconismo inquietante; los pensamientos nocturnos son pensamientos sin apelación.

## VI

LA RUPTURA CON LA MUERTE. El hombre se vuelve otro cada vez que en la vida lo atormenta el pensamiento de la muerte. Si durante años ella ha sido tu único pensamiento, durante años has asistido, consciente o inconscientemente, a tu metamorfosis. Has soñado: la muerte transitó por el sueño. Y tu sueño se transformó en otra cosa. Has amado: y en el amor se te cruzó la muerte. Y el amor se transformó en otra cosa. En otra cosa se transformaron los anhelos; en otra cosa, los sentimientos, con cada pensamiento te transformabas en otro; te has perdido en ellos y con ellos, y ellos se han perdido en ti. Abruptamente, sin matices, el pensamiento de la muerte te ha elevado por encima de los abismos.

Nadie ha vencido la obsesión de la muerte a través de la lucidez y el conocimiento. No existía ningún argumento contra ella. ¿Es que no tiene de su parte a la eternidad? Sólo la vida tiene que defenderse sin tregua; la muerte ya nació victoriosa. ¿Y cómo no va a ser victoriosa si la nada es su madre y el horror, su padre?

Sólo podemos vencer a la muerte desgastándola. La pe-

netrante obsesión que sentimos por ella nos desgasta y, a la vez, se desgasta. Tan presente está la muerte en nosotros que envejece en nuestro interior. Después de habérnoslo dicho todo, ya no podemos utilizarla. La simbiosis prolongada con la muerte nos lo enseña todo; por ella lo sabemos todo. Por esa razón, ningún conocimiento puede nada contra ella.

En sí, la muerte es eterna. Pero en mí ha envejecido y ya no me sirve para nada. ¿Entiende alguien esto: ya no tener tratos que hacer con la muerte? ¿Cómo es eso? ¿Que no sólo puede agotarse la vida, sino también la muerte?

No sé si me sucede siempre o sólo de vez en cuando, pero me parece que no voy a morir nunca. Morir, extinguirme un día, no tiene ninguna significación. Moriré. Eso es todo. Y este extraño distanciamiento de la muerte se origina únicamente en un sentimiento retrospectivo de la muerte. Tengo miedo de la muerte que ha habido en mí. No temo a la que me espera, sino a aquella que me colmó durante años, al halo siniestro de la juventud. Es miedo al propio pasado y a sus estigmas impresos por la muerte. Los hombres esperan la muerte y la ponen en relación con su futuro. ¿Por qué temen sólo la intersección del futuro con la muerte, el aterrador callejón sin salida del tiempo?

¡Pero llevar la muerte a tus espaldas! ¡Mirar atrás hacia la muerte! ¿He resucitado o he orillado mi fin?

La muerte clausura cualquier historia, es el momento final de todo lo que no es ella misma. ¿Pero qué decir de esa muerte que se coloca en medio de una historia igualmente alejada de su inicio y su fin, como coronación, como cúspide, un momento en el discurrir de una historia?

Sentir la muerte de forma retrospectiva significa tener miedo del propio pasado. Un día estuviste muerto a tus ojos, aunque no lo estuvieras para los demás. En la encrucijada de tu vida *no has sido*, te has coronado de nada. Los hombres te han visto y te han palpado, sin saber que sólo eras un fantasma.

Conocer *por última vez* la muerte significa estar seguro de que se va a morir y de que no se quiere morir. Lo que de único hay en el ser humano tampoco cree que sea posible morir, de manera que a la visión lúcida y definitiva de la muerte se opone la desesperada resistencia de la unicidad y la afectividad. Cuanto más sentimos la muerte, más violentamente reacciona contra ella la conciencia, así que una ilusión consciente abre al hombre una engañosa puerta por donde cree escapar a la seguridad de la muerte. El sentimiento común de la muerte podría definirse como una *probabilidad segura*.

Cuando muera *como Dios manda*, me acordaré. Reviviré con una intensidad disminuida y una imagen desahrida ese *entonces* horrible del pasado. Y por última vez me alegraré de que los recuerdos no sean fieles al mundo desperdiciado *por el tiempo en el tiempo*.

Cuando nos hartemos de la muerte y la hayamos vencido por desgaste, la vida que nos resta conservará una extraña marca compuesta de distanciamiento, asombro y desinterés. Como sucede tras una gran separación, comprendemos muy poco para estar tristes. Y, en efecto, despedirnos de la muerte no nos pone tristes sino que nos mantiene en un plano de superioridad sin menosprecio frente a todo, pero especialmente en relación con nosotros mismos. La conciencia de que algo ha ocurrido, de que tal vez se haya producido una ruptura o de que algo se ha realizado, nos transporta a un estado de indecisión como producido por un grave hechizo que no sabríamos definir ni en sensaciones ni en el pensamiento. Sólo sabemos que nos hemos vuelto esencialmente otros en un mundo de la misma esencia. (Si es que el plural vale para definir una condición única.) Un amor por la vida absolutamente purificado salva la catastrófica distancia que nos separa de la vida, propia de la obsesión por la muerte. Pero *después* de la muerte, el amor sigue guardando una distancia que, sin embargo, se colma con un titubeo aéreo y una brisa llena de reclamos.

Tras la experiencia de la muerte, es casi imposible suprimir una sonrisa de desilusión que aún a las caídas y los triunfos.

Después de ese triunfo de la vida te da apuro (si no directamente vergüenza) hablar de triunfo. Nos sentimos más cerca de nosotros mismos en las caídas, somos más activos en las derrotas, más seguros en el hundimiento. Las ascensiones nos parecen más inconscientes; las transfiguraciones, más inestables; y los entusiasmos, más ocasionales. Por el contrario, las caídas, derrotas y hundimientos revisten una forma particular, adquieren contornos y se

enmarcan dentro de un estilo. Todo lo que es negativo cobra una excelencia formal y el caos se vence a sí mismo. De toda esta confusión reprimida surge un pesar al principio tímido y luego persistente: el pesar de no poder amar la vida sin reservas, el pesar de estar aferrado aún a determinadas verdades sobre la vida como a determinados prejuicios.

Distanciarse de la muerte nos lleva al sentido profundo de la separación. Ya que, sólo cuando llevamos la muerte en los talones, podemos hablar de distanciaci3n sin énfasis.

Entonces comprendí que la distanciaci3n no significa la pérdida dolorosa de todo, sino la aproximaci3n a todo sin tener necesidad de nada.

Recobramos un mundo que sin ser un mundo de valores es, por ahora, el único. Poder sumarse al mundo, con independencia de los valores en general y de los suyos en especial. O hacer de las ilusiones «valores». Pues los grandes distanciamientos no conducen a la muerte sino que vienen de la muerte, se dirigen fatalmente hacia las ilusiones para salvarlas ya que no tienen otra cosa que salvar.

¡Como si ya no fuera carne, sangre ni respiraci3n, desenraizado del tiempo y enraizado en un firmamento lejano, estaría dando más y más vueltas en medio de una desmaterializaci3n seráfica del espacio; de un vacío vibrante, atravesado de fuego y de colores supraterrrales, como si yo empezara en el vacío, sin el recuerdo de la materia, sin saber con certeza si algún día pasé por ella, presintiendo solamente que pasé por su lado!

¡Y sentimientos inmensos como un firmamento angélico, estremecimientos de un alma sin ataduras de ninguna clase, purificada de mí mismo! He matado en mí la savia de la muerte y la he extirpado sin saber si la vida resistirá en virtud de sus propias raíces. De la brisa absorben la savia mis raíces, la alusión al origen me hace latir, los suspiros son columnas que me sostienen, y el temblor, mi base de sustentación.

Ese desgarró que sientes en la sangre como un resplandor negro que dilata las venas y se incuba en el cerebro, que fulmina los nervios y te desparrama por espacios lejanos superiores a los del sueño, que te descompone en lo inesperado y vierte sobre las cosas un disolvente sutil, para que, en su disolución, el desgarró se realice sin cesar...

Hay lugares en la naturaleza donde también las serpientes se sienten solas. Y hay soledades en el alma junto a las que pasa la propia alma. Por algún lugar de nuestro interior se ha reunido toda la soledad de la especie...

¿Miedo a que ocurra algo? ¿Pero es que podría ocurrir algo *más*?

El miedo tiene su excusa en la razón última del ser. No es miedo a algo, sino a esa otra cosa que es la nada. No tenemos motivo alguno para dejar de tener miedo. Porque el miedo es previo a todos los contenidos que adopta para actualizarse en nuestra conciencia. Cuando tengo miedo de algo, el miedo precede a ese algo que es una proyección de la relación causal y de otras relaciones inú-

tiles. Todos queremos saber por qué y de dónde nos viene el miedo, cuando éste sólo es la evidencia de todos los actos de la vida.

No tiene sentido meditar sobre la muerte si no es para agotarla, para hacerla exterior. Tan profundamente te has sumergido en ella que la solución de su misterio se te ha vuelto indiferente; su infinitud, inexpresiva; su eternidad, insulsa. Haz de la aversión a la muerte instrumento de su debilitamiento y del miedo a ella un entusiasmo absurdo. Huye de la sabiduría porque no existe otra sabiduría que la de la muerte. Y cuanto más sabio se es, más se mira la vida a través del prisma de la muerte. Arroja a la muerte hasta tus confines para que mueras con ellos y no contigo. Adora a la vida por la infinitud de motivos que no la sostienen y siente asco de la muerte hasta la inmortalidad.

Ojos llorosos que no han derramado lágrimas; mirada fija que lo ha visto todo; sonrisa resignada a los dolores; orgullo doloroso en la tristeza; la cara, como máscara de las decepciones; boca abstracta, de una sensualidad vencida; aire de llamamiento y de fatiga; manos diáfanas, que tamizan las cosas; palidez abierta a otros misterios y temblor de un vagabundo de los recuerdos.

Comparado con el miedo, el temblor está más purificado de las condiciones exteriores y es más independiente del mundo objetivo. La misma pregunta «¿por qué tiemblos?» sueña con un determinante interior o un motivo in-

determinado. Si nos resulta difícil soportar el miedo sin la presencia de motivos más ficticios que reales, el temblor (ese temblor de todos los órganos...) lo soportamos porque todavía es más inexplicable. En él no domina el terror sino el estupor, el estupor ante nuestra paz anterior. El temblor es una iniciación incompleta en nuestro misterio; él pone al individuo frente a sus fundamentos individuales, no frente a un misterio último. Temblamos en la raíz última de nuestra forma individual de vida. No existe, en el fondo, más que el temblor de la individuación, como sólo existe el miedo a la nada donde nos arroja la muerte.

¿Por qué tiemblos? Por mí, a causa de mí mismo. Es la única respuesta válida para explicar las razones del temblor, es la única expresión del temblor del individuo. Las barreras de la individuación son frágiles; el sujeto no es natural. Siempre que lo es, también podría no serlo. Individuo trémulo...

La individuación dejó sola a la vida; está tantas veces sola cuantos individuos hay. Y el individuo se encariñó con su condición única y amarga que, mediante el temblor, le recuerda su precariedad...

Cuando sientas que ya no hay muerto al cual tu mirada y tu confianza le den vida, ni enfermedad que puedas convertir en salud;

cuando en medio de tus relámpagos y tu fiebre no haya ley que no sea un capricho y fatalidad que no sea un accidente;

cuando te deleites en las lejanías como en tu propio hogar y hagas de lo infinito un egoísmo;

cuando te reúnas en el caos y esparzas las formas cobrando forma;

cuando sientas el reino de los cielos vacante y en ti desprecio por tantas coronas relucientes bajo el sol;

cuando muera en tu fuego toda resistencia y todo sea posible, sea muy posible;

entonces habrás alcanzado el poderío ante el que las fuerzas del mundo desaparecen como sombras; sombras absorbidas por tu temblor loco y divino.

Una piedra, una flor y un gusano *son* más que todo el pensamiento humano. Las ideas no han alumbrado, ni lo harán jamás, un átomo. El pensamiento no ha traído nada nuevo al mundo como no sea a él mismo, que es otro mundo. Hubiese sido necesario que las ideas hubieran estado embarazadas, que fueran fatales y vibrantes; que parieran, que amenazaran y temblaran. Pues no son nuestras si no las llevamos en nosotros como la mujer al niño. Y, ciertamente, la objeción definitiva contra las ideas es que no son *nuestras*. No existen ideas únicas; ninguno de nosotros les hemos prestado nuestra *cara*. ¿Y cómo van a parecerse a nosotros las ideas si, tan frecuentemente, nosotros no nos parecemos? ¿Quién encontrará nuestro semblante en los pensamientos? ¿No ganamos su eternidad estéril sacrificándolas a ellas?

Las ideas no generan nada y, de esta manera, no completan efectivamente el mundo en el que estamos. ¿Por qué pensar en el mundo si el pensamiento no se convierte en su destino? Ninguna ley de la naturaleza ha cambiado a causa del pensamiento y ninguna idea ha impuesto a la naturaleza una sola ley nueva. Las ideas no son ni cósmicas ni demiúrgicas y, de esta forma, nacieron condenadas.

El hombre solamente es personal en el odio. Cuando odia salen a la luz los rasgos de la cara y los perfiles sombríos resaltan de forma terminante. Desprovista de un temblor agresivo, la fisonomía y los ademanes tienen una expresión estúpida. Esta expresión es característica de todos los hombres buenos. Hay actos bondadosos que son mil veces más rastreros que cualquier gesto bestial. Como si fuera el odio lo único que hubiese hecho al hombre persona. La destrucción del odio es el fracaso de la individuación.

No hay hechos sin odio. El amor justifica los hechos pero no es su móvil. Siempre que se atenúa el odio en mí, tengo la impresión de que estoy perdido para este mundo, irremediablemente perdido. Sólo en el odio me siento criatura, sólo en el odio formo parte del rebaño de animales de Dios. Y sólo cuando el odio me invade más allá de todo límite, en el Creador veo la criatura. Deberían abandonar toda esperanza los que no aman el odio, el odio más acerbo.

No hay ningún retrato sin odio, los hombres buenos no tienen cara. El odio más grande dibuja cada día nuestro retrato.

A veces, el amor me parece un atentado contra el edificio secular del odio; el amor socava sistemáticamente las bases de la Historia. Si la salvación no fuera una salvación *del mundo*, sino en el mundo, entonces su camino pasaría

por el odio. El amor es por esencia pesimista. A los optimistas sólo les queda formar un círculo en torno al odio.

Hay pensadores a los que no se puede leer en voz alta. Pascal es uno de ellos. Sus verdades tendrían que decirse musitando; habría que musitar todas las *contraverdades* de la vida.

Comparado con sus *Pensamientos*, *Así habló Zaratustra* es un sistema de quimeras. A Nietzsche habría que ir pregonándolo por ahí; es lo que habría que hacer con todos los heraldos de quimeras.

Se llega a un momento en la vida en que cualquier libro pesimista irrita y trastorna. Hay demasiada indiscreción en ellos; desvelan muchas intimidades, no tienen demasiada consideración con el pudor de la vida y violan sin rubor la virginidad del ser.

Habría que quemar todos los libros de cabecera de la humanidad. Sólo entonces osaremos afrontar las cosas vanas y efímeras.

Por más que se diga, los pensadores se quedan en la superficie de la vida. Como no hacen otra cosa que cribar las ilusiones de las verdades, se quedan suspendidos entre quimeras y verdades. La sustancia de la Historia son las pasiones. Ningún sabio hasta ahora ha escrito una novela. Para el orgullo del sabio todo pasa; ¿pero ellos *han sido* alguna vez? Hay que defender a César y a Napoleón ante la eternidad; tienen de su parte el testimonio de todas las ilusiones.

Cuando pienso que desde hace dos mil años vivimos a la sombra de la muerte de Jesús, entiendo por qué los hombres han estado suspirando durante todo este tiempo por otra vida, incluso por *la otra vida*.

LA RUPTURA CON LA FILOSOFIA. Nunca entendí bien por qué la filosofía goza de una consideración general de miedo reverencial, ni jamás comprendí el respeto religioso que los hombres le tienen. Cuántas y cuántas veces se ha despreciado (y con todo merecimiento) e ignorado a la ciencia; pero muy raras veces el entusiasmo ha cobrado un carácter místico. Implica incluso una falta de gusto crear una aureola en torno a la ciencia. La filosofía, por el contrario, viene gozando siglos y siglos de un favor que no se merece, cuya legitimidad tenemos la obligación de poner en entredicho. Tendremos que convencernos de una vez de que las verdades de la filosofía son inútiles o bien de que ésta no tiene ninguna verdad. Realmente, la filosofía no dispone de verdad alguna, pero nadie entrará en el mundo de las verdades si no ha pasado por la filosofía.

Aún no he podido enterarme de lo que quiere la filosofía y de lo que quieren los filósofos. Unos dicen que la dignidad de la filosofía consiste en no saber lo que quiere. No es que la filosofía carezca de fundamentos, sino que no valen para empezar nada. No hay un dominio más estéril e inútil que el que uno cultiva para sí mismo. Estudiar a los filósofos para quedarse la vida entera en su sociedad es ponerse en evidencia ante todos los que han entendido que la filosofía no puede ser más que un capítulo de su bio-

grafía, y morir siendo un filósofo es una vergüenza que la muerte no puede borrar.

¿No habéis observado que todos los filósofos acaban *bien*? Eso debería darnos qué pensar. Sin embargo, pocos serán los que entiendan este prodigio. El que lo haya entendido podrá contemplar a los filósofos como el que contempla sus recuerdos.

El orgullo de los filósofos ha sido desde hace mucho contemplar las ideas, situarse fuera de ellas, distanciarse de un mundo ideal, considerado no menos como supremo valor. Su existencia ha imitado lo estéril y lo anodino de las ideas. Los filósofos no viven en las ideas, sino para ellas. Malgastan su vida tratando en vano de dar vida a las ideas. No saben (cosa que sí sabe el último de los poetas) que a las ideas no puede infundírseles vida. A menudo me parece que el más insignificante poeta sabe más que el mayor de los filósofos.

Los filósofos empezaron a serme indiferentes cuando me di cuenta de que no puede hacerse filosofía más que en medio de la indiferencia psíquica, o sea, de una independencia inadmisibile ante cualquier estado de ánimo. La indiferencia psíquica es el carácter esencial del filósofo. Kant nunca estuvo triste. No pueden amar los hombres que no mezclan los pensamientos con los pesares. Lo mismo pasa con las ideas, los filósofos no tienen destino. ¡Qué cómodo resulta ser filósofo!

¿Cómo vamos a aceptar las enseñanzas de los filósofos si ellos son indiferentes frente a todo lo que es y no es? Ningún filósofo tiene nombre. Por más que le gritáramos, no nos oiría. Y si nos oyera, no podría respondernos. ¿Qué es lo que podría respondernos un filósofo? Resulta extraño e inexplicable por qué los hombres acuden a los filósofos cuando sienten necesidad de consuelo. ¿Por qué pensarán

en la filosofía precisamente cuando están en medio de la necesidad más apremiante?

No hay nada más profundo y misterioso que la necesidad de consuelo. No puede definirse teóricamente, porque nada guardamos de ella en el pensamiento salvo un suspiro. El mundo de los pensamientos es una ilusión respecto al mundo de los suspiros. Ningún filósofo puede consolar porque ninguno tiene el destino suficiente para poder entender a un hombre. Y, pese a todo, los hombres los buscan porque, por una equívoca ilusión, se imaginan que el conocimiento puede servirles de consuelo. *Saber y consuelo* no coinciden jamás. Para los que necesitan consuelo, los filósofos no saben nada. Digámoslo de una vez por todas: todo filósofo es una expectativa frustrada.

Un poeta de gran visión (por ejemplo, Baudelaire o Rilke) afirma en dos versos más que un filósofo en toda su obra. La integridad filosófica es pura timidez. Al tratar de demostrar lo que no puede demostrarse, de probar cosas heterogéneas al pensamiento y de dar validez a lo irreducible o lo absurdo, la filosofía satisface un gusto mediocre por lo absoluto. A veces me parece que la filosofía se reduce a la ley de la causalidad y me entra una tremenda repulsión. Desde el momento en que no puede hacerse filosofía sin la ley de la causalidad, tengo la impresión de que todo se encuentra más allá de la filosofía.

Hay gente que se ha pasado la juventud leyendo solamente a los filósofos.

¿Por qué cuando recuerdan esos años les parecen vacíos pero, en cambio, no lo deploran? Porque nada puede impedirles considerar la filosofía como un estadio cuya superación sólo es una etapa. Quien no vence a la filosofía me parece un ser derrotado. Quedarse toda la vida entre

filósofos es permanecer por los siglos de los siglos *en medio*, hundirse en la mediocridad como en un destino.

Sólo hay una definición de la filosofía: la inquietud de los hombres impersonales. Como si pusiéramos contra la pared a todos los filósofos.

Recuerdo con una emoción incontenible el extraordinario efecto que tuvieron sobre mí las palabras de Georg Simmel, un filósofo que amé infinitamente: «Es terrible pensar qué pocos sufrimientos de la humanidad han pasado en su filosofía». Es cierto que lo escribió antes de su terrible muerte. Los hombres no quieren prestarle oídos sino que tratan de excusarlo. Como si para un filósofo fuera una impudicia llamar a las cosas por su nombre...

No se puede tornar de la poesía, de la música y de la mística a la filosofía. Es evidente que aquéllas son más importantes que la filosofía. Un poeta, un compositor o un místico filosofan sólo en momentos de cansancio, cuando los obligan a volver a una condición inferior. Ellos solos se dan cuenta de que no es ningún timbre de gloria ser filósofo, ellos solos comprenden lo poco que sabe la filosofía, y no digamos la ciencia. ¿Qué es el pensamiento comparado con la vibración extática, con el culto metafísico de los matices que define a toda poesía? ¡Y qué lejos está la filosofía de fundirse con las realidades que hacen palidecer definitivamente el mundo de las ideas ante la música y la mística!

No existe filosofía creadora. La filosofía no crea nada. Quiero decir que puede presentarnos un nuevo mundo, pero no lo alumbró ni lo fecunda. Todo lo que dicen los filósofos parece pertenecer a un pasado remoto; ninguna obra de arte habría tenido que existir porque toda obra de arte es un mundo en el mundo y, en consecuencia, no tiene su razón de ser en nuestro mundo. Ningún sistema

filosófico me ha dado el sentimiento de un mundo independiente de todo lo que no es él. Resulta doloroso, pero así es: podéis leer a todos los filósofos que queráis, nunca sentiréis que os habréis convertido en otro hombre. Naturalmente, entre los filósofos excluyo a Nietzsche, que es mucho más que un filósofo.

La actividad reflexiva en sí misma no tiene ninguna virtud que me inspire admiración. Las ideas que no reflejan un destino sino otras ideas carecen de valor. En absoluto es cierto que los filósofos estén más cerca de las realidades esenciales que los demás. En realidad, sirven sólo a las apariencias y se inclinan ante todo lo que no ha sido ni va a ser (es lo único que me hace apreciarlos).

El engreimiento de la filosofía residió en considerar las ideas en sí mismas. Ese orgullo es casi una vergüenza. Desde el momento en que todo lo que es no puede considerarse en sí mismo, hacer del reflejo esquemático de las apariencias estructuras formadas, con finalidad en sí mismas, es una aberración que no puede perdonarse. El hombre no puede alcanzar más que un éxtasis de las apariencias. Esa es la única realidad. La poesía, la música y la mística están al servicio de esas apariencias supremas. ¿El mundo en sí mismo? Una suma de apariencias supremas, suponiendo que esa danza de sombras tenga un límite y constituya un mundo. Que lo explique la filosofía si puede.

Y para tener recuerdos, tienes que prestar a la noche las llamas de tu alma porque ningún ojo va a descubrirte en medio de tu noche. Pues sólo pagando el precio de tu vista verás en la noche.

Para acordarte de ti mismo, tienes que haber rastreado entre las brumas de los montes las cosas perdidas en la niebla y que vuelven tras una muerte pasajera. Que densas

brumas envuelvan tu luz, que la cieguen y se extinga. Y que renazca de la niebla y resucite en su animación.

Que los cielos sean contemplados desde las alturas y que sus matices constituyan otros tantos cielos. Que todos los azules que llevas en tu alma, esos azules ante cuyo encanto te quedabas prendado horas enteras, sean otros tantos consuelos para tu corazón, ansioso de cielo pero inseparable de él.

Pasa por lugares que nadie holló para que tus huellas tracen el sendero. Y que la vida sea un camino a través de los lugares inexplorados del alma.

Sé compañero de muchos ocasos; ponte con el sol. Vaga por el sol y los ocasos. Y arropa al sol con tu noche.

¡Turba la luz con los brazos tendidos hacia ella, hacia el temblor de la luz! Adivina muchas veces el temblor de la luz para que cuando la invoques se haga más grande. Comparte con él tus suspiros nocturnos. Tiembla en la luz.

Y te acompañarán siempre los recuerdos de un cielo, una niebla, un ocaso o cualquier otro resplandor que hayas amado, como si ellos hubiesen vivido tu vida.

Así es como yo entiendo un alma grande: no es ella la que da un sentido personal al mundo, sino que es el mundo quien tiende hacia ella buscando su centro. Como si las aguas, las montañas y los hombres convergieran en ella. Su ojo es el espejo del espacio; su oído, la meta final de todas las sonoridades; su corazón, el refugio de todos los sentidos y presentimientos del mundo. Si el hombre en cuestión por casualidad enferma, todo su medio enferma por miedo al contraste, por temor a ser inferior en salud. Las vibraciones de un alma grande perturban todas las soledades que hay a su alrededor. Esa alma sólo puede exis-

· tir por miedo a la soledad de los demás. Tener un estilo interior significa que tu mundo interno está entero; que todo tu mundo está fluyendo. Al no poder nacer en ti, diríase que estuviera deseando morir en ti. ¡Que después de ti ya no pueda morir nada! ¡Infúndase al mundo tanta vida para que acabe en ti y contigo!

Lucha contra el ser hasta que ya no puedas concebir que, después de ti, aún haya algo. Ese tiene que ser el sentimiento, cuando no la convicción, de todo hombre cuya alma tenga las dimensiones del mundo. Si, además, este hombre también estuviera convencido, no podríamos saber entonces si es Dios o si está loco. Las almas humildes y humilladas carecen de ese sentimiento, ya que éstas, más que las otras, se sienten y reconocen criaturas y no se avergüenzan de ello. En la antropología se abrirá un nuevo capítulo sólo cuando el sentimiento de ser una criatura sea una evidencia inadmisibile, cuando el hombre no se adapte más a sí mismo.

¡Cuando pienso lo poco que he aprendido de los grandes filósofos! Nunca me han hecho falta ni Kant ni Descartes ni Aristóteles. Su pensamiento vale solamente para nuestros momentos de soledad, para nuestras dudas consentidas. Pero yo me quedé en Job, con una piedad filial.

¿Habéis visto a esos hombres deshechos por la enfermedad? Derrotados y embrutecidos por una vulgar resignación, con el miedo dilatándoles las caras y con un estupor animal en los ojos, pendientes de su nada, son repugnantes con su ansia de vivir que, sin embargo, no ha sido lo bastante grande para disfrazar su fracaso e iluminar

su pérdida. La enfermedad es un callejón sin salida que es preciso transformar en etapa. Y todos los que no han dado este salto paradójico se quedan con una expresión estúpida y huraña, asustados de las dimensiones de su nada. Esos rasgos atormentados y profundos, devastadores como la presencia inmediata y fatal de un precipicio, esos rasgos ante los que habría que retroceder, icierra los ojos o evítalos concentrándote en un recuerdo! Y cuando me pongo a pensar en tantas y tantas cosas tristes, en tantos terrores que de repente me asaltan durante noches enteras y en tantas agotadoras desgarraduras, nada me parece más digno de olvidar, nada me gustaría tanto encerrar bajo siete llaves en algún recóndito rincón de mi memoria como los silencios de las salas de espera de los médicos. Esos silencios donde los pacientes se lanzan miradas de odio, pues cada uno siente que el otro, los otros, indiscretos, saben lo que le pasa y que les gustaría saber aún más, para así éstos consolarse o entristecerse ante la mayor o menor gravedad del otro. Y el odio aumenta más todavía porque un destino, que ni han querido ni han esperado, los ha hecho solidarios. El silencio crece y se vuelve más aplastante porque todos tendrían muchas cosas que contar, una infinitud. Si nadie rompe el silencio es por miedo a ser el más condenado, por el miedo a colmar la vanidad del vecino, a sentirse el más perdido entre los perdidos. En el silencio de esas salas de espera, el mismo destino separa a los hombres como especies irreductibles, porque en ellas los hombres saben unos de otros lo esencial, y desconocen detalles como el nombre, la profesión o la edad, que podrían rebajar la tensión. Y cuando pienso en la actitud voluntaria o involuntariamente reflexiva, en las frentes pensativas bajo las que se rumia la confesión de la enfermedad, dicha y repetida hasta el infinito, considerada como única, desfila

entonces ante mis ojos, por mis nervios y mi sangre, pasando por encima de recuerdos y pensamientos, un convoy de caras crispadas, una desconcertante suma de arrugas, que quieren enterrarse dentro de mí, cavar en mi cuerpo para asentarse como cunas de una amargura infinita. Siento asco de ese convoy de arrugas, de su aire de saltimbanqui fúnebre y grotesco, de su inoportuna proximidad, y me asquea mi impotencia para serenar una única cara, para estar solo ante todos esos hombres solos, machacados por la enfermedad, vencidos por ella y abatidos por el mundo en el que ésta los ha introducido. Y es que la enfermedad es una revelación demasiado grande para muchísimos hombres. Gentes que esperan muy poco de la vida y no conciben que la enfermedad pueda ser algo más que una catástrofe. Son tan escasos los hombres que merecen estar enfermos que resulta un verdadero disparate que sean tantos los que sufran. Es menester prepararse para la enfermedad como se prepara uno para la vida. Su irracionalidad consiste en sorprendernos cuando no nos hemos educado para ella, cuando no estamos lo bastante maduros para ser grandes en la enfermedad.

El terror brutal de todos los enfermos procede de interpretar la enfermedad como un misterio de la materia y nada más que de ella, cuando, en realidad, sufrimos *en* la materia *con* el alma; con el alma, a la que sobrevivirá la materia.

Un hombre enfermo es superior a otro sano; pero cualquier hombre sano se siente superior al enfermo. Desde que el mundo es mundo, el sano siente la enfermedad ajena como adulación. Es una especie de secreta garantía que le da la naturaleza y de la que se envanece sin decirlo. Los sentimientos más ordinarios nacen del contacto de los enfermos con los sanos. Hacer psicología de estas relacio-

nes significaría escribir la justificación definitiva de la repulsión, de la gran repulsión.

¿Cómo es posible que después de Job exista todavía la desesperación; después de Alejandro, la acción; después de Platón, el pensamiento; después de Cristo, los hombres? Todos nosotros no hemos hecho más que alargar y volver inútil la Historia.

Sólo haciendo abstracción de la Historia aún podemos engañarnos; pero la Historia nos desengañará haciendo abstracción de nosotros.

Tenemos que sentir asco de todos los hombres que aman el pasado. Estos no pueden tener un destino porque, marchando sobre las huellas de sus antepasados, tendrán que detenerse algún día donde se acaban las huellas, al final de todo. Y frente a Dios no les quedará ni valor ni orgullo por pequeño que sea. Tenemos unos predecesores demasiado grandes para poder seguir mirando atrás. E, incluso con los ojos cerrados, es imposible tropezar con nuestro Predecesor.

Todo hombre que ame el pasado hasta sus últimas consecuencias tiene que hacer teología. Por eso los hombres profundamente religiosos son unos reaccionarios. No pueden amar a Dios si no es con la cara vuelta, pues él está irremediabilmente detrás de nosotros. Si a Dios nos lo hubiésemos figurado como remate final de la Historia, como la suprema culminación del futuro, no habría habido hombre que no creyera en él, que no lo esperara. Así se consumó, si no en él, en nosotros.

Esa dilatación del aire, de las mínimas partículas del aire... Como si cada átomo se hinchara como un balón, se dilatara hasta alcanzar dimensiones fantásticas y sólo es-

perara resquebrajarse, explotar con los demás y contigo. Una tensión se comunica y se extiende como un explosivo aéreo, una vibración se concentra en todas las partes del aire, se ramifica para terminar juntándose por toda la superficie. ¿Va a pasar algo? ¿Qué puedes esperar? Sabes que no puede suceder más que algo esencial, que no puede sucederte nada sino todo; una revelación en el mejor de los casos. ¿Te dan vértigos? ¿Se dilatan las células de tu cerebro en el aire, se expande en tu interior esa indecible inquietud aérea? ¿O se rebela todo lo que no tiene su cuna en el espacio, todo lo que en ti no tiene lugar? Sonrisas para nadie esbozadas, pensamientos sin adherencias, emociones vanas, noches imaginarias de amor; secretos enterrados en recuerdos sin imágenes, todo lo que has vivido sin saberlo y sin quererlo, ¿están clamando por su inutilidad o quieren salvar su vacuidad? ¿No será el espanto, ese espanto inexplicable que se incuba en el último átomo y lo dilata, espanto que circula como un sutil fluido entre las vibraciones del aire y tú y ejerce su irresistible expansión, su alarmante contagio, su destructor encantamiento?

El espanto vuelve al espacio aéreo y vibrante. Por eso no conoce límite ni resistencia de ninguna clase. ¿No habéis observado la ausencia de espacio en la pintura de Goya?

La Historia ha resuelto muchos conflictos entre los hombres; sin embargo, no ha resuelto ninguno entre el hombre y el mundo. Si las utopías son concebibles en la vida de los hombres, resultan inadmisibles en la del *hombre*. Podría existir una armonía final del hombre consigo mismo. La Historia no es el seno de Abraham.

Y cuando pienso que desde los inicios y hasta hoy no ha existido ni un solo pensamiento *alegre*...

Quijotismo: Creer que todavía puede hacerse algo y que podríamos consolarnos con quimeras...

**Distanciamiento:** Poder hablar de cosas dolorosas como de evidencias, con serenidad y sin *pathos*. Todo distanciamiento quizá sea una terapéutica y, consiguientemente, una hipocresía.

**Sabiduría:** Ser intrascendente en la vida y en la muerte.

Me atormenta no haber hecho más que afirmaciones evidentes y valiosas acerca de la vida; no haberle compuesto ningún himno.

Y cuando pienso en todas las verdades que vendrán detrás de mí, y cuando pienso que no he perdido nada... Son tantas las verdades que no nos han dicho nada ni han tenido a quién decirle nada, que creer en ellas resulta más una mentira que un error. Pero ¿es que he vivido con verdades y errores? Sólo he sido yo mismo más allá de la verdad y el error, en cuya línea divisoria se encuentra esta tierra, condenada a verdades inútiles y a errores mediocres.

¡Esa súbita revelación de todo lo que no he vivido, de todo lo que no voy a vivir nunca! ¿Entiende alguien la loca sed de vivir que sacude de vez en cuando el cuerpo hasta hacerlo gritar, o que lo ahoga presa de una intensa ebullición largo tiempo contenida? Durante la trémula fusión del ser, emerge un pesar que corta la respiración y nos muestra con la rapidez del rayo todo el mundo de los anhelos que habíamos recubierto con nuestros pensamientos. Un estremecimiento sensual da un contenido ardiente a esta revelación, y los juramentos e imprecaciones le otorgan la amplitud de un destino. ¿Es que no podremos agotar la vida y agotarnos a nosotros mismos aunque tengamos que realizar un esfuerzo titánico que traspase los límites de lo humano? ¡Ay, cómo daremos un día al traste con este universo en medio de un estremecimiento universal!

¿Conocéis la indomable invasión de una fuerza demen-

cial en la que árboles, montañas y mares parezcan meros caprichos? Una agitación agresiva, tan fugaz como una chispa, quiebra la resistencia de todas las formas de la materia y eclipsa la afirmación de cualquier energía. No existen entonces árboles, no existen bosques que no seas capaz de arrancar de cuajo; montes que no puedas volcar ni mares que no puedas colmar o secar. Y no existe movimiento que no se convierta en roca ni roca que no se vuelva río. Todo el material de imposibles del mundo se transforma en pasta en medio de esa fuerza loca e incontrolable. La resistencia de la materia se anula como un sueño y su fuerza misma parece no haber sido más que un simple sueño. Una memoria divina podría rememorarle. Cuando domina al alma y al cuerpo dejo de ser yo mismo para poder entenderla; y después, parece aún más incomprensible. Podría darse el caso de que existiera un rayo divino mediante el que un ser supremo o la energía del mundo nos descubrieran en un abrir y cerrar de ojos un permanente estado de absoluto. ¿Podría ser la concentración de todo lo que no es ley ni cabe en la ley, la reacción inesperada y premonitoria del caos? O la *debilidad* de Dios, concesiones por miedo a ser destronado...

Si tuviera que elegir entre tantos y tantos seres que han vivido portando la más cara desdicha a mi corazón, preferiría sin duda alguna a las mujeres infortunadas en el amor que han dado expresión a la desdicha. La decepción amorosa revela en estas mujeres un patetismo raro y contenido, un misterio dulce, una vaguedad sabrosa. Safo, Gaspara Stampa, Julie de Lespinasse evocan un mundo aparte en la melancolía y la decepción, un universo de desgarros femeninos, de corazones desconsolados. Y si intentara definir el encanto único de la desdicha, no podría pasar por alto la delicadeza que tan peregrinamente lo vela. Un hom-

bre abandonado o engañado en el amor ofrece una imagen menos dolorosa y, en todo caso, menos extraña porque la posibilidad del hombre de ser feliz depende de él mismo, de su masculinidad, en ningún caso de sus valores complementarios. Aunque fuera poeta, su condición varonil lo obliga a mantenerse a distancia de su infelicidad y de la mujer amada que tendría que amarlo a él. Sea como fuere, tiene el natural consuelo del desdén del varón por la mujer. La decepción del hombre es cobarde y antiestética; por eso todos los grandes amantes desgraciados han extraído de su decepción razones de superioridad, de orgullo, como si el hecho de haber sido abandonado o de no ser correspondido en su amor hubiese halagado su orgullo. Ser feliz o infeliz es algo que reside en la esencia del varón de forma inmanente; su propia condición viene definida menos por la relatividad de los sexos que la de la mujer. Podemos hablar de *varón*, aun cuando no hubiera existido ni existiera una mujer; eso no vale para la mujer. Sin el hombre, la mujer es una contradicción en sí misma.

Resulta problemático saber si una decepción amorosa vuelve al hombre más profundo; pero sí es de una claridad meridiana que semejante decepción transforma progresivamente a la mujer. Entonces, al encanto sensual, a la mirada indirecta pero interesada, al porte conquistador reforzado por las impertinencias voluntarias del instinto, les sustituye una palidez reflexiva, miradas distantes, una seriedad inaccesible y una actitud indefinida que surge de la contrariedad y tristeza de los sentidos, de la interiorización de la sensualidad. Una decepción amorosa acerca a la mujer a la santidad mucho más que todos los fracasos y éxitos del hombre.

Entre una mujer corriente y un hombre corriente, la mujer es espiritualmente superior. Entre una mujer supe-

rior y un hombre superior, el varón presenta infinitamente más matices, es más profundo y diferente.

Un hombre mediocre es siempre indiferente, carece de impronta personal y de reacciones específicas, mientras que a una mujer, por muy inferior que sea, las deficiencias de su sexo no le impiden tener reacciones mucho más interesantes, desarrollar un juego falto de significación interna pero muy diferenciado exteriormente.

Para todas las mujeres dotadas, el infortunio amoroso ha sido una dote divina. Después de esa transformación se han vuelto inconmensurables para las demás. El renunciamiento gracioso y la pasión que se nutren del fuego imaginario de las estrellas, las dispensa de las fatales imprecaciones del abandono. Todas esas mujeres abandonadas se sirvieron de la poesía o del género epistolar para consolarse de otros amores, los de sus amantes. Mariana Alcoforado o Julie de Lespinasse querían morir para que su presencia no fuera motivo de remordimiento a sus casquivanos amantes. Semejante generosidad, casi patológica, nace en almas que están en proceso de aniquilación. Y eso acontece a toda alma que, al hacer de su pasión un destino, no puede realizarse en la pasión.

Las ardientes almas de estas mujeres estaban predestinadas a la decepción porque pocos son los hombres que podrían llegar a sentir una fiebre tan devoradora. Un hombre no se agota en el amor; lo esencial sólo pasa por el amor. *Lo esencial* sobrepasa, de alguna forma, el mundo de los sentimientos y de las pasiones. Únicamente las mujeres tienen una concepción catastrófica del amor.

Un amor que supera infinitamente en intensidad las exigencias y fines de la biología, predestina a la infelicidad más que una enfermedad. Ser *elegida* para la pasión es para la mujer un desastre que ella no entrevé con claridad por

los desgarros que, al principio, son para ella éxtasis. Comparada con semejante pasión, cualquier realización resulta una decepción y compromete al amor. Todos los grandes enamorados han hablado de la muerte, no porque el amor esté emparentado con ella sino porque la limitación de la vida no puede presentar negativamente lo infinito de la muerte. Un gran amor acaba en el éxtasis de la muerte porque, de tanto éxtasis, ha *acabado* con la vida. El éxtasis es corrosivo y destructor porque afecta al centro de todo lo que es; es la suprema indiscreción del amor. Después de él ya no puede haber nada porque él lo acaba todo. El éxtasis acaba también con la infinitud de la muerte. El amor místico es el ejemplo más contundente. ¿Por qué a los ardores místicos les sucede un penoso sentimiento de nada, una aridez de la conciencia? Las indiscreciones últimas del éxtasis, la imposibilidad de que al éxtasis le siga algo que no sea la locura.

¿No hay en santa Teresa, la patrona de muchos españoles (y mía también), una decepción divina en el amor o una decepción en el amor divino? ¿No parece, en ocasiones, en el amor místico de santa Teresa que el cielo es muy pequeño y lo infinito accesible? A veces, creo que esta santa, que deja atrás a todos los demás santos, ha devastado los cielos...

La renunciación en el alma de una mujer es completamente distinta que en el hombre. Los fracasos del corazón son para el hombre ocasión de meditación; en la mujer, vencen su existencia, de manera que *toda mujer perece en su corazón*. La ilógica femenina es la «lógica del corazón». Según la otra lógica (la de la razón, la del buen criterio, la de los hombres mediocres), una decepción amorosa puede significar una renuncia al amor; según la lógica del corazón, una decepción amorosa, una gran decepción

amorosa equivale a una renuncia al mundo. En el plano sentimental, las mujeres sacan más rápidamente que los hombres las últimas consecuencias. Los desafortunados en el amor a que me refiero han vivido su vida con una tensión que deja en mal lugar la altura de la meditación y del pensamiento. Resulta mil veces más fácil meditar y pensar sobre la infelicidad que vivirla con todos sus riesgos. Una vez más, es imposible salvar a los pensadores.

Si hasta el propio Buda encontró un subterfugio para justificar la inutilidad del suicidio, no cabe entonces hacer a nadie la menor objeción sobre esta cuestión. Incluso resulta asombroso que, desde Buda hasta hoy, el problema del suicidio no haya sido declarado *tema cerrado*. Es cierto que el pensamiento oficial nunca lo abrió, pero ¿por qué un puñado de poetas y un par de filósofos lo han puesto sobre el tapete? Y esos innumerables suicidas anónimos, ¿cómo se han atrevido a deshonorar el nombre de tan sabio personaje?

Ningún hombre debería transitar por la vida sin sentirse dotado de una fuerza infinita. Por ésta no entiendo ni la fuerza física ni la firmeza brutal y directa sino una acumulación de energía interior frente a la que palidezcan todas las fuerzas físicas organizadas o desorganizadas. Habría que utilizar cada momento de la vida como ocasión para esa acumulación. En los fracasos, y después de ellos, hay que adoptar una actitud de tensa inmovilidad, de mirada agresiva y desafiante, con los puños cerrados hasta clavarse las uñas y con la sangre hirviendo en un calculado vulcanismo. Hay que aprovechar cada fracaso como verificación de la prueba y del desprecio. Habría que fijar las reglas y los ejercicios necesarios para cultivar una fe absoluta en

uno mismo para vencer y ahogar todas las dudas. El escepticismo sólo puede ser superado por medio de una gimnasia cuyo ritmo salga directamente de las ilusiones y dilataciones de la megalomanía. Cada forma de ritmo es un arma contra el escepticismo, la desesperación y el pesimismo. El ritmo como reacción querida no debería faltar nunca en el tratamiento de las enfermedades incurables de las que, en primer término, forman parte el escepticismo, la desesperación y el pesimismo.

Conceder a la respiración una gran importancia y concentración, como si sus intervalos delimitaran intervalos cósmicos; tensar los nervios como si fueran arcos a punto de quebrarse; que la actividad de todos los órganos se desarrolle en la misma medida que el nivel general; que lo que llamamos *espíritu* vibre hasta la última célula y que se transmita al alma toda la fuerza de la carne, perdida en el sueño de la materia.

Unos minutos diarios de ese ejercicio desarrollan un sentimiento de fuerza infinita y acumulan una energía interior a través de la que podemos levantarnos por encima de los puntos débiles de la vitalidad. La tensión fantástica a la que sometemos nuestro organismo disuelve el espíritu en el cuerpo y eleva la depresión orgánica a un nivel que el cuerpo no puede alcanzar por sí solo. En medio de esta confusión el hombre es más unitario y está más centrado que en ese estado de armonía superficial que irresponsablemente le transmite la salud. Todos los sanos son unos irresponsables porque no pueden responder a cada instante a los interrogantes de la enfermedad.

Si me hubiese dedicado a la Historia, hace mucho que me habría muerto de tristeza.

Es horroroso darse cuenta de lo mucho que hemos gastado en hechos y lo poco que valen. Un hecho en sí mismo es todo, es un absoluto; en nuestro pensamiento, nada, una ensoñación. Y realmente, el pensamiento es el reflejo de la nada, la sombra de una quimera.

Oirás hablar de la repentina retirada de alguien, pero no de su lenta decadencia. Los hombres que interrumpen súbitamente su actividad, en pleno éxito, sin dar explicaciones, se van a algún lugar para ya no hacer nada, para empezar en su fin algo insólito, inesperado, fuertes y orgullosos en la catástrofe. Sólo unos pocos desmoronamientos son los que hablan del futuro del género humano. ¡Esos hombres que han visto otro mundo cuando en éste tenían todas las de ganar! ¡La voluntad de hacer algo definitivo, independiente del tiempo, de ti, de cualquier categoría, más allá de la comprensión, del movimiento y, en cierta forma, de la eternidad! ¡Ojalá pudiera petrificarse el relámpago, ojalá se quedara inmovible la columna de fuego erigida en el cielo! ¡Tengamos la prueba inigualable de la relación tantas veces anhelada pero nunca cumplida, sepamos también nosotros de una vez que ya no estamos *abajo*, que la tierra también tiene sus alturas!

¡O que un día la luz se vuelva sólida, toquémosla, que nos reconforte su resistencia, sintámosla en la carne para que sepamos que también la carne podría venir de cualquier lugar de las alturas! Pues contra toda prueba y evidencia, queremos saber si existe para nosotros otra condición, si la suerte es o no una falacia y si podríamos subir la escalera de las condiciones, por los peldaños de otras suertes a otras formas de destino, a otro destino.

La visión interior de lo imposible es una realidad tan

evidente y aplastante que descubre tantos mundos posibles así como nosotros quisiéramos ser otros, en otras condiciones y sometidos a otros sinos.

¡Y yo siento cómo empiezan los mundos, cómo renacen con el ser y cómo mueren en todo!

Por el pesar de no ser Dios cayó Adán. Y si no fuera cierto que nuestros pecados derivan del original, parece evidente que todos los pecados arrancan de aquél.

La búsqueda de la gloria nace del miedo a morir solo, del anhelo a destruirse públicamente. Sólo los bienaventurados han degradado la gloria al rango de una absurda futilidad. Sólo tengo celos de una forma de gloria: haber sido célebre a los ojos de los antepasados pero no a los de los contemporáneos o de la posteridad. Nada puede consolarme de que Jesús no haya oído hablar de mí.

Hay momentos en que me entran ganas de abrazar a la tierra y mostrarme agradecido al último de los seres vivos. ¡Quién sabe qué olvidado rincón del alma inspira esos anhelos que no fructifican en mis pensamientos!



## VII

¿Acaso es posible que tantas tristezas anónimas hayan desaparecido sin dejar rastro, como si fueran vapor, humo o polvo? ¿Es que no han nacido hombres que den con la pista de tantas y tantas tristezas extintas, que les den expresión y rescaten la infinita amargura de tantas existencias anónimas? Podría ser que existieran tales hombres, desde el momento en que hay tantas tristezas. ¿Es que no habrá nadie que reúna en sí mismo el silencio de las montañas, que bucee en los cientos y miles de años de estos silencios, acumulados y aumentados hasta convertirse en materia, nadie que tome el pulso a esos silencios y quiebre su yugo milenario, nadie que asuma su responsabilidad por todo lo que aún no ha dicho?

Tiene que haber alguien que rompa los silencios de la naturaleza y los entierre dentro de sí mismo.

¿Habrá habido por casualidad seres que hayan desarrollado todas sus posibilidades y las de la vida, para vengar los anhelos que otros no han podido realizar? ¿Habrá habido seres que no hayan enterrado ningún pesar ni ningún sueño al igual que los ha habido innumerables que han sepultado sus desconsuelos más rápidamente que un brazo, un ojo o una sonrisa?

Y tantas almas y tantos cuerpos, faltos del consuelo de las noches de amor, ¿cuántos opondrán la ausencia de decep-

ción en el amor o cuántos podrán vencer el pesar mediante el recuerdo del amor?

Tiene que haber habido alguien que, gracias al amor, no haya conocido los pesares y la necesidad de consuelo que éstos provocan.

¿Y es posible acaso que toda la cultura descansa sobre falsos problemas? Con tantos siglos que han pasado y todavía se habla de felicidad: tantos conflictos y aún se discute del individuo y de la sociedad; tantas veces la Historia se ha visto en un callejón sin salida y se cree en el progreso, en los valores y en tantas evidencias de un drama irresoluble envuelto y falseado por teorías y creencias. Que los hombres crean en la cultura no tiene nada de particular, pero sí que estén orgullosos de ella.

¿Y no se hallará a alguien que diga estas cosas sin menosprecio y que haya superado la cultura de tal manera que su destino sea idéntico al de ella? ¿Es que no se va a encontrar a nadie capaz de hacer un balance válido para que todos sepamos de una vez dónde estamos, si todavía puede salvarse algo o si estamos en el umbral, en el comienzo? Pues es natural que ya no aceptemos ser acosados por el miedo de tantos resultados inciertos.

Tiene que existir alguien que nos muestre *adónde* hemos llegado con la cultura pero, sobre todo, *adónde* hemos llegado *en ella*. Ya que si podemos vivir sin saber dónde estamos, no podemos morir sin saber dónde hemos estado.

Todo desgarró nos lleva a los límites del yo, a nuestro término. Pues los desgarró nacen de un agotamiento en el que nos miramos a nosotros mismos como si fuésemos a concentrarnos por última vez.

¿Quién tendría todavía el valor de hablar, en pleno des-

garro, de «personalidad», «carácter» y otras evidencias de la cultura? Pero es una cobardía no hablar de tristeza, inutilidad y otras evidencias de la vida.

¿Qué han dicho los filósofos sobre las evidencias últimas? Ni siquiera lo que un acorde de la *Sinfonía inacabada* de Schubert.

¿Por qué teme el hombre tanto al futuro, cuando el pasado justificaría un temor aún mayor? Tantos y tantos millones de años en los que el universo ha prescindido de nosotros, ¿no provocan una sensación de vacío y de incompreensión más estremecedora que la de la propia desaparición? Desde el *no*-principio de la nada y hasta el primer hombre, la conciencia no ha sido sentida como vacío ni el hombre como necesidad. Nada absolutamente preparó la aparición del hombre. El universo habría podido desaparecer sin haber sabido nada del hombre mismo.

El hombre apareció *demasiado tarde*. De por sí, esto no es un hecho tan grave. Para las ilusiones a las que naturalmente tenemos derecho es, no obstante, una catástrofe. Y la catástrofe habría podido llamarse desilusión si, hasta la aparición del hombre, algunos antecedentes la hubieran propiciado. El hombre no es naturaleza ni se siente como tal. Ninguno de nosotros tiene tradición en la naturaleza; hace muy poco que hemos nacido. No tenemos relación alguna con nada de lo que ha sido.

El hombre no puede prescindir de nada; el hombre puede prescindir de todo. La contradicción se resolverá cuando el hombre pueda prescindir de sí mismo.

Quiero morir sólo porque no soy inmortal. Y si se me ofreciera, a título absolutamente excepcional, la inmortalidad, no la aceptaría porque la eternidad que se abriría an-

te mí no podría consolarme de la ausencia de eternidad que me ha precedido. La inmortalidad cristiana no satisface una sed infinita de existencia. Todas las religiones lo único que han hecho es aliviar una sed cuyas dimensiones son comparables sólo a las de la existencia. Dostoievski tiene razón: «Si no existe inmortalidad, todo está permitido». Pero como esta inmortalidad no me excluye menos que todo lo que me ha precedido, la existencia de la inmortalidad limitada lo permite también *todo*, como toda teoría de la muerte.

Comprendo muy bien que los hombres no puedan creer ya en la inmortalidad, pero no comprendo cómo han podido abandonar la idea tan fácilmente. Habría que hacer de la inmortalidad un *tabú* para la razón, y «todos los hombres son mortales» debería prohibirse como premisa de silogismo. Es tan grande la sed de existencia en la inmortalidad que están infinitamente más cerca del silogismo los que no creen en ella que los que sí creen. La inmortalidad es la afirmación suprema de la vida. El que los pensamientos no hayan otorgado a la vida la inmortalidad, los compromete a perpetuidad. Y, por tanto, no entiendo cómo es posible que hayan desaparecido de la faz de la tierra los pueblos que sí han creído en la inmortalidad. El pensamiento de la inmortalidad tendría que vitalizarse, de manera que de él surja un inextinguible éxtasis que, a su vez, derrote a la fatalidad de la biología. La concepción del cristianismo es que no se puede alcanzar la eternidad si no es pasando por la muerte. Así, en el cristianismo la inmortalidad se ha interpretado negativamente. En lugar de haber hecho de la inmortalidad un resorte de la vida, el cristianismo ha hecho la vida más estrecha y ha sustraído a la inmortalidad de toda comprobación directa. En el cristianismo el hombre no *nace* inmortal, sino que *muere* inmortal. Sólo al ex-

halar el último suspiro comienza a serlo. La única ocasión de llegar a ser inmortal es la muerte. En eso consiste, tras la existencia de Jesús, el segundo enigma del cristianismo.

Los cristianos han menoscabado la inmortalidad. No morir cristiano o sobre otra inmortalidad...

En el fondo no hay más música que la religiosa. En su sentido último, la música no puede ser un órgano de expresión de este mundo. E igualmente: en el fondo, no hay más que música triste. Las alegrías jamás testimonian su última palabra. ¿Por qué tendrían entonces que hacerlo por medio de voz y de notas?

¡Ojalá Dios hubiese hecho nuestro mundo tan perfecto como Bach lo hizo divino!

Si el hombre hubiera nacido inmortal, ¿qué forma habría tomado su anhelo por la muerte? Se habría hablado entonces del miedo a no morir. Y la muerte no habría sido menos horrorosa.

¿Cómo es que no estás celoso, Señor, de las llamas que devoran al hombre, del fuego trémulo de tu criatura, de las alucinaciones de tus sombras terrenales? ¿Por qué no te asustas de los victoriosos temores de tus criaturas, del imperio que se ha fundado sobre las ruinas de nuestro pecado? ¡Tus hijos tendrán un día el valor de su caída y se vengarán por haber sido desheredados injustamente! ¿Por qué no tienes la osadía de colmar de oscuridad a tus vás-

tagos, de detener su rebeldía y de aplazar tu destronamiento? ¡Ya le llegará la hora a tu cobardía divina y entonces nuestra fiebre sublunar aumentará por la proximidad del sol, conquistado por nuestra sumisión! ¿Es que no te aterra, Señor, el incendio que nos consume, no te han chamuscado nuestras llamas los pelos de la barba? Estás cerca de nosotros, Señor, y cerca también del final; me siento alegre y temeroso al asistir a tu agonía divina. No hemos sido hechos los unos para los otros; tú no has sido nuestro padre ni nosotros hemos sido tus hijos. Desde el principio he luchado contra tu tiranía, pues has dejado nuestras preces sin respuesta, y en lugar de elevarnos tú, hemos tenido que hacerlo nosotros. Una respuesta tuya nos habría dejado abajo y alejados y no habríamos tenido que elevarnos para conquistarte. Tu silencio ha sido nuestro clamor y tu inmovilidad nuestra victoria.

Cruzadas libertaron la tumba de tu hijo. ¡En cruzadas nos hemos libertado y nos libertaremos de ti! Hace mucho que se tambalean las murallas de tu fortaleza y la última piedra significará precisamente nuestra victoria.

Entrarás en la Historia, Señor, y tu poder se quedará en recuerdo. Y los recuerdos se debilitarán y nacerán, al cabo del tiempo, otros hombres que, olvidándose de la Historia, dirán: «Hasta ahora no ha existido ningún Dios». Y entonces los hombres se habrán liberado por completo de su pasado. Y tú habrás desaparecido como el último de los hombres.

En las postrimerías del fin, de todos los ideales del hombre solamente quedará él, el hombre desnudo. Hará mucho que habrá acabado con lo absoluto sin haberse puesto fin a sí mismo. Todos los ideales se habrán agotado

y justo entonces el hombre se quedará solo consigo mismo, cara a cara.

Alguien tendrá que salir un día bajo el sol que grite a su resplandor y a las tinieblas de los hombres: «¡El mundo tiene que volver a empezar, el mundo tiene que volver a empezar!».

Será necesario encontrar un emisario de un mundo nuevo que se haga cargo de todos los riesgos de la gran nueva, que se agote gritando en todas direcciones de la naturaleza el mensaje de renovación cósmica y humana. ¡Esperemos el mensaje salvador en la fiebre y en el frenesí! ¡Y me parece estar viendo los mundos rodando en medio del entusiasmo inicial y a nosotros volviendo a empezar sin pecado, transfigurados, en un mundo también transfigurado!

Tenemos que dejar atrás muchos rostros; hemos tenido muchos, surgidos de nuestro cambio y del cambio del tiempo. Son como sellos que nos ha impreso la futilidad. ¿Cuántas caras ha tenido el hombre? Tantas como sombras han eclipsado su añoranza por lo divino. El hombre siempre ha estado celoso de Dios. La transfiguración es la aniquilación suprema del hombre; entonces se alcanzó a sí mismo, se aniquiló en la deidad. La transfiguración es una abjuración de sí mismo; su liberación de todo lo que ha sido y de sus señas del pasado que conforman sus sucesivas caras. ¡Entrar en el éxtasis interior y contemplar su primera y última cara!

EL SABOR DE LAS ILUSIONES. Las esencias son una superstición del espíritu filosófico. No puede uno privarse de

ellas sin comprometerse, por más que, en el fondo, cuántos no querrían librarse de su tiranía. Nadie sabe qué es lo esencial, pero eso no es obstáculo para que un presentimiento se transforme en tiranía. Pero suponiendo que supiésemos qué sea lo esencial, no sabremos, sin embargo, qué es lo más esencial. Sólo por esto último puede hacerse un sacrificio, un gesto definitivo, absurdo. Como puede verse, existe una jerarquía también entre las esencias; en el terreno de las ilusiones es natural y presenta la ventaja de ser quimérica.

El mundo de las esencias no me inspiraría tanto terror si éstas permanecieran en el corazón de la vida o si, por las esencias, fuera yo el que permaneciera. El progreso en lo esencial implica un retroceso a la vida. Retrocedemos sin profundizar en ella, y al salir la abandonamos. Por más que se diga, la plenitud de vida no existe más que en las ilusiones porque, en el fondo, todo es ilusión. El hombre ama las ilusiones aunque, valiéndose del pensamiento, se ha esforzado vanamente por librarse de sus cadenas. Sabe que si un día tuviera que elegir de una vez por todas entre ilusiones y esencias, se quedaría con las primeras por más que les pese a las segundas. El fugaz contenido de las ilusiones nutre más a la vida que la ilusión sustancial de las esencias.

Hace mucho tiempo, muchísimo, que se cree que las ilusiones son reflejos pasajeros de las esencias. Este condicionante es difícil de creer e imposible de saber. Las esencias no nos han ayudado a entender más ni a vivir mejor (quiero decir, de forma más *esencial*).

Entre la infinidad de ilusiones, un cierto número de ellas se ha cristalizado independizándose de las otras y determinando un centro sustancial. Una vez consolidada y purificada del latido inherente a la ilusión individual, da un

salto sustancial fuera del mundo de las otras y se sitúa fuera del nuestro. El proceso de formación cuantitativa de las esencias es el más sencillo y más corriente ya que son el resultado de una agrupación exterior de elementos; al espíritu lo único que le cabe es la actividad de sustancialización. No hay que ser filósofo para «realizar» semejantes esencias y para tener acceso a ellas.

Hay una vía por la que nos acercamos más vivamente a las esencias, que es la religiosa y la de las obsesiones. Ver hasta el fondo de las ilusiones en una profundidad cualitativa significa apurar el contenido dado del mundo y suprimir nuestra calidad en el mundo. No hay necesidad, pues, de totalizar las ilusiones, de hacer comparaciones externas, de órdenes cuantitativos. No se trata tampoco de consumir nada, porque la profundización se consume sobre una sola dimensión de una única ilusión. Basta haber penetrado en la profundidad de una ilusión para que deje de interesar y para que ninguna otra profundidad accesible satisfaga. Basta haber agotado el contenido de una, para que las otras sigan por sí solas. Y entonces, para no subestimarse repitiendo el mismo proceso, el salto a la esencia se vuelve inevitable. Después de recorrer la vía de la ilusión, la hipostasiamos o, de forma atenuada, la desplazamos. Quien haya visto hasta el fondo de las ilusiones llegará, fatalmente, a las esencias. Por más precauciones que se tomen, de las esencias no es posible escapar. Violar las ilusiones significa ser condenado a las esencias.

Las ilusiones no son los reflejos de las esencias. Seríamos ingratos con las apariencias que, con su degradación, nos alimentan diariamente. Que las esencias cabalguen sobre nosotros, sólo podemos lamentarlo; y tendremos que protestar en nombre de todas las ilusiones, de las que queremos, sin hacer odiosas las esencias. La tentación de lo

esencial hay que utilizarla sólo como una válvula de la aversión por el mundo. En la aversión de la vida, puede consolarnos el mundo de las esencias, porque éstas no sólo se extraen de la vida, sino que nos expulsan de ella. Desde el punto de vista de las apariencias, su objeción fundamental contra las esencias es la siguiente: que no pertenecen a la vida. Entre esencia y vida, la oposición durará mientras exista el hombre. Este caerá un día bajo la presión de las esencias superpuestas a la vida. La aversión a la vida nos provoca el gusto de las esencias, y la aversión por las esencias el sabor de las ilusiones.

Las ilusiones son originarias; las esencias, derivadas. El mundo, al presentar un proceso continuo, prescinde de las esencias porque nunca pueden participar en el propio proceso ni pueden registrarse en el universo. Es el hombre quien las registra por su cuenta y riesgo...

¡Ojalá las ilusiones se deslizaran por las esencias y éstas por aquéllas, que se prolongaran y, en una transición insensible, unieran unos mundos sobre los que nos resulta tan difícil optar! Pero lo esencial no pertenece a nuestro mundo. Por aquello que tenemos de esenciales, nosotros le pertenecemos.

Cualquier acontecimiento de la vida, meditado hasta su esencia, nos saca de la vida. Un amor, un sufrimiento o incluso un triunfo, vividos y pensados hasta sus límites, vencen la resistencia individual de la ilusión. Cuando, en lugar de un amor, se llega a ver el amor; en lugar de un triunfo, el triunfo, la sustancialización de las experiencias individuales secuestra a la vida su eventual encanto directo. La desgracia de la esencia es sustraernos a lo único, secuestrarnos a lo inmediato.

Tras la oposición entre conciencia y vida, esencia-ilusión es el segundo capítulo trágico de la antropología. (Lo

que significa que no existe más que una antropología trágica.) Desde que el mundo existe, las esencias son sólo potenciales; el hombre ha despertado a las ilusiones de su irresponsable ensoñación a la indeseable luz de las esencias.

El conflicto entre ilusión y esencia pierde su carácter trágico en la santidad. Como todo está santificado, no existe ni interior ni exterior. Una transparencia general del espíritu que no es incompatible con un misterio difuso se combina con una comunión del alma abierta a todo. Un santo ve siempre hasta el fondo de las ilusiones sin declararlas engañosas. Las esencias no prolongan las ilusiones, sino que en cada esencia hay tanta ilusión como ilusión en cada esencia. El dualismo se hace tan débil y fluido que toda transición es inaprehensible. Los santos ocupan el punto en el que se encuentran los mundos, y todos nosotros el punto donde se separan. Los santos carecen de comprensión para la tragedia, pues están infinitamente lejos de ella, aunque su corazón sea más grande que el mundo.

El santo no es indiferente ante las ilusiones y las esencias, porque para él todo es *actual*. La sustancia es tan activa en las apariencias como en sí misma. Por ello la santidad elimina *a priori* cualquier conflicto. Y por eso, nadie quisiera ser santo.

El hombre ama el desorden de su existencia. Y aunque él dio origen al catastrófico conflicto entre esencias e ilusiones, soportará el desenlace no sin un cierto goce. Si el hombre amara la tranquilidad, el equilibrio y la seguridad, habría hallado una solución para desembarazarse de una de las dos. Seguro que habría preferido las ilusiones porque son más embriagadoras y más pasajeras. La eternización del conflicto forma parte de la naturaleza del hombre y de su amor secreto por la fatalidad.

La humanidad rehúsa la santidad. ¿Y cómo no va a hacerlo si ésta sale victoriosa de todos los conflictos que todos nosotros nos hemos empeñado en generar y agrandar? La Historia, de la que tanto nos ufanamos, no tendría contenido alguno ni, tal vez, sentido, si no hubiésemos intentado con todas nuestras fuerzas exasperar los conflictos, prolongar los dramas, evitar las soluciones. Ciertamente es que hay pocas soluciones en el universo; pero más cierto es que también rechazamos las que tenemos. La Historia no quiere que se solucione ni resuelva ninguna de sus anomalías. Esa forma que tiene el hombre de ir dando palos de ciego me agrada y me impresiona más que la santidad.

Si las esencias que los hombres tanto estiman, sin amarlas, no han podido salvar nada, sólo nos queda entonces el brío de las ilusiones. Quedémonos aquí, en la tierra, comprometámonos y evaporémonos como una ilusión en medio de otras. Las esencias nos destruyen más allá del mundo: es una destrucción más interesante pero no más dolorosa. Destruirse con todos los afligidos de este mundo implica una renunciación mayor, más triste, más inmisericorde. Saber que se está luchando sólo por ilusiones, y que por las esencias no tiene sentido sacrificarse, supone tanta lucidez, tantos descalabros y tantas victorias que ni el supremo orgullo ni la suprema humillación pueden detenernos ya. Nunca pudimos amar a Buda. Lo odiamos siempre que le hemos dado la razón.

El sufrimiento vence al hastío pero no puede vencer el suyo propio. Cuando sufrimos, no nos basta nada de fuera, porque nada de lo que pertenece al mundo puede constituir una ilusión o una decepción. El sufrimiento lo convierte todo en una suma de significaciones indiferentes y sustituye el mundo objetivo con su propio mundo. Todo el proceso del dolor no es sino una continua sustitu-

ción; el sufrimiento reemplaza, uno tras otro, los objetos y las significaciones situados en el centro o en la periferia de nuestro interés, de modo que termina por desarrollarse en toda su extensión y con toda su intensidad por todos los planos de la vida.

El hastío de sufrir forma parte del hastío de las cosas infinitas. Es mayormente un olvido; pues del hastío ordinario lo que nos molesta es la limitación del objeto, su rápido desgaste, la inconsistencia del interés, mientras que aquí lo inagotable nos llena de inquietud. *Hartarse de lo inagotable*, ése es el sentido del hastío del sufrimiento. Y como para hastiarse del dolor no hay que conocer otra cosa excepto el dolor, el hastío es un producto propio del sufrimiento. Como no encuentra sus límites, no se reencuentra en ninguna parte. La inclinación por las cosas infinitas lleva consigo la aversión por ellas. Los hombres que durante años y años llevan la muerte dentro y detrás de sí conocen el hastío intermitente de la muerte, conocen los vacíos que por miedo a ella se producen porque, ahitos y hartos de lo infinito de la muerte, no pueden dejar de buscar consuelo en lo efímero y engañoso. ¿Cuántos místicos no han conocido lo que significa estar saturado de Dios y cuántos no han hablado de una aridez interior consecutiva a su sed celestial? El vacío entero, que conforma un capítulo extraño en la mística, no resulta de la ausencia de la divinidad (pese a las afirmaciones de los místicos) sino del agotamiento del alma en la divinidad. Una vez satisfecho el apetito divino, ¿qué otro apetito podría nacer en el alma y en el cuerpo?

Creo en el sufrimiento. Pero no sé cuántas veces derribaría el templo que le he erigido y que reposa sobre maldiciones. El culto al sufrimiento es equívoco. Sólo los santos (o, mejor dicho, los que han aceptado la santidad) sa-

ben lo que significa vivir en el dolor sin perderse en él. Como ellos consideran la santidad una recompensa, no puede decirse que sufran. Al hacer de su sufrimiento una vocación, han evitado la tragedia desde el principio, de manera que a los santos solamente puede llamárseles grandes y mediocres.

El progreso del sufrimiento es el único que tienen los santos. Estos nunca entendieron que los hombres caen más rápidamente por el dolor que por cualquier otro fenómeno. Pensar que puede accederse a lo absoluto a través de la fe no es infundado; quién sabe si a través de la fe no podría llegarse mucho más lejos. La verdad está de parte de Lutero: *sola fide* (sólo por la fe). Pero *solo dolore* (sólo por el dolor) ¿estará de parte de los santos? Sólo los santos alcanzan, gracias al dolor, el reino de los cielos, porque ellos no conocen sino lo que en el dolor hay de *positivo*. *Solo dolore* es para el resto de nosotros la vía de los desgarros. *Solo dolore* no es sólo el atributo de los santos. La parte negativa del dolor no nos la han cedido los santos, sino que la hemos conquistado; y en cuanto a la positiva, ¡ojalá la conociéramos solamente luchando contra los santos!

*Solo dolore* es el camino a la salvación y a la perdición. Si algunos se salvan y otros se destruyen, hay otros que se quedan en la encrucijada entre salvación y perdición. Para estos últimos, *solo dolore* es un sentido último; nunca escaparán a una alternativa trágica, condenados a desgarrarse entre el polo negativo y el positivo del dolor.

Yo creo en los desgarros.

Aunque todo estado límite conoce el desgarramiento como un comienzo o como una etapa, existe un estado de desgarramiento puro, independiente de cualquier tipo de realización espiritual, un desgarramiento sin objeto y sin meta, sin determinantes

y sin callejones sin salida. De un punto indeterminable del cuerpo y de un punto ideal del alma, nace un estremecimiento de disolución y de goce, tejido de presentimientos dulces y amargos, de presentimientos que nunca se verificarán; un imperio de delicadas, difusas y tristes zozobras se extiende por las regiones del alma y ésta asiste a la avalancha de emociones inconfesadas, perdida en sí misma, víctima de sus secretos. La falta de un centro espiritual vuelve al desgarramiento independiente de toda forma posible, y lo deja disponible para todos los saltos del espíritu. ¿No tenemos la impresión, cuando se produce el desgarramiento, de que está gestándose en nosotros una revolución, una explosión como jamás habíamos conocido, que por vez primera está empezando algo, que nuestra palabra se vuelve hecho y el gesto demiúrgico, sin que podamos tener conciencia del contenido de esos actos ni de su realización? No sabemos nada del desgarramiento; pero sentimos que sin él no seremos nada. Una extraña certeza, que se mezcla en el temblor y estremecimiento del ser, que confiere al desgarramiento un goce indefinible, de una presencia seductora y dolorosa, de una ambigüedad rara.

¿Cuántas veces, atrapados en la inseguridad de una banal felicidad o en la vaga duda de nuestra indiferencia física, sentimos súbitamente desgarrarse nuestro corazón y nos vemos poseídos de una tristeza rara? La invasión de la tristeza y lo sutil del desgarramiento ¿no significarán apariciones repentinas? ¿No habrán estado preparándose continua y subrepticamente sin que lo supiésemos? El estallido del desgarramiento y de la tristeza es prueba de la oculta presencia de un principio impuro que se activa a la sombra de los seres, desgarrados de tristeza y tristes en la desgarradura. La intervención de este principio corresponde a una erosión continua y a una invasión intermitente. El que ha caído

presa del desgarró está desgarrado a cada instante. Cuanto menos consciente es de ello, más fuertes son esos estallidos.

No es un hombre completo el que no conoce el desgarró. Para ser un hombre de una pieza hay que haberse deshecho en pedazos. En eso consiste la obra del desgarró: que deshace y, deshaciendo, se pone a prueba. Tras haber perdido el último elemento y haber aniquilado el alma, rehagamos la resistencia desde la nada que sigue al desgarró y triunfemos sobre nuestras ruinas.

Todo lo que el amor tiene de profundo se manifiesta en un desgarró próximo a la destrucción. La voluptuosidad le otorga, sin embargo, un carácter positivo; porque para el estremecimiento erótico cualquier flaqueza tiene el valor de un renacimiento.

Sólo puede amarse la imperfección. Todo lo que participa de la perfección o nos la inspira, paraliza nuestro afecto. Los hombres aspiran, sin lugar a dudas, a una fuerza infinita pero no a la perfección. Sólo en la imperfección existen el odio, el sufrimiento y el amor y sólo gracias a la imperfección existe el individuo. Los hombres han comprendido tan bien las insuficiencias de la perfección que han hablado de un Dios que sufre y lo salvaron construyendo toda una teología de la imperfección divina.

Entre ser perfecto y estar apestado, preferiría siempre lo segundo. Consolémonos de que la Historia no haga nada para alcanzar la perfección. El rechazo en la práctica y en el pensamiento de la perfección me liga más a la tierra que mi propia materia.

El hombre deberá realizar algo grande y único que no lo proteja de la imperfección y de sus desgarros.

Si la verdad, el bien y la belleza se opusieran a los desgarros, yo lucharía a tumba abierta por los derechos y el triunfo de los desgarros.

La imposibilidad de no concebir la liberación del tiempo como liberación de la vida... La eternidad no ofrece garantía alguna de no ser la nada, porque la anarquía del tiempo ejerce una atracción única. Si el tiempo y la vida se quedan desdibujados ante los valores absolutos, éstos no lo están menos ante el tiempo y la vida. No podemos salvarnos de las ilusiones sin desilusionarnos. Pero nos podemos salvar de los valores eternos sin que ese universo engañoso nos provoque sufrimiento. ¿Qué otra cosa le queda al hombre? Aceptar las quimeras por los siglos de los siglos. ¿Significa eso resignación? Al contrario, una audacia suprema. No es resignación porque las quimeras son algo irreparable que podríamos evitar retirando el confuso asentimiento que hemos dado a la vida. Y, luego, resignarse a lo que no se ama.

Pero no creo que yo haya dejado de querer a las quimeras.

Las religiones se vanaglorian de prescribir que hay que vencer el orgullo, sin haberse preguntado si el hombre, sin el orgullo, tendría sentido alguno en la vida. Sin el orgullo no existe acción porque no existe individualidad. Estar contra el orgullo es declararse enemigo mortal de la vida. Las religiones tendrían que decírnoslo claro y para siempre: «No estamos por la muerte». Las religiones han des-

truido todas las ilusiones. Su profundidad es un barranco. ¡Mirar eternamente estando fuera del tiempo! Pero lo efímero tiene algo de consolador, mientras que la eternidad no podemos amarla sin temor.

En la eternidad no se pierde nada. Pero me siento ligado a esta tierra porque está *perdida*... Y si se me ofrecieran cielos y más cielos y ante mis ojos se extendiera el encanto de tantos sueños hechos realidad, antes preferiría perderme en el vacío de ilusiones terrenas que en la nada de la eternidad. ¿Lo entiende alguien? La evasión de la eternidad...

Quien haya cavilado profundamente sobre la eternidad, la muerte, la vida, el tiempo y el sufrimiento, es imposible que tenga un sentimiento definido, una visión precisa y una convicción determinada sobre todas esas cosas. Únicamente tienen un sentimiento definido de la muerte los que han meditado sobre ella o la han sentido a medias; no puedes tener una visión precisa del sufrimiento y es imposible retener una convicción determinada sobre la vida. Cuando te has fundido en ellos y has sido a la vez o consecutivamente eternidad, muerte, vida, tiempo y sufrimiento, es imposible amarlos sin odiarlos. Un furor admirativo, una aversión extática y un hastío seductor te aproximan y te alejan de ellos. La ambivalencia y la ambigüedad pertenecen a las realidades últimas. *Estar con la verdad contra ella* no es una fórmula paradójica, porque todo el mundo entiende sus riesgos y revelaciones, es imposible no amar y no odiar la verdad. El que crea en la verdad es un ingenuo; el que no, un estúpido. La única vía recta que hay pasa por el filo de una navaja.

Los últimos datos sólo pueden provocar en nosotros estupor, un estupor divino y diabólico. Y de él nace una sonrisa cósmica que reemplaza a la directa; los ojos se acercan a órdenes invisibles o los párpados se cierran para esconderlos, los sentidos se abren a misterios que los pensamientos recubren de evidencias.

En nombre de la belleza podríamos prescindir de la profundidad. ¿Es necesario destruir las apariencias mirando más allá de ellas? Muy a menudo las apariencias son un sostén en el que rarísimamente nos apoyamos cuando estamos lejos de ellas. Cuanto más atrás dejamos las apariencias, más perdemos la oportunidad de tener un sostén. Todo el movimiento parece un baile de apariencias y toda la música, su reclamo. Sólo puede salvarse una profundidad: la que ve en lo profundo de las apariencias, en el fondo de las ilusiones. Solamente una profundidad tal puede transmitirnos el sabor de las apariencias y las ilusiones.

No puede amarse la vida sin el sabor de las ilusiones. ¿Cuándo me abrazarán todas las cosas que pasan?

Toda la vida que has puesto en los pensamientos es otra tanta muerte que hay dentro de ti.

¡Siéntete vivo bajo la alucinación de tus menores fragmentos en el torbellino interior de las lágrimas, sé delicado como una ilusión asaltada por una fuerza oscura, que el sueño más inocente te estrangule un presentimiento, que lo revuelque, que te golpee lo inmaterial! ¡Esas alucinantes vibraciones que arrojan tristezas al aire, que saltan por encima de las derrotas, de los pesares, de la materia y de la forma, y tienden puentes sobre unos mundos que deseáramos perder para perdernos en otros!

¿Qué mundo no resulta demasiado angosto para el ex-

ceso de corazón? Sólo en los desgarros puedo ser enteramente yo.

Para no hacer el ridículo en la Historia, es menester ser poético y cínico. Si no es posible pasar por encima de los prejuicios que uno ama, para amarlos después aún más, la Historia pasará por encima de nosotros. Amotinarsé contra el tiempo es la única salvación tras el fracaso en la eternidad. El hombre no puede aspirar a otra cosa que no sea o Dios o político.

Quizás el hombre no soportaría con denodado valor el dolor, si no fuera por las soledades que a éste acompañan. Son terribles y amenazadoras. El hombre soporta más fácilmente la muerte que la soledad. Sólo hay una cobardía: ante la soledad. Y esa cobardía es tanto más grave porque el hombre está solo en su esencia. El miedo a la soledad es una traición a sí mismo.

La libertad es un yugo demasiado pesado para la cabeza del hombre. Cuando un terror atroz se apodera de él, está más seguro que en los senderos de la libertad. Aunque concebida como el valor positivo por excelencia, la libertad nunca cesó de descubrir su reverso negativo. La vía segura para el desmoronamiento es la libertad. El hombre es demasiado débil y menudo para lo infinito de la libertad, de manera que este infinito se convierte en un infinito negativo. Frente a la ausencia de límites, el hombre pierde el suyo propio. *La libertad es un principio ético de esencia demoniaca.* La paradoja es irresoluble.

La libertad es demasiado grande y nosotros demasiado pequeños. ¿Cuántos hombres la han merecido? El hombre ama la libertad pero la teme.

Sólo conozco dos desgarros: el judío y el ruso (Job y Dostoievski). Los restantes pueblos han podido sufrir interminablemente; pero no han tenido la pasión del sufrimiento. Únicamente tienen una misión los pueblos que se han pisoteado a sí mismos, que han reeditado a Adán. Un pueblo que no soporte en su existencia histórica toda la tragedia de la Historia, no puede elevarse al mesianismo y al universalismo. Un pueblo que no crea que tiene el monopolio de la verdad, no deja huellas en la Historia.

En los pensamientos más banales y en los actos más insignificantes te sorprende, en ocasiones, la súbita suspensión del tiempo. Un raro escalofrío te lleva a un lugar lejano y en vez de que el curso del tiempo te deje atrás, coges tú la delantera. No sabes si es cosa de la eternidad, que te ha secuestrado, o de un vicio en la conciencia de la temporalidad. La repentina suspensión del tiempo es una prueba de cuán extraño eres en el seno de la vida y de lo preparado que estarías, si quisieras, para evadirte. ¡El mundo habría podido perfectamente ser otra cosa distinta a la vida y, sobre todo, a la muerte! Por ejemplo, la inmortalidad.

¿No temes, Dios mío, que nuestro miedo trastorne las leyes de la naturaleza, la propia naturaleza y a ti mismo? ¿O es que no conoces el miedo de la criatura? ¿Quién nos

curará del miedo, Señor, después de que tu hijo nos lo acrecentara?

¿Cómo vas a tener valor para sacar las últimas consecuencias cuando ellas te llevan siempre fuera del mundo?

Para abrazar la tierra no hay que sacar ninguna consecuencia: que el amor sea amor; el pensamiento, pensamiento; la acción, acción. En cuanto se mezclen, habrás emprendido la vía de las consecuencias, la vía de la perdición.

Renunciación es otra palabra para las últimas consecuencias. Pero lo que yo quiero es destruirme en el mundo...

Que los hombres estén solos lo entiendo; mas ¿y las verdades? Y, sin embargo, las verdades están solas, más solas de lo que creemos. Todas las verdades particulares, que parecen constituir los pilares de una verdad universal, representan, en el fondo, individuaciones lógicas, aisladas por su limitación. ¿Cuál es esa verdad universal que las corona y justifica? ¿La conoce alguien? Al parecer, unos la han conocido e incluso nos la han dicho. Pero no sé por qué la hemos olvidado. No tenemos memoria de la divinidad. ¿Acaso Dios está tan lejos?

Las verdades no estarían tan solas si Dios se apoyara sobre ellas. ¿A quién sostienen, entonces? ¿A la *idea* de verdad, al Bien, a la Belleza? Estas cosas no dan vida y se sabe que las verdades no están *vivas*...

Ahora comprendo por qué el hombre no puede ser consolado. ¿Qué apoyo le dan las verdades? Le han succionado al hombre toda su vida. Y no han conseguido ser más plenas que él. *Solo entre verdades solas*, he aquí una verdad sobre el hombre que puede servirle de definición.

Cuanto más huyas del problema del hombre, más insistente e irresoluble aparecerá. Cuanto más te apasionas por problemas no humanos, más aún te obsesionarás con lo humano. ¿No sería posible meditar sobre la eternidad sin *nosotros*? Sólo así es como deberíamos hacerla objeto de nuestra meditación. Pero uno piensa, con infinito pesar, que todos los que han meditado sobre la eternidad se han preocupado del hombre más que todos los historiadores a la vez.

Liberarse de lo humano no es posible porque sólo se piensa vivamente en el hombre. Una reflexión continua y lacerante, que te saque del orden de los humanos, no te obliga menos a tomar postura continuamente en relación con el fenómeno humano. Del hombre no se puede escapar. Allá donde vayas, te saldrá al paso. El mismo intentó traspasar la raya de la divinidad. Dios lo hizo a su imagen y semejanza; el hombre se vengó y cubrió el rostro de Dios con su propia máscara. Ni nadie ni nada se le escapa a ese escapado de la naturaleza. ¿De qué fuentes se ha alejado para volverse más sediento a medida que más va conquistando? En lugar de dominar la naturaleza, la ha arruinado. ¿Cuáles son las riquezas que ha perdido? El éxtasis de la vida sustituido por la *conciencia* de la vida. ¿Qué es lo que le ha perturbado el éxtasis? ¿Por qué ha querido *saber* que vive? La vida vivida de forma anónima y universal, por anticipación individual, ¿no produce temblores absolutos? Insuficiencias originarias de la vida han dado origen a la conciencia, vacíos iniciales han preparado su aparición. Todos los vacíos de la vida se han vertido sobre el hombre y, con ellos, todas las disponibilidades de la conciencia. A nosotros nos debe la vida el haberse man-

tenido: con nuestra tragedia, hemos salvado la naturaleza del vacío.

Resulta difícil decir lo grande que tendría que ser el conocimiento para escapar de la tristeza, tanto como fácil establecer lo pequeño que debe de ser para no verse afectado por ella. Existe, es cierto, una tristeza que no tiene relación con el conocimiento: una tristeza mineral, ni tan siquiera biológica. En los locos y en los pueblos primitivos, la materia se desgarrar en sí misma; una tristeza ciega, que arranca de la oscuridad de la materia, de su indiferenciación y de su peso. La materia los abrumba y su tristeza es el tormento de la materia.

La tristeza consecutiva al conocimiento evalúa el peso de la materia en lo infinito y aísla la conciencia de la gravitación. Es una tristeza que ve con qué facilidad hubiese podido el mundo no pertenecernos. Si el conocimiento se extendiera por toda la esfera del mundo, no habría motivo alguno para estar triste y el conocimiento nos sacaría del mundo para que nos entristeciésemos en otra parte. En un momento dado tendrían que interrumpirse el conocimiento y la tristeza. Cuando terminásemos de conocer, caeríamos en éxtasis. ¿Ante quién? Yo no puedo contestar. Si lo hiciese, ¿qué sentido tendría seguir estando *aquí*?

¿Retumban en ti épocas geológicas? ¿Para qué, si no, hablas del tiempo? ¿Has sido el mar adonde han vertido sus aguas los ríos del tiempo? ¿Para qué, si no, esa alternería con la Historia? ¿Has juntado todas las lágrimas que no se han secado y las has vuelto a llorar para devolvérselas a la tierra y consolar los ojos y el corazón? ¿O es que no sabes lo que son el dolor, el consuelo y el olvido? ¿Cuántas veces has librado a los hombres de la vergüenza

de una muerte decente? ¿A cuántos les has hecho morir la muerte para que tengan derecho a la inmortalidad?

¿Conoces el deseo de pedir perdón incluso al último de los gusanos? ¿O no conoces la rebelión angélica contra el pecado?

¿No has sido nunca una melodía que viene de alguna parte hacia la tierra? ¿Y no sabes lo que es la caída, el pesar, la pérdida? ¿Has sufrido alguna vez el derroche de las ilusiones, encorvado bajo el peso de la maldición de las esencias? ¿O es que no sabes lo que es la tentación de las ilusiones y el miedo a la petrificación?

«No es más que lo que pasa»: ¿no te ha atrapado como una verdad y esa verdad te ha empujado contra el pensamiento?

Todo lo que permanece y dura, permanece y dura sobre los escombros de la vida: ¿no te ha hecho sublevarte esa verdad contra las verdades? El miedo a la eternidad ¿no te ha hecho amar ardorosamente lo efímero? ¿Y no has intentado eternizar el instante para librarte del tiempo y de la eternidad?

¿Cuántas veces has lamentado haber huido de la tierra y cuántas veces la aflicción te ha hecho volver a su regazo maternal? ¿No has caído en la cuenta de que si la vida nos aleja de la tierra, nos convertimos en hijos suyos gracias a la muerte; que estamos ligados a la tierra por algo postero? ¿Conoces el irremediable miedo bajo el que se estremecen las leyes del cuerpo y del corazón y que dilatan el instante sobre el contenido del mundo? En vano, si no, buscarás el impulso de las volteretas; extraños te serán siempre los pilares y escombros del mundo, sin el miedo a cada instante...

Estoy cada vez más convencido de que, en la melancolía, lo *presentimos* todo y que en la desgarradura lo *sabemos* todo. No existen otros desgarros que los del corazón: y el corazón no conoce el espacio... Por eso, lo abarcamos todo durante los desgarros...

Podría intentarse toda una teoría de los desgarros. ¿Pero qué sentido tiene explicar cosas dolorosas? La explicación es fecunda y útil solamente cuando se trata de algo reversible y reparable. Explicamos cuando tenemos algo que rectificar. Pero, tras el desgarró, no podemos rectificar ya nada, porque ya no podemos estar de pie ante el mundo ni el mundo ante nosotros. Los desgarros ponen en peligro la geometría oculta del espíritu. ¡Eso a menos que le demuestren que no son más que una ficción! ¿Qué orden invisible resiste al desgarró? Al principio no hubo formas; las leyes no son eternas; sustancialmente el espíritu no es un orden; el mundo podría volver al caos en cualquier momento si quisiera; la creación no precede a la destrucción; *en* el mundo no quiere decir *en* la ley; el hombre busca con furia la libertad y huye de ella siempre que la tiene; nadie acepta el mundo, pero todos viven como si éste fuera el valor supremo; ¡ojalá pudieran sustituirse los mundos! La tierra no girará más con regularidad sino que se destrozará como el corazón; «el sol lo tiene todo perdido», nos dice el calor del alma. (Revelaciones de los desgarros.)

No resulta difícil de soportar el pánico que nos provoca una vibración activa y un temblor explosivo porque, al manifestarse de modo febril, agota así su intensidad. Degenera entonces en miedo o inseguridad. Pero el pánico que nace del estupor, en medio de una oscura calma, de una

parálisis subterránea, es insoportable. Nunca en la vida sentimos más fuertemente la necesidad de gritar: ¡isocorro! O de soltar un grito ininteligible. En esa calma, que da la apariencia de encontrarnos entre los más contentos y equilibrados de los hombres, una catástrofe os parecería una evidencia, una caída natural y la muerte aceptable. El pánico convierte en evidencia todo lo que es siniestro y todo lo divino se vuelve monstruoso, empezando por la sonrisa. Ningún hombre que sienta pánico, ese pánico sin motivo, entenderá el acto «sin motivo». Es necesario hacer algo contra el pánico. Y lo que tú haces no podrá entenderlo nadie porque sólo tiene sentido para tu pánico. ¿Por qué las verdades están tan solas? Cuanto más fuerte les grites: ¡isocorro!, más se esconderán. Puede que hasta se fuguen. ¿Es que las verdades son demasiado mediocres o es que no están hechas para este mundo?

Sólo la religión puede consolarnos todavía del pánico, sin anularlo. Ese pánico se refiere a un pánico del mundo. La religión, al sustraernos temporalmente del mundo, nos libera del «objeto» del pánico.

¡No sólo por el odio, sino también por el pánico soy hijo de esta tierra! Pero el pánico un día la pondrá patas arriba; un pánico muy grande le prenderá fuego o, mejor dicho, bastará el pánico de una única alma para que arda por los cuatro costados. Habrá que restituir la tierra al sol, pues las lágrimas hace mucho que se devolvieron al alma...

No existe motivo alguno para no estar triste. La tristeza está tan ligada a la naturaleza, que precede al hombre. No sé si al principio era la tristeza y si la tristeza provenía de Dios, pero lo que sí sé es que debió de aparecer en los primeros días de la creación, antes que las criaturas. El

hombre ya no podía evitar la tristeza, y, por eso, a lo largo de los tiempos, no encontró manera alguna de no estar triste.

¿Qué música es esa que no nace en la tristeza y no nos lleva a ella? Y en la tristeza musical no se produce el desengaño de este mundo cercano, sino el *alejamiento* del divino. La música es de esencia religiosa. No en vano es la única respuesta que ha podido dar el hombre a las voces celestiales.

La sonrisa honda y evanescente hasta el éxtasis; miradas hacia todo lo que no será; flotación consoladora y anónima, falta de sustancia y que no pertenece a un mundo contaminado por el tiempo ni por su ausencia; centinelas de ilusiones divinas y guardianes del silencio y el olvido; repletos de recuerdos del futuro y perdidos en la espera del pasado: refrescándose en el corazón del sol y calentándose a la sombra de Dios. Creo que voy comprendiendo a los ángeles...

Esa sensación de ruptura interior, de que los tejidos se resquebrajan, siempre que nos vemos obligados a elegir entre tiempo y eternidad... ¿Se disuelve el tiempo en nosotros o nos abruma la eternidad? A veces el dualismo tiempo-eternidad parece pura ficción. Todo cobra entonces el color de un tiempo en el que nos arrastramos y que nos quema. La plenitud temporal confiere a la vida un ritmo de fecunda exasperación que aumenta hasta caer rodando en la eternidad. La vida alcanza su punto culminante en la fiebre del tiempo. Las cimas de la vida se elevan por encima de la exasperación de la temporalidad. La vida es *in-*

eternidad, es decir, todo el tiempo, más la cantidad de eternidad resultante de la negación misma de la eternidad. El hombre únicamente puede vivir con fracciones de eternidad.

Y estoy viendo nacer una era en que se romperán todas las líneas, se romperán de tantas convulsiones; y las formas, de tantas ondulaciones, perderán su contorno. No sólo en el arte, sino también en la naturaleza hay épocas clásicas. Y éstas se transformarán en simples recuerdos, en renovación de la naturaleza que cambiará sus leyes por temor a la permanencia. Exasperado por la banalidad cósmica, el hombre saludará al caos como la inminencia de la transfiguración cósmica. ¿Cuándo se manifestarán los signos de renovación de la naturaleza? Cuando el hombre, embriagado de otro orden, de un orden divino o diabólico, pisotee las leyes de la naturaleza sin sufrir ni derrota ni caída.

Siempre que la furia y la pasión me arrojan más allá del mundo, descubro en lo más hondo de mí los ruegos y llamamientos de la tierra. Ningún camino lleva hacia la tierra pero todos parten de ella.

En la música de Beethoven no se alcanzan las cimas divinas porque el hombre es un dios; pero un dios que sufre y goza *humanamente*. Al faltarle la aspiración e intuición del paraíso la tragedia humana es su condición divina. Como lo humano cobra las proporciones de lo divino, lo trascendente juega un papel extremadamente reducido. Una

música demiúrgica anula a Dios porque él es su único obstáculo. Un creador como Beethoven no puede creer en Dios si no es por analogía. El éxtasis de la creación propia puede despertar admiración por Dios, pero en ningún caso humildad. El *Creador* sólo puede sentirse disminuido por los creadores. ¿Cuántos atributos no le ha arrebatado Beethoven?

*Este mundo es el mundo*, en la música beethoveniana. Lo trágico en lo inmanente es la nota que la separa de la sublimación trascendente de Bach, en la cual las cimas divinas son su altura natural. El desgarramiento humano y el frenesí cósmico son para Beethoven un camino por sí mismo, mientras que para Bach son atisbos de un sueño que frecuentemente puede palpase en el entusiasmo celestial del alma. La presencia del paraíso en Bach corresponde a una ausencia total en Beethoven. ¿Significa eso que este último fuera irreligioso? Beethoven es religioso por la tensión infinita que caracteriza a su labor de creador, exactamente igual que Nietzsche, cuyo titanismo es de esencia religiosa. Como en Beethoven no existe nada «psicológico» porque todo tiene su raíz en el cosmos (tristeza cósmica, alegría cósmica), sustituye muchos caracteres divinos sin sustituir a la divinidad. El éxtasis cósmico no lo ha llevado al panteísmo porque en lo cósmico reencontraba los elementos divinos de su trágico humano. No conozco un creador menos cristiano que Beethoven. La admiración por la divinidad es el mayor acto de rebeldía desde Prometeo hasta aquí. La *tristeza cosmogónica* de esa música, tristeza que alumbra un mundo sin destrozar un corazón.

La visión pura de los in-significados... Es decir, despojar de todo contenido esencial, ilusiones, intuiciones, parables

el pulso y privarlas de su consistencia. Los actos vitales se vuelven huecos para el que no conoce la resistencia de la sustancia. La visión sustancial solidifica y centra la fluidez de las quimeras y a los significados les da una base y una resistencia vitales. Todo tiene un sabor porque todo tiene una raíz. Pero ver hasta el fondo de los significados quiere decir negarlos en sí mismos. La desvitalización de los significados los reduce a una transparencia equivalente a la nada. La visión definitiva de una significación la transforma en in-significado. Entonces nace la repulsión por todo lo que aún pudiera significar algo. La lucidez última es la ecuación: sentido-sinsentido.

La repulsión del conocimiento de la repulsión, porque no está condicionada necesariamente al conocimiento previo, representa un proceso devastador de la vida. Al fin y al cabo, ya se sabe que los fundamentos sobre los que se asienta la vida son de barro y que sólo su espuma tiene consistencia.

Este es el camino de la tristeza: de los tejidos al cielo.

Los ojos que se cierran siempre que nos abrimos a las cosas perennes... Los párpados son puertas macizas que defienden el fortín de la luz. ¿Por qué son los párpados tan pesados cuando no nos tientan las quimeras? Cuanto mayor es la luz interior, más pesan los párpados. ¡Cuántas veces la ceguera interior ha rechazado al sol por profanador...! ¡Cómo pesan a veces los párpados y se encierran con llave y aldaba huyendo de la luz y defendiendo un tesoro nacido del fuego de las tinieblas...!

Pero los ojos no tendrían que cerrarse nunca. Tendrían

que deleitarse con la sonrisa de las apariencias. Sólo el espíritu nos ha enseñado que estar con los ojos abiertos es la máxima concesión que podemos hacer al mundo...

Hay luces interiores que despertarían la envidia del sol. ¿Por qué no renunciar a ellas por un único resplandor y por qué no inclinarnos ante la primacía del sol? ¿Qué hay de impuro en la luz? ¿Será por miedo a las dudas que enfriarían el calor del sol?

Pido socorro a los ángeles y me responden; si no todos, al menos los ángeles caídos. Los desastres celestiales aún pueden consolarme.

¿Una gama de miedos? ¿Una jerarquía de terrores? ¿Puede establecerse qué terror es el mayor y cuál el menor? Desde el momento en que el «objeto» del terror lo desencadena, como existe siempre en potencia, no puede establecerse jerarquía alguna desde el exterior. Lo único que podría hacerse sería constatar la desigualdad de potencial que, no obstante, no puede bastar para construir una jerarquía válida. Tener miedo de Dios, de la muerte, de la enfermedad, de uno mismo, no explica absolutamente nada el fenómeno del miedo. El miedo, como es primordial, puede estar presente sin estos «objetos». ¿Es la nada causa de terror? Al contrario, más cierto resulta que el terror sí que es causa de la nada. El terror quiere sus «objetos», origina sus «causas». Por eso, en sí mismo, el terror carece de motivo.

Temor, miedo, terror y espanto presentan una gradación en intensidad que en ningún caso viene determinada por la naturaleza del fenómeno. De la muerte puedo tener sucesivamente temor, miedo, terror y espanto. Los matices abismáticos de la sensibilidad sufren la influencia de la disposición del momento respectivo y de la movilidad espiritual. La jerarquización no sirve tampoco porque no se nos

manifiesta bajo una forma de miedo más que en otra. Si en momentos de espanto *sentimos* más, *entendemos* más en los de temor. Poseídos de espanto no se puede pensar, mientras que el temor permite un frenesí lúcido, un desasosiego del pensamiento.

La humildad expresa un paroxismo del sentimiento de ser de una criatura. En esta situación el hombre está tan decaído que se considera la última criatura y está tan elevado que sólo se dirige a la divinidad. La humildad es repulsiva y sublime...

La aversión por todo lo que sea «enaltecedor», por el «bien», por la «verdad» y por lo «hermoso»... ¡Y cuando piensa uno que en nombre de esos valores o ficciones se han provocado guerras, se han creado sistemas de pensamiento y que se han servido de ellos para justificar la Historia! Sin ellos la cultura es inconcebible y el espíritu una ilusión. ¡Qué de cosas no han hecho los hombres para salvarlos! Prototipos, categorías ideales, formas trascendentes, sola y exclusivamente para que sean lo más inaccesible, lo más puro y lo más inviolable posible. Cada uno de ellos tiene como atributos a los otros. ¿Es que «el bien» no es enaltecedor, hermoso y verdadero? Qué repulsivas son estas palabras: *todo lo que es enaltecedor*.

Examinad estas «categorías eternas» en un momento en que la soledad os haya envuelto por completo y pedid ayuda a una, no para que os libre de la soledad sino para que os apoye, y veréis qué ilusorio apoyo es el que ofrecen. El orgullo, por el contrario, os será de una incalculable utilidad, la tensión como tal, el ansia de gloria, de

venganza, el crujir no sólo de dientes sino también de corazón; todos los «bienes perecederos» os serán de infinita ayuda. El equilibrio mediocre ha inventado las «categorías eternas», la pasión desesperada ha descubierto la eternidad de las cosas pasajeras. La eternidad no se lleva bien con las categorías eternas sino con las llamas vacilantes del alma.

Bach, Shakespeare, Beethoven, Dostoievski y Nietzsche son el único argumento contra el monoteísmo.

Sólo habría una cosa de la que podría envanecerme: llegar a ser alguien de quien los poetas pudieran aprender algo.

Bach es otra palabra para lo sublime y la palabra apropiada para el consuelo. La música divina nos cierra sola los párpados. Los ojos tan sólo pueden ver la tierra.

Los estremecimientos de la carne nos ligan a la tierra. ¿Pero a quién nos ligan los gritos ahogados de la carne, la expansión dolorosa de los tejidos, las convulsiones inconfesables de los órganos? La temperatura de la carne nos embriaga en medio de una avalancha de vapores. ¿Puede ligarnos aún a la tierra la furia carnal? Sólo en el equilibrio de la carne encontramos nuestra forma en el mundo; su furia únicamente nos satisface mediante ese arrollarlo todo que sustituye a la tierra por la alucinación de otros muchos mundos posibles. La tragedia de la carne reside en los pesares convertidos en llamas, en la sensualidad inflamada por su propia tensión, en el temblor de las células listas para desparramarse en el caos. La insatisfacción de la carne

nos expulsa del mundo con más rapidez que el distanciamiento del espíritu. Hasta la propia carne clama por otro mundo. No es ninguna casualidad que las religiones se hayan ocupado (o se hayan asombrado) del problema de la carne. No lo han resuelto pero nos han convencido de que la tragedia de la carne es de índole religiosa. La lucha entre ascetismo y voluptuosidad no terminará nunca, aunque la humanidad, en general, se decidió por esta última. Pero eso no ha anulado lo vivo del conflicto individual. El ascetismo también tiene sus dosis de voluptuosidad que lo sostendrá siempre y le proporcionará defensores fanáticos. ¡La santidad no ha resistido por lo que en ella hay de renunciación, sino por los voluptuosos goces que nosotros ni siquiera podemos sospechar! Los santos han debido de conocer momentos que podrían despertar la envidia del mayor devoto de los sentidos. El goce voluptuoso, un goce transfigurado y puro, es un elemento positivo de la santidad que la une *directamente* a un mundo trascendente. Así como los goces sensuales atan al hombre al más acá, de igual forma los goces sagrados lo ligan al más allá. A través de la voluptuosidad transfigurada, los santos viven en la *inmediatez* del otro mundo. Viviendo en la inmediatez del más allá, pueden mantener la distancia que les separa de la inmediatez del más acá, donde viven los hombres. Los santos viven *indirectamente* entre nosotros y directamente más allá de nosotros. Eso no significa que el santo está viviendo en una jerarquía de mundos (para él todo es *igual*; ilusión-esencia; interior-exterior), sino en una de *goces*. Ningún santo ha despreciado nuestro mundo; todos intentaron santificarlo. Sólo que los hombres rechazaron el goce enrarecido del paraíso porque en él solamente descubrieron un vacío divino, al cual prefirieron los goces densos, aunque efímeros, de la carne. Los santos han vencido la tragedia de la carne.

Ese hecho es lo que nos los vuelve tan ajenos. Los desgarros de la carne son un doloroso consuelo al que no podemos renunciar. No podemos pagar tan caro las sorpresas celestiales.

Si el hombre tuviera alas, hace mucho que habría volado de la tierra y habría perdido el paraíso aun sin haber caído en el pecado. El hombre es una paradoja de la naturaleza, porque ninguna condición le parece natural.

Todo en mí reclama otro mundo. Si esta tierra no hubiese nacido de las concesiones de mi imperfección, perdido estaría en la repulsa religiosa. Todo lo religioso nace del rechazo a este mundo, y la tristeza religiosa es el fruto de este rechazo que no ha podido salvarse con la revelación del otro mundo. El rechazo divino de la tierra se origina por la desgarradora ausencia que podemos aliviar aceptando desesperadamente el mundo. Desde el momento en que tengo prohibida la gloria celestial, me da exactamente igual que aquí pueda llegar a ministro o a portero de un burdel.

A LA SOMBRA DE LAS SANTAS. Todos vivimos en verdades locales. Todo lo que pensamos es circunstancial. El pretexto define no sólo la calidad del pensamiento, sino también la del mundo; acaso en primer lugar la del mundo. Pues no olvidemos que vivimos en un *mundo de circunstancia*. ¿Cuántas veces no nos entra el deseo violento de escapar de lo *accidental* de este mundo? ¿Cuántas veces no se reduce a una ilusión nuestra pasión por lo fugaz? ¿Y a

quién apelar entonces? ¿A los hombres? ¡Dios nos libre! Sólo a los santos. Sobre esos instantes en los que la sociedad de los santos nos dispensa de los hombres, de cualquier clase de hombres, incluso de los poetas...

Se siente la necesidad de leer a los santos cuando este mundo ya no puede constituir siquiera un recuerdo, porque ese residuo de existencia que lo caracteriza como un pretexto, circunstancia o accidente se ha volatilizado en la nada. Los santos no saben lo que significa el más acá. Ellos carecen de la noción de espacio. Por eso *se* trasladan y *nos* trasladan tan fácilmente a otros mundos.

No vamos hacia los santos buscando consuelo, sino para suplir nuestra decepción terrenal y humana con sensaciones de *no-humanidad*. Quien, en la sociedad de los santos, siga sintiéndose *hombre*, tiene aún mucho que aprender para poder desacostumbrarse a ella. La santidad es una deshabitación del mundo. Hemos llegado tarde para entender las palabras de la revelación de santa Teresa: «Tú no tienes que hablar más con los hombres sino con los ángeles».

Santa Teresa de Avila (la mujer que rehabilita a todo un sexo condenado) me ha enseñado de las cosas terrenales, pero sobre todo de las celestiales, más que todos los grandes filósofos. Me molestaría que me llamaran discípulo de Schopenhauer o de Nietzsche; ¿pero acaso podría refrenar mi alegría si me llamasen *el discípulo de las santas*?

El libro más difícil de escribir, y también el más seductor, creo que sería el que tratara del proceso por el que una mujer se vuelve santa, o bien lo *es*. ¿Quién captará un día el sentido último de la santidad y el proceso que lleva a tantas mujeres a poner fin a su condición? A Hildegarda de Bingen, a Rosa de Lima, a Matilda de Magdeburgo, a Liduina de Schiedam, a Angela de Foligno, a Caterina

Emmerich y a tantas otras, ¿no volverá alguien a traerlas a la tierra? O, mejor dicho, ¿volverán a llevarnos ellas al cielo?

¿Por qué habrán nivelado tanto los hombres las diferencias entre santos y santas? Ciertamente es que la santidad carece de sexo, pero se olvida que a un varón le es más fácil emprender el camino de la santidad que a una mujer. Entre la mediocridad y la santidad está la sabiduría, que no es una vía anormal para el hombre sino únicamente para la mujer. Hasta ahora no ha habido ninguna mujer sabia. ¿Cómo llegan entonces las mujeres a la santidad? ¿Puede una vocación divina explicar ese salto? Mientras en el hombre el acceso a la santidad es escalonado, en la mujer sólo puede ser vertiginoso, saltando por encima de la sabiduría o, más corrientemente, dando un rodeo. Hay una gran renunciación en la santidad femenina, más que en la masculina. La única forma por la que las mujeres han superado lo mediocre de su condición ha sido la santidad. Sólo siendo santas es como han producido algo. En el amor no han aportado nada nuevo excepto su presencia.

Y si intentara aislar del pasado los momentos de mi vida más difíciles de definir, me detendría necesariamente en los que pasé leyendo a santa Teresa. Su delicado ardor de sed celestial; una tierna pasión por el desapego terrenal; el erotismo divino transfigurado en profetismo y caridad. Si no hubiese estudiado la obra de esta santa española jamás habría entendido el mundo que nos desvela el éxtasis y, sobre todo, las sensaciones que le suceden. ¿Quién ha dado un desgarrador encanto, un sabor dramático y una dolorosa atracción al gusto apasionado por la muerte, resultado de la plenitud extática, de ese celestial espasmo que agota lo vital, con mayor intensidad que santa Teresa? El exceso

interior lleva a la aspiración mística sobre la muerte. Sólo que santa Teresa era demasiado cristiana para no ver en la muerte la vía a una gran realización.

Cuando ya no pueden soportarse las ideas, se puede vivir con los santos y santas en un mundo más allá de los pensamientos. Aunque me daría más miedo ser santo que leproso, reconozco a los santos la ventaja respecto a las otras formas de realización, ventaja que consiste en la distancia infinita de las ideas. La santidad no conoce la dialéctica. *Ser* prevalece siempre sobre pensar; o, mejor dicho, el pensamiento no añade nada a la existencia. Lo que me hace no odiar a los santos es su actitud antifilosófica. ¿Hasta cuándo vamos a tener que afirmar que las ideas no son un sostén?

La santidad es una *genialidad del corazón*. Del corazón nace un mundo nuevo; el entusiasmo demiúrgico del corazón superpone los mundos. La inspiración creadora del corazón es la clave para la comprensión de los santos. El capítulo principal de una *cardiótica*, que se ocupara del sentido y de la lógica del corazón, tendría que tratar de los santos y de lo infinito de su corazón. A veces tengo la aguda impresión de que el corazón de santa Teresa sobrepasa las dimensiones del mundo y entonces quisiera verme acunado en un corazón de santa. En el lenguaje místico la amplitud del corazón carece de equivalencia en nuestro mundo. ¿Y cómo va a tenerla si *nuestro* mundo no es el de los santos?

¿Qué es lo que puede servirle a un hombre de supremo motivo de orgullo? Invalidar las leyes de la naturaleza. La masa las verifica y las ilustra; los otros también... Los héroes y los genios, raramente; los santos nunca. Ellos ya no pugnan con la naturaleza porque ya no son *naturaleza* en absoluto. Por eso es tan poco natural el ser santo... Con-

firma e ilustra las leyes de la naturaleza el que vive en el fluir anónimo del ser. Existe una zona en la cual incluso los santos pierden su nombre. Se trata de la divinidad. Los santos pierden su nombre sólo ante la divinidad porque sólo ante ella la *persona* es un error. Quién sabe si el anonimato en Dios no es la única presencia...

¿Se ha quedado alguien mirando insistentemente el retrato de un santo? ¿Ha visto detenidamente su mirada? Me gustan esos ojos despegados de los objetos, me agradan los ojos que no miran al suelo, las miradas dirigidas a lo alto. Cuando pienso en el retrato de san Francisco de Asís de Zurbarán, empiezo a entender por qué la luz interior ciega y vuelve al ojo insensible a la luz exterior. Efectivamente, ¿para qué mirar fuera cuando el espectáculo interior es un tumulto y una delicia divina? La fisonomía de los santos expresa la deserción del mundo. El distanciamiento extremo de lo individual, de lo inmediato pasajero, de la sugestión del momento presta a su rostro una palidez trascendente. La sangre ya no puede palpitar en la eternidad.

Nuestra completa decadencia se manifiesta en la timidez con que miramos el cielo. ¿Cuántos consideran que están acostumbrados a mirar a lo alto? Creo que todos hemos pecado contra las alturas. El hombre moderno, más todavía que el hombre de siempre, sólo mira en silencio abajo. Frente al cielo todos nuestros ideales son traiciones. La vaguedad que hay en las miradas de los santos no es una reacción adecuada al claroscuro del mundo exterior, tal y como nos ha acostumbrado un cierto romanticismo, sino el desinterés por el juego huidizo de luces y sombras en que vivimos nosotros.

Por más que la santidad signifique piedad frente a las cosas, no las salva de nada porque, desde la perspectiva de nuestro mundo, toda mirada a lo alto es una traición. El

cielo anula las cosas y por más que quiera la santidad santificarlo todo, lo único que consigue es volverlas más pálidas ante los resplandores trascendentes. La tierra no ha ganado nada con los santos, cuya gloria no ha conseguido salvarla más que con lo que no es ella. Sea lo que fuere, ante la santidad la tierra pierde su color. Los esfuerzos de los santos no conseguirán llevarnos más allá de la zona divisoria que hay entre el cielo y la tierra.

Huysmans, que en el siglo pasado entendió mejor que nadie a los santos y a las santas, dedicó su atención en un libro a la extraordinaria vida de santa Liduina de Schiedam. Los infinitos sufrimientos de esta santa, lo fantástico e irreparable de su existencia no tienen sentido sino para aquel que quiera atenuar lo amargo de su propia condición en comparación con lo infinito del sufrimiento de la santa. Una lectura objetiva e indiferente convierte lo monumental de este drama, más divino que humano, en una monstruosidad. Ciertamente: ¿qué sentido puede tener para un ser cualquiera que santa Liduina pasara en la cama casi cuarenta años? ¿Que en ese tiempo no comiera más de lo que una persona normal comería en cuatro días? ¿O que la carne se le cayera a pedazos y se convirtiera en un cementerio, pero un cementerio de la perfección en la bondad? Un accidente de patinaje acaecido cuando tenía dieciséis años hizo de su vida una vía dolorosa, quiero decir, una vía de santidad. Y de ser la muchacha más hermosa de Schiedam, se convirtió en la más fea. Reducida sólo a pellejo y huesos, ofrecía un espectáculo repugnante de perfección. Pasó su vida llorando sin cesar (pues Liduina no conoció el sueño), pero no lamentándose de su suerte, sino implorando a Dios que la hiciera digna de padecer todos los sufrimientos de los demás para soportar y llevar las miserias de los mortales sobre sí. En sus mejillas, el reguero

ininterrumpido de las lágrimas había excavado dos profundos surcos. Y uno se pregunta: de un cuerpo ilusorio, ¿cómo pudieron brotar tantas lágrimas? Y se siente tentado a responder que las lágrimas tienen un origen celestial y que son otros quienes, llorando, las derraman. Santa Rosa de Lima decía que las lágrimas son el mayor don del hombre. Creo que el paraíso también las conoció...

Pero en el lecho de muerte se consumó el prodigio. Liduina recobró su belleza anterior al accidente que la condenó a la perfección y a la santidad. Los rasgos de la cara se colorearon de una frescura virginal y de su cuerpo emanaron envolventes olores como en un encantamiento olfativo.

En la santidad todo es posible; pero todo es inexplicable. Ahí reside su equívoco encanto. Lo indefinible aumenta su atractivo pero profundiza la indecisión y enturbia la seguridad de nuestra actitud. Nadie puede saber nada en concreto de la santidad ni nadie puede estar seguro de sus sentimientos hacia ella. Nadie querría ser santo, pero el mundo sin la santidad sería un vacío inmenso, de manera que alguien tiene que expiar en la santidad nuestra nada de cada día.

La diferencia entre un santo y un genio consiste en que, en el primero, todo paso en la vida es un progreso en la santidad, de suerte que la madurez indica siempre un apogeo, mientras que en el genio el aumento de la edad lleva aparejado, la mayor parte de las veces, una disminución de genialidad. Un genio es una explosión y un dinamismo que no cabe cultivar en la perfección, porque las creaciones geniales no se condicionan, no se totalizan y, cualitativamente, no son progresivas.

La santidad que presupone esa genialidad del corazón de la cual hemos hablado está falta de la espontaneidad

única de la que nacen las obras geniales, en cambio tiene la vibración continua y ascensional que determina cada vida de santo como una coronación. Los santos, a diferencia de los héroes, no *caen*, porque para ellos, el último momento de la vida es la cumbre más alta, resultado de la adición sucesiva de todos los que les han precedido, y su distancia del mundo elimina el conflicto y suprime la tensión de un dualismo que genera el hundimiento trágico del héroe. Los santos, frente a los héroes y los genios, tienen una vía segura y directa, aunque pueden sufrir y sufren mucho más que éstos. Los santos son los únicos seres que sacan provecho del sufrimiento. No en balde ésta es su única recompensa, como decía Pascal.

¿Qué sangre se vierte en los desgarros del corazón? Sobre esa sangre que no puede absorber la tierra... La sangre, nacida para ensamblarnos con el tiempo y con la tierra y que nos saca de ellos... ¿Qué sangre es la que da a la carne ese temblor celestial y le confiere una abstracción que no ha deseado?

¿Qué es la santidad sino el impulso de la sangre hacia el cielo? Si los santos empiezan a separarse de la tierra por medio del espíritu, ¿no es la inversión del curso de la sangre lo que los impulsa a las alturas? Sobre el brillo del corazón de los santos nos deslizamos al cielo.

La santidad es la suprema invalidación de la biología. Por eso la sangre de los santos ya no pertenece a la vida...

¡Ah, cómo me gustaría besar todas las llagas de la vida, bañarme en las sangrías de esa enfermedad...!

El miedo carece de palabras; el horror no es inspiración; el desgarrar no conduce a la consolación; los ángeles no salvan la tierra; sólo el corazón pertenece al cielo...

Si en un abrir y cerrar de ojos lo entendieras todo y en ese acto de entendimiento vieras el devenir contemporáneo en su integridad y, abrazándolos, pudieras distinguir súbitamente todos los aspectos del mundo, ¿no te detendrías por los siglos de los siglos, incapaz de seguir en un mundo agotado? Ciertamente, hay momentos de una visión, amplificados hasta la locura, que suspenden el tiempo, el movimiento, la respiración. ¿Qué otra cosa puede agregárseles? El éxtasis que lo abarca todo nos arroja a las garras del temblor y de la nada. Un odio cósmico origina una nada universal. ¡Rómpete la crisma contra las rocas!

Pienso en Durero, representando a Jesús en un autorretrato, o en Rembrandt, levantando en el cuadro de la pasión la cruz del Redentor, después de haberlo clavado en ella. Más aún que los santos, ambos son contemporáneos de Cristo.

¿Por qué no es mi corazón un mar de sangre sin fondo, para derramarla sobre el mundo y ocultar sus manchas en un brillo rojo y universal? Entonces el mundo merecería el sacrificio de la sangre y un puñal clavado en el corazón resolvería el problema de la redención.

La música me vuelve contemporáneo del corazón. Los vacíos de la vida son pausas del corazón. Pero la música es un horror de lo vacío y lo lleno del corazón. Y surgen en mi alma acordes que me vuelven contemporáneo de los ángeles...

*Oigo* el tiempo. Me deslizo por el rumor de su transcurso, agoto retrospectivamente la percepción interior del tiempo, dondequiera que sea, en lo infinito del recuerdo, y el silencio me saca de los instantes. ¿Se lamenta el ser por ese vacío? La religión empieza en este silencio. Pero nosotros únicamente podemos percibir la Historia, vibración del tiempo.

Estoy buscando al hombre que, si hubiese estado en lugar de Adán, nos habría permitido estar hoy en el paraíso...

En cada época, los hombres han *mirado* de manera diferente. El mundo no ha cambiado ni los ojos. Pero lo visible ha ido cambiando sin cesar, según las dimensiones del corazón. Hoy vemos *objetos* y por eso la mirada tiene una dirección, una meta comprometida, una participación interesada en el mundo. La ausencia de infinito (hacia donde miraba el hombre del Renacimiento) y el triunfo de la inmanencia. La cultura moderna es un impresionismo cuyos matices no derivan de variaciones de intensidad sino de la multiplicidad de las apariencias.

¿No es a causa de lo inaccesible de la mirada por lo que nos resulta tan difícil de entender el arte medieval? Hay que hacer abstracción del recuerdo de los objetos para poder aproximarse a él. ¿La definición de la Madonna? *La ausencia de percepción*. Creo realmente que las madonnas no han *visto nada*, como todo ser que vive en la *visión*. Tal vez las figuras de Giotto, me refiero a sus santos, ni siquiera hayan grabado en su mente la imagen de la tierra. El asombro continuo que hay en los ojos de todos los se-

res medievales deriva de algo que nosotros sólo podemos imaginar. La extraña impresión de *divina idiotez* de la expresión, del gesto y, sobre todo, de su mirada... Han estado tanto tiempo con el rostro elevado a Dios que un desvanecimiento celestial les robó la luz de los ojos...

¿No le habrá dicho acaso Cristóbal Colón a Isabel: «Dadme, gran señora, las carabelas y os las devolveré con un mundo a remolque»? Entonces emprendió una expedición religiosa porque el sentimiento geográfico de un mundo es un sentimiento religioso. El imperialismo geográfico resulta de la incapacidad de respirar en el espacio porque el espacio es siempre muy pequeño. La búsqueda de la inmensidad es una superación del espacio *por el espacio*. Lo infinito supera la extensión, porque él mismo es extensión. Los santos no conocen el espacio y ello porque la santidad es un estado religioso *cumplido*, un anhelo religioso satisfecho. Colón estuvo tan ávido de espacio porque no había conseguido la realización desde el punto de vista religioso. El *sentía* lo que nosotros *sabemos*; no puede uno convertirse en familiar del cielo sin haber liquidado antes las extensiones. Para los españoles el descubrimiento de América fue una fuente de riquezas; para Colón, una puerta hacia el cielo.

A veces, la sensación más diminuta e indivisible nos acerca a lo absoluto, como si fuera una revelación. Un delicado roce de la piel basta para colmarnos de un estrechamiento místico; el recuerdo de una sensación, de una inquietud sobrenatural. Los colores cobran un brillo trascendente y los sonidos un acento apocalíptico. *Todo* es religioso. La menor brisa de aire parece desgajar esa misma participación en el sentido extático del mundo, como el es-

pectáculo de una noche de verano. Tomar el misterio con la punta de los dedos y el más leve contacto nos dejará estupefactos o petrificados... Cuando la última sensación me aproxime a Dios como una cantata de Bach... ¿Seguirá habiendo una tierra?

Es borroso el pensamiento que prescinde de la idea del paraíso y vacío el sentimiento que no sea dirigirle una plegaria. A veces creo que todos los pensamientos y pesadumbres deberían hacer una corona en torno al paraíso; que todas las fuerzas inconfesables del ser deberían empujarnos a sumirnos en su éxtasis. El paraíso es la materialización del éxtasis y el lugar de las equivalencias. Flores, llamas, aguas, no son sino brisas y toda la naturaleza no es más que una brisa. Equivalencias en lo impalpable y materialidad de un copo de nieve... Desearía que mis sueños me dieran sombra y que las rocas fueran tan livianas como la luz... La sustitución de los mundos al ritmo de la brisa... es decir, que se escurran entre los dedos como la arena y que a su paso te acaricien como el contacto del céfiro... Hay dedos que desde los inicios palpan los límites del mundo y miradas indiferentes al tiempo.

Aparte del delirio celestial y de la presencia cosmogónica, ¿existe algo más? Pues el delirio celestial es el fin del pensamiento; y la presencia cosmogónica, el fin del hombre.

El comienzo del mundo es un delirio cósmico. Por ello cualquier delirio es un llamamiento a los inicios. Sólo perdiendo la conciencia nos acordamos del paraíso y nos olvidamos del espacio. Pues el paraíso es el *espacio* del delirio celestial.

Me atraen las testas coronadas que han sufrido la ob-

sesión de la muerte. El miedo nacido en el confort, el horror acrecentado por el poder y las obsesiones alimentadas por la opulencia confieren a la meditación de la muerte una elegancia atormentada y una tortura suntuosa. La Pobreza y la Muerte parecen dos flores de un ramo marchito, de suerte que los pobres mueren conforme los ricos respiran. ¿Es que Felipe II en El Escorial y Carlos V en Yuste no se retiraron para meditar sobre el límite de su poder y de su dominación, que no es otro sino la muerte? Ellos quisieron doblegar a la muerte valiéndose de la meditación para, elevándose por encima de ella, no ver que el poder era una ilusión. Sin embargo, al final comprendieron que el descubrimiento de la muerte no puede volvernos *dueños* de nada. El que descubre la muerte se sitúa a la par del mendigo, que se diferencia de los otros hombres en que la muerte no puede descubrirle nada, pues está *recubierto* de ella.

Cuando Felipe II llamó a su hijo y heredero junto a su lecho de muerte y le dijo: «Te he llamado para que veas dónde acaba todo, hasta la misma monarquía», o cuando Carlos V asistió a su propio entierro, celebrado mucho antes de morir para que la intimidad del desenlace atenuara su miedo, ¿no estaban transformándose ambos bajo el imperio del miedo en mendigos de su propio *imperio*? ¡O la emperatriz Isabel de Baviera, que escondía tras un abanico, durante las recepciones imperiales, una expresión de resignación y de terror y se abandonaba a la muerte que, según sus propias palabras, «florecía» en ella!

La insistente visión de la muerte no puede hacer de ti sino un mendigo. Pero el que tantos reyes solitarios y tantos otros solitarios sin corona fueran incapaces de sacar esa consecuencia tan espantosa para los mortales y tan banal para los santos, no puede explicarse más que por la ausen-

cia de ese grano de demencia que, en lenguaje celestial, se llama santidad.

Quien ha meditado sobre todo sin volverse mendigo se llama, en lenguaje terrenal, filósofo. Pues si bien los filósofos piensan en otro mundo, sin embargo todos son *no aptos* para el mundo.

Cuando escucho el final de *La pasión según san Mateo*, de Bach, entiendo a esos hombres que se han suicidado por la impaciencia del paraíso...

Un orgullo celestial me ata al paraíso más de lo que la humildad aleja a los cristianos de la tierra. Lo que me distancia del cristianismo: la imposibilidad de concebir la salida del mundo excepto el orgullo...

Mares y continentes me han llevado a descubrir la tierra. Pero mi corazón está vacío de ella...

La mujer no perdona ninguna inocencia, como la vida no perdona lucidez alguna.

El pensamiento tiene que ser virulento, semejante a una gota de veneno, o reconfortante como la lágrima de un ángel.

Cualquier instante, si lo llenara de mí, me sacaría del tiempo. Si yo me dejara presa de mí mismo, me arrastraría eternamente a la entrada de otros mundos.

Sólo siendo injusto con los santos podemos reconocer justificación a este mundo.

Me voy a pasar la vida huyendo hacia el mundo en el que los hombres tengan la ilusión de que *son*, para que el otro mundo me abrace más fuerte, más y más. Las refriegas entre los dos mundos o entre los innumerables que

se interponen tienen un sabor celestial y el sentido trágico de la tierra. La sonrisa de los ángeles ensombrece el conocimiento; pero cuántas veces el conocimiento nos ha dejado solos en el desconsuelo, privados de las brisas celestiales... Las columnas del mundo son pesadumbres que se han vuelto maldiciones. ¿Tiene acaso que hundirse el mundo para que alcancemos consuelo? Pero los ángeles volarán en nuestra ayuda.

Quien ha entendido que este mundo no supera las ilusiones no tiene más que dos caminos: volverse religioso, salvándose del mundo, o salvarlo destruyéndose. La concesión que hacemos a la tierra es el sacrificio de nuestra vida. Y las quimeras tienen su altar. Las sombras se nutren de nuestra sangre y de nuestra renunciación. ¿Constituyen las capitulaciones y cobardías ante la eternidad la osamenta del mundo al que nos entregamos o estamos respondiendo solamente a una tentación? ¿Me poseerán las quimeras por entero? ¿Podré poner mi desconsuelo al servicio exclusivo de las apariencias? Si me ilusiono, las habré salvado y sólo será una ilusión en medio de otras tantas.

Un presentimiento de éxtasis equivale a una vida. Siempre que los límites del corazón sobrepasen los del mundo, entraremos en la muerte por exceso de vida. El contenido del corazón donde se extravía el universo. El corazón abierto a todo o sobre los desgarros del corazón... Y sobre la sangre del corazón que sólo mancha el cielo. ¡Dios mío, de rojo se teñirán los cielos por nuestras desgarraduras!

¿Me habrá desligado acaso el corazón de la tierra? ¿Se la habrá tragado? ¿En qué rincón la buscaré, en qué honduras me reencontraré? ¡Dios mío, me he hundido en mi propio corazón!



## NOTA FINAL



Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante y promueva este proyecto en su comunidad para que otras personas que no tienen acceso a bibliotecas se vean beneficiadas al igual que usted.

*“Es detestable esa avaricia que tienen los que, sabiendo algo, no procuran la transmisión de esos conocimientos”.*

—Miguel de Unamuno

**Para otras publicaciones visite:**

[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

o en su defecto escribanos a:

[lecturasinegoismo@gmail.com](mailto:lecturasinegoismo@gmail.com)

*El Libro de las Quimeras - E.M. Cioran*

Referencia: **1045**

**El libro de las quimeras** es en realidad el primer verdadero **ajuste de cuentas** de **Cioran** con la ilusión omnipresente en la que vive, cegado, engañado y envilecido por sus propias **quimeras**, el ser humano. No obstante, pese a su desgarró y su desesperación, **Cioran** encuentra en la vida elementos para reconciliarse con ella. Uno de ellos, la **música** y, aquí, **Mozart**: «Siempre que escucho su música me crecen alas de ángel», o «No quiero morir, porque no puedo concebir que un día sus armonías me sean extrañas para siempre»...

Entre **En las cimas de la desesperación**, que obtuvo enseguida un enorme éxito, y **De lágrimas y de santos**, que causó un gran escándalo, así como su precipitado traslado a París en 1937, **El libro de las quimeras** quedó prácticamente olvidado hasta ser traducido al alemán en 1990 y finalmente al francés en 1992. Sin embargo, en el conjunto de su obra posterior, es un **libro clave** para apreciarla y comprenderla mejor.

Además de los citados, **Tusquets Editores** ha publicado **Ese maldito yo**, **Historia y utopía**, **Silogismos de la amargura**, **Ejercicios de admiración**, **La caída en el tiempo** y un libro de **Conversaciones** (Marginales 98, 102, 109, 117, 124 y 146). En preparación, también escrito en rumano, **Breviario de los vencidos**.

**Cioran** murió a mediados de 1995 tras una larga enfermedad. No obstante, estamos convencidos de que su obra seguirá acompañando a los lectores de hoy y de mañana.

**Ilustración de la cubierta:** *And the Sea gave up the Dead which were in it* (c. 1891-1892), de Frederic, Lord Leighton, óleo sobre tela, 228,5 cm de diámetro. Tate Gallery, Londres. Donación de Sir Henry Tate, 1894.



# Marginales

ISBN 84-7223-798-2



9 788472 237988